

FARDO ELZÁN

—  
LOS PAZOS  
DE ULLOA

2ª PARTE  
LA MADRE  
NATURALEZA

2

R  
37739

2

84114

R

37.739

R  
37.739

151 0230  
NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS



LA

# MADRE NATURALEZA

(2.<sup>a</sup> PARTE DE LOS PAZOS DE ULLOA)

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

~~~~~  
TOMO II  
~~~~~



BARCELONA

DANIEL CORTEZO Y C.<sup>a</sup> EDITORES

CALLE DE PALLARS (Salón de S. Juan)

1887



*Daniel Cortezo y*

LA MADRE NATURALEZA

BARCELONA  
CALLE DE FALLERS  
DANIEL CORTEZO Y CA. EDITORES  
Biblioteca Nacional de España

R

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS

LA

# MADRE NATURALEZA

(2.<sup>a</sup> PARTE DE LOS PAZOS DE ULLOA)

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO II

BARCELONA

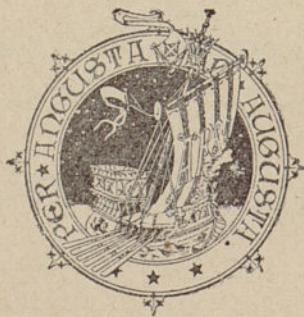
DANIEL CORTEZO Y C.<sup>a</sup> EDITORES

CALLE DE PALLARS (Salón de S. Juan)

1887



ES PROPIEDAD



Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.<sup>ª</sup>

## XIX



Se vistió la montañesa su ropa de diario, falda y chaqueta de lanilla á cuadros blancos y negros; y apenas había tenido tiempo más que para frotarse apresuradamente el rostro con la tohalla y atusarse el pelo ante un espejo todo estrellado por la alteración del azogue, cuando, oyendo dar las seis en el asmático reloj del comedor, salió de su cuarto andando de puntillas y bajó la escalera que comunicaba con la cocina, en aquel momento solitaria. Deslizóse por el corredor de las bodegas, que conducía á las elegantes habitaciones de la familia del *Gallo*; y apenas dió

tres pasos por él, una mano musculosa aunque rehenchida y juvenil asió la suya, y se sintió arrastrada en medio de la oscuridad, hacia la puerta. Salieron de los Pazos, y, con deleite inexplicable, bebieron juntos la primer onda de fresco matutino.

Aunque el sol calentaba ya, aún se veía, sobre el azul turquesa del cielo, al parecer lavado y reavivado por el copioso *orvallo* nocturno, la faz casi borrada de la luna, semejante á la huella que sobre una superficie de cristal azul deja un dedo impregnado de polvillo de plata.

Sin decirse palabra, asidos de la mano, caminando unidos con andar ajustado y rápido, siguieron la linde de los trigos segados ya, humedeciéndose los pies al hollar la hierba y el tapiz de manzanillas todas empapadas de helado rocío, próximo á convertirse en escarcha. Cosa de un cuarto de hora andarían así, ascendiendo hacia la falda del monte, donde empezaban á escalonarse los paredones para el cultivo de las vides; y Perucho,

en vez de aflojar el paso, lo apretaba más. A pesar de su ligereza de cabrita montés, Manuela mostró querer detenerse un instante.

—Anda, mujer, anda—dijo él imperiosamente.

—Hombre, ya ando... pero déjame tomar aliento. ¿Qué discurso es este de ir como locos?

—Es que no quiero que se despierten tu padre y el forastero, y te echen menos, y te envíen á buscar.

—El forastero! A tales horas dormirá como un santo. Buenos son esos señores del pueblo para madrugar. No sé cómo no crían lana en el cuerpo.

—Bien, bien.... yo me entiendo y bailo solo. Desviémonos de casa lo más que podamos, y ya descansaremos después.

Al salir de la breve zona fértil y risueña del valle, empezaba el paisaje á hacerse melancólico y abrupto. Abajo quedaban los maizales, los centenos y trigales á medio segar, los Pazos con su gran huerto, su vasto soto, sus



terrenos de labradío, sus praderías; y el sendero, escabroso, interrumpido muchas veces por peñascales, caracoleaba entre viñedos colgados, por decirlo así, en el declive de la montaña. En otras ocasiones, al trepar por aquel sendero, la pareja se entretenía de mil modos: ya picando las moras maduras; ya tirando de los pámpanos de la vid, por gusto de probar su elástica resistencia y de descubrir entre el pomposo follaje el racimo de agraz en el cual empieza á asomar el ligero tono carminoso, parecido al rosado de una mejilla; ya bombardeando á pedradas los matorrales para espantar á los estorninos; ya rebuscando unas fresas chiquitas, purpúreas, fragantes, que se dan entre las viñas y son conocidas en el país por *amores*. Hoy, con la prisa que llevaba Perucho, no les tentaba la golosina. El mancebo subía por la recia cuesta con el sombrero echado atrás, la frente sudorosa, el rostro hecho una brasa (pues el sol se desembozaba y picaba de firme), y sosteniendo á Manuela por la cintura,

ó, mejor dicho, empujándola para que anduviese más veloz. Al llegar á lo alto, cerca ya de la casa de la Sabia, la niña se detuvo.

—Qué te pasa?

—No puedo más... ahogo... Rabio de sed!

—Sed? Allá arriba beberemos, en el arroyo.

—Tú por fuerza chocheaste. ¿A dónde señalas? Al Pico Medelo? A los Castros?

—Pues vaya una cosa para asustarse. Ya tenemos ido más lejos.

—Si no bebo pronto, rabio como un can. No ves que con la prisa salí de casa en ayunas...

—Bueno, pues á ver si la señora María nos da una *cunca* de leche. Pero despáchala luego, estás? No te entretengas en conversación.

Ligera otra vez como una corza, á la idea de beber y refrescarse, cruzó Manuela bajo el emparrado, y empujó la cancilla de la puerta de la Sabia. La horrible vieja ya había dejado su camastro; pero sin duda por

acabar de levantarse, ó á causa del calor, estaba sin pañuelo ni justillo, en camisa, con sólo un refajo de burdo picote, ribeteado de rojo: los copos de sus greñas aborascadas le cubrían en parte el negro pescuezo, sin ocultar la monstruosa papera.—¡Leche! Dios la dé,—contestó la sibila mirando de reojo á los dos muchachos. Todas las vacas enfermas; una recién operada, ya sabían los señoritos; ni tanto así de yerba con qué mantenerlas; la fuente sequita y el prado que daba ganas de llorar... Leche! Que le pidiesen oro, que le pidiesen plata fina; pero leche... Y ya Manuela, desalentada por las exageraciones de la bruja, iba á conformarse con un poco de agua y suero, que la hechicera aseguraba ser regalo de un yerno suyo. Pero Perucho le arrancó de las manos el cuenco de barro lleno de aquella insípida mixtura.

—Pareces tonta... Que no hay leche? Vamos á ver ahora mismo si la hay ó no la hay.

Vertió el líquido que llenaba el cuenco, y se metió por el establo medio atropellando á

la vieja que se le atravesaba delante. ¡No haber leche! ¡No haber leche para él, para el nieto de Primitivo Suárez, para el hijo de Sabel, la que había estado más de diez años haciendo el caldo gordo y enriqueciendo á aquel atajo de pillos de casa de la Sabia! Hasta piezas de loza estaba viendo en el vasar que conocía porque en algún tiempo guardaron la cocina de los Pazos... Tenía gracia, hombre, no haber leche! Condenada bruja! Perucho se sentía animado de esa cólera que nos inflama cuando llegamos á la edad adulta contra las personas que hemos tenido que soportar, siéndonos muy antipáticas, en nuestra niñez. Determinado iba, si las vacas no tenían leche, á sangrarlas. Encendió un fósforo y alumbró las profundidades de la cueva: lo primero con que tropezaron sus ojos, fué con unas ubres turgentes, unos pezones sonrosados, lubricados por la linfa que rezumaba de la odre demasiado repleta. Arrimó el cuenco, echó mano,... calentó con dos ó tres fricciones y golpecitos...

Santo Dios! Qué chorro grueso, perfumado, mantecoso! Qué bien soltaba la blanda teta su río de néctar, y qué calientes gotas salpicaban los párpados y labios de Perucho al ordeñar! Qué espuma cándida la que se formaba en la cima del cuenco, rebosando en burbujas que, al evaporarse, dejaban un arabesco, una blanca orla de randas sobre el barro! Loco de gozo, Perucho acarició el grueso cuello de la vaca, salió con su tazón lleno, y se lo metió á Manuela en la boca.

—Que no había leche, eh, señora María de los demonios?—gritó.—Que no había leche? Para mí lo hay todo ¿me entiende usted? Caracoles! Como vuelva á mentir! ¡Por embustera le ha de dar el enemigo muchos tizonazos allá en sus calderas!

Manuela, retozándole la risa, bebía aquella gloria de leche, aquella sangre blanca, que traía en su temperatura la vida del animal, el calor orgánico á ningún otro comparable... Perucho la miraba beber con orgullo y ufanía, satisfecho de sí mismo, mientras la vie-

ja, dejándose caer sobre el *tallo*, fijaba en la niña una mirada siniestra al través de sus cejas hirsutas: beberle la leche de su vaca era como chuparle á ella por la sangría el propio licor de sus venas.

—Aun parece que nos la está echando en cara, eh Sabia?

—Que les aproveche bien—murmuró entre dientes la sibila, con el mismo tono con que diría:—rejalgar se te vuelva.

—Vaya, pues ya que nos convida tan atenta y de tan buen corazón, aguarde, aguarde.—Y Perucho, llegando al armario misterioso de la bruja, abriólo de par en par, y de entre cucuruchos de papel de estraza, frascos har- to sospechosos, cabos de cera y naipes que ya tenían encima más de su peso de mugre, tomó un tanque de hojalata, entró de nuevo en el establo, y salió á poco rato con el tanque colmado de leche. Manuela podía beberse otra *cunca*, y á él también era justo que, por el trabajo de ordeñar, le tocase algo. Fué un golpe mortal para la hechicera. Al pronto se

arrimó á la puerta con los brazos alzados al cielo, gimiendo y rogando al señorito que por Dios, *por quien tenía en el otro mundo*, no le secase la *vaquiña*, que de esta hecha se le moría, y el *cucho* también; y como Perucho respondiese con la más mofadora carcajada, se contó perdida ya, y se dejó caer en su asiento favorito, hecho de un fragmento de tronco de roble, volviendo la espalda por no ver desaparecer el contenido del tanque. La niña montañesa hizo dos ó tres remilgos antes de reincidir; pero así que llegó el cuenco á los labios, con indecible y goloso deleite lo apuró enterito, y aun se relamió al verle el fondo. Perucho dió fin al tanque, que llevaría tal vez cuenco y medio; y acercándose á la bruja, le descargó una palmada en el hombro.

—Vaya, señora María, abur... Tan amigos, eh? No hay que enfadarse... Más que le bebimos ahora de leche tiene usted bebido de vino en la cocinita de los Pazos... Ya se le fué de la memoria? Y si me llevo este pedazo de

brona —y enseñaba un zoquete que había sacado de la artesa—bastantes ferrados de maíz se ha comido usted allá á cuenta del padrino... Conservarse!...

Salieron rápidamente, sin oír algo amenazador que rezongaba entre dientes la infernal bruja, ocupada sin duda en echarles cuantas maldiciones, plagas, conjuros y *paulinas* contenía su repertorio. A pocos pasos de la casa rompieron á reír mirándose.

—Eh? Qué tal sabía la leche?

—Sabía á poco.

—Mujer! Dijéraslo, y te ordeño la otra vaca. La grandísima tal y cual de la vieja tiene dos paridas, con leche así, que les revienta por la teta, y nos quería dejar rabiarse de sed.

—No, bien bastó lo que hiciste... Nos queda echando plagas. Hoy nos maldice todo el santo día. ¿Será cierto eso de que estas mujeres hacen mal de ojo cuando les da la gana? ¿Y de que maldicen á la gente y la gente se muere pronto?

—Mal de ojo! Morirse!—y el estudiante se

rió.—No, tontiña... Esas son mamarrachadas; bueno que las crea mi madre; pero quién da crédito á tal cosa?

—Pues á mí poca gracia me hace que me maldiga un espantajo así. De seguro que esta noche sueño con ella. Qué horrorosa está con el bocío! De qué se cogerán estos bocíos, tú, Perucho?

—Dice que de beber el agua que corre á la sombra del nogal ó de la higuera.

—Ay! Dios me libre de catarla enjamás.

Caminaban charlando, con tanta alegría como los mirlos, gorriones, jilgueros, pardillos y demás aves, no muy pintadas pero asaz parleras, que en setos, viñedos y árboles cantaban sus trovas á la radiante mañana. La leche bebida parecía haberseles subido á la cabeza, según iban de alborotados y regocijados, y el cuerpo un poco magro de Manuela, competía en agilidad con el robusto y bien modelado de Perucho. Echaban paso largo por las veredas anchas y practicables; y por las trochas difíciles, subían corriendo,

disputándose la prez de llegar más pronto á la meta señalada de antemano: un árbol, una piedra, un otero. De cuando en cuando se volvía Perucho y miraba hacia atrás.

—Ya no se ven los Pazos—exclamaba con satisfacción, como si perder de vista la casa solariega fuese el objeto único de carrera tan desatinada.

¡Qué se habían de ver los Pazos! Ni por pienso. Es de advertir que Perucho no había tomado el camino del crucero, aquel camino para él de recordación tan trágica, sino echado por la parte opuesta, hacia sitios mucho menos frecuentados; la dirección de Naya. Entraba á la sazón en los montes que forman la hoz al través de la cual va cautivo, espumante y mugidor, el río Avieiro. Daba gusto pisar aquel terreno montuoso, tan seco, tan liso, y hollar el tapiz de flores de brezo, de tierno tojo inofensivo aún, los setos de madroñeros floridos, las matas de retama amarguísima, las orquídeas finas, con olor á almendra, toda la seca y enjuta y balsámica

flora montés, que convida al cuerpo á tenderse y le brinda un colchón higiénico, tibio del calor solar, aromoso, regalado, incomparable. De trecho en trecho, algún pino ofrecía fresca sombra, ambiente resinoso, quitasol que susurraba al menor soplo de viento.... Manuela sintió que le pesaban los párpados, y el cuerpo se le enlanguidecía. La maldita leche!

—¡Qué calor!—balbució.—De buena gana me tumbaba ahí, debajo de ese pino.

Perucho dudó un instante; luego, como si se le ocurriese una objeción, pero no quisiese expresarla, respondió:

—Ahí no. Yo te diré en dónde hemos de sentarnos.

La montañesa obedeció sin replicar. Desde tiempo inmemorial, desde que ella andaba aún á gatas, Perucho dirigía el paseo, la zarrandeaba á su gusto, la llevaba aquí y acullá, era el encargado de saber dónde se encontraban nidos, frutos, sitios bonitos, hacia qué lado convenía dirigir el merodeo. Rara vez

intentó sublevarse Manuela y apropiarse la dirección del grupo, y las contadas tentativas de independencia no produjeron más resultado que demostrar la indiscutible superioridad y maestría de su amigo. En el invierno, mientras Perucho se secaba en Orense, Manuela, instantáneamente y como por arte maravilloso, aprendía á manejarse solita, y se encontraba de improviso profesora en topografía, concedora de todos los caminos, rincones y andurriales del valle; pero esto duraba hasta el regreso de Perucho: volvía él, y la montañesa olvidaba su ciencia y volvía á descansar en su compañero, pasiva y gozosa.

Seguían caminando, apartándose gran trecho ya de los Pazos y descendiendo la corriente del río Avieiro por vereditas incultas, aquí encontrando un pinar, allá un grupo de carrascas verdinegras, más adelante un roble ufano de su robustez y de su hercúleo tronco, y siempre matorrales de madroño y retama, por entre los cuales no el pie del

hombre, sino la naturaleza misma, había abierto senderos, análogos á tortuosas calles de parque inglés. La luz del sol, que ya tocaba al zénit, lo enrubiaba todo; encendía con tonos áureos la grama seca; daba color de ágata á las simientes de la retama; hacía transparentes como farolillos de papel de seda carmesí las flores del brezo; convertía en follaje de raso recortado los brotes tiernos de las carrascas; calentaba con matices de venturina las hojas del pino; prestaba á la bellota verde el pulimento del jade; y en las alas vibrátiles de las mariposas monteses—esas mariposas tan distintas de las que se ven en terreno cultivado, esas mariposas que tienen colores de madera y hoja seca,—y en los carapachos de los escarabajos, y en la negra coraza y cuernos de las *vacas louras*, encendía tintas vivas, reflejos metálicos, esmaltes de oro, brillo negro de tallado azabache. La intensidad del calor arrancaba á los pinos todos sus olores de resina, á las plantas sus balsámicas exhalaciones; y entre el sol que le re-

quemaba la sangre y el vaho que se elevaba de la ebullición de la tierra, y la leche que le aletargaba el cerebro, Manuela sentía como un comienzo de embriaguez, el estado inicial de la borrachera alcohólica, que pareciendo excitación no es en realidad sino sopor; el estado en que las manos resbalan sobre el objeto que quieren asir, en que los movimientos del cuerpo no obedecen á la voluntad, en que nos sentamos sin pesar sobre la silla y nos levantamos y andamos sin estribar en el suelo, porque el sentimiento de la gravedad se ha amortiguado mucho, y nuestras percepciones son vagas y turbias, y parece que ha desaparecido la resistencia de los medios, la densidad de la materia, la dureza de las esquinas y ángulos, y que los objetos en derredor se han vuelto fluidos, y nuestro cuerpo también, y más que nada nuestro pensamiento.

No es desagradable el estado, al contrario, y la plétora de vida que produce se revelaba en el rostro de Manuela: sus ojos brillaban y

su boca sonreía sin interrupción. La niña no preguntaba ya cosa alguna á su compañero: andaba, andaba tan ligera como se anda en sueños, sin sombra de cansancio, aunque apoyándose en Perucho y arrimándose á su cuerpo con instintiva ternura. Allá en la pequeña ladera del monte divisó la espadaña del campanario de Naya, que conocía, y le ocurrió pensar en el cura que podría darles un buen almuerzo de huevos y fruta á la sombra de la fresca parra que entolda la rectoral; mas sin duda no era éste el propósito de Perucho, pues tomó otra dirección, volviendo la espalda al campanario y hundándose en una trocha que serpeaba entre pinos, y á cuyos lados se alzaban peñascos enormes, calvos y blancos por la cima, jaspeados de líquen y musgo por la base. Manuela se detuvo un momento; respiró; sus potencias se despejaron un poco, al benéfico influjo de la temperatura menos ardorosa: miró en derredor, para saber dónde estaba. El Avieiro corría allá abajo, rumoroso y profundo, no muy distante.

Por aquella parte se ensanchaba la hoz, hacía-se muy suave, casi insensible, el declive de las montañas, y el río, en vez de rodar encajonado, sujeto, con torsión colérica de serpiente cautiva, se extendía cada vez más ancho, bello y sosegado, ostentando la hermosura y gala soberana de los ríos gallegos, la margen florida, el pradillo rodeado de juncos, salces y olmos, la placa de agua serena que los refleja bañando sus raíces, el caprichoso remanso en que el agua muere más mansa, más sesga, con claridades misteriosas de cristal de roca ahumado; la *frieira*, la gran cueva á la sombra del enorme peñasco, en que la sabrosa trucha busca la capa de agua densa y no escandecida por el sol; el cañaveral que nace dentro de la misma corriente, el molino, la presa, toda la graciosa ornamentación fluvial de un río de cauce hondo, de país húmedo, que recuerda las ideas gentílicas, las urnas, las náyades, concepción clásica y encantadora del río como divinidad.

La humedad que siempre sube de los ríos



y la frescura de la vegetación, despabilaron más y más á la niña.

—Ya sé á dónde vamos — exclamó — á las Poldras. ¿Y después de pasado el Avieiro, adónde? Me lo dices, ó está de Dios que no lo he de saber?

—Calla... Ya verás.

—Yo pensé que íbamos á Naya.

—¿Para qué? ¿Para encontrarnos con el cura y que nos llevase por fuerza á comer consigo?

—Pero.... es que.... comer, de todas maneras hay que comer en casa; y ya debe de ser tarde, tarde.... No puedo tal día como hoy faltar de la mesa....

—A ver si te callas, tonta. ¡Eh... cuidado con caerte de hocicos por la rama del pino! Yo iré delante... La mano... Así!

Con efecto, en las púas secas del pino los pies resbalaban como si el terreno estuviese untado de jabón.

## XX

Patinando sobre aquellas púas endiabladas, se deslizaron y corrieron hasta un grupo de salces inclinado hacia el borde del Avieiro. Oíase el murmurio musical del agua, y el ambiente, tan abrasador arriba, allí era casi benigno. Cruzaron por entre los salces desviando la maleza tupida de los renuevos, y vieron tenderse ante sus ojos toda la anchura del río, que allí era mucha, cortándola á modo de irregular calzada las pasaderas ó *poldras*.

En torno y por cima de las anchas losas oscuras, desgastadas y pulidas como piedras de chispá por la incesante y envolvedora ca-

ricia de la corriente, el río se destrenzaba en madejas de verdoso cristal, se aplanaba en delgadas láminas, bebidas por el ardor del sol apenas hacían brillar la bruñida superficie. Para una persona poco acostumbrada á tales aventuras, no dejaba de ofrecer peligro el paso de las *poldras*. Sobre que se movían y danzaban al menor contacto, no eran menos resbaladizas que la rama del pino. Nada más fácil allí que tomarse un baño involuntario.

—¿Hemos de pasarlas?—preguntó la montañesa, con una sonrisa que significaba—á ver cuándo determinas que paremos en alguna parte.

—Las pasamos—ordenó Perucho con el tono mandón y despótico que había adoptado desde por la mañana.

Manuela tendió la vista alrededor, y eligiendo un sitio favorable, la sombra de un árbol, se dejó caer en un ribacillo, y resignadamente comenzó á desabrocharse las botas. Ni un segundo tardó Perucho en hincársele de rodillas delante.

—Yo te descalzo.... yo. Como cuando eras una *cativa*: ¿te acuerdas? un tapón así... y yo te descalzaba y te vestía.... y hasta te tengo peinado mil veces.

Medio riendo, medio enfadándose, la muchacha no retiró el pie de las manos de su amigo. Éste hacía ya saltar uno tras otro los botoncitos de la botina de casimir, mal hecha, muy redonda de punta contra todas las leyes de moda. Tiró después delicadamente, con un pellizco fino, del talón de la media de algodón, y la media bajó; arrollóla en el tobillo, y con un nuevo tirón dejó el pie desnudo. Sus palmas se distrajeron y embelesaron en acariciar aquel pie, que le recordaba la patita rosada y regordeta de la nené á quien tanto había traído en brazos. Era un pie de montañesa que se calza siempre y que tiene en las venas sangre patricia; no muy grande, algo encallecido por la planta, pero arqueado de empeine, con venillas azules, suave de talón y calcañar, redondo de tobillo, blanco de cutis, con los dedos rosados ó más bien roji-

zos de la presión de la bota, y un poco montado el segundo sobre el gordo. El pie transpiraba, por haber andado mucho y aprisa.

—Enfríate un poco—murmuró el mancebo...—No puedes meter el pie en el agua estando así; te va á dar un mal.

—Que me haces cosquillas—exclamaba ella con nerviosa risa tratando de esconder el pie bajo las enaguas.—Suelta, ó te arrimo un cachete que te ha de saber á gloria.

—Déjame verlo.... Qué bonito es! Lo tienes más blanco que la cara, Manola... Pero mucho más blanco.

—Vaya un milagro! Como que la cara va por ahí destapadita papando soles y lluvias. Pasmón! ¿Es la primera vez que ves un pie en tu vida? Soltando!

Soltó el que tenía asido, pero fué para descalzar el otro con el mismo cariño y religiosa devoción, y abarcar ambos con una mano, uniéndolos por la planta.

—Que me aprietas.... que me rompes un dedo... Bruto!

—Ay! perdón—murmuró él;—y bajándose, halagó con el rostro, sin besarlos, los pies desnudos. La montañesa se incorporó pegando un brinco, y echó á correr, y sentó la planta descalza en la primer pasadera. Su amigo le gritó:

—Chica, aguárate.... Déjame recoger las medias y las botas..... Allá voy á darte la mano.... Vas á caerte de cabeza en el río.... ¡Loca de atar!

Con saltos ligeros, volviendo la cabeza á cada brinco lo mismo que los pájaros, Manuela salvaba ya las *Poldras*, eligiendo diestramente el trecho seco á fin de caer en él. Dos ó tres veces estuvo á punto de dar la zambullida, y la daría de fijo á no ser tan grande su agilidad: saltaba largo, y era su ligereza la ligereza del ave, de la golondrina que vuela rasando el agua. Remangaba las faldas al brincar, y su pierna, no torneada aún, pero de una magrez llena, donde las redondeces futuras apuntaban ya, tenía al herirla el sol, la firmeza y el granillo algo duro

de una pierna acabada de esculpir en mármol y no pulimentada aún.

Casi había alcanzado la otra orilla, cuando Perucho voló tras ella. El muchacho, calzado con duros zapatos de doble suela, desdeñaba descalzarse, habiéndose contentado con remangar los pantalones.

La chiquilla comprendió que llevaba ventaja á su compañero, y excitada por el juego, quiso hacerle correr un poco. Como una saeta se emboscó entre los árboles de la orilla, y desapareció en la espesura dándose traza para que Perucho no supiese dónde se había metido. Pero al muchacho le asustó aquella pequeña contrariedad como si realmente su amiga se le perdiese de vista, y gritó llamándola con oprimido corazón y angustiada voz: tan angustiada, que Manuela salió al punto de los matorrales, renunciando á continuar el juego.

—Qué te pasa?—dijo riéndose al ver el semblante demudado de Perucho.

—Qué...? Que no me hagas judiadas... Va-

mos juntos, entiendes? Tú no te apartes de mí. Dónde estabas? No, no sirve esconderse.

—Pues cázame—exclamó ella sentándose en un peñasco.

La calzó enjugándole antes los pies húmedos con la falda de su americana, y bromeando ya sobre el enfado y el susto del escondite.

—Y ahora...—murmuró la niña mientras él lidiaba con un botón empeñado en resbalar del ojal—á dónde vamos? ¿Seguimos como locos?

—Ahora... ahora ven conmigo... Ya para-remos, mujer.

Echaron monte arriba, alejándose de la refrigerante atmósfera del río. Aquella montaña era más áspera aún, y en su suelo dominaban las carrascas y las encinas, que daban alguna sombra; pero siendo muy agria la subida, en los puntos descubiertos quemaba el sol de un modo insufrible. Manuela jadeaba siguiendo á Perucho, que parecía

llevar un objeto determinado, pues miraba á un lado y á otro para orientarse. Al fin, divisó una encina vieja, un tronco perforado y hueco donde aún gallardeaba algún ramaje verde en lugar de la copa desmochada; dió un grito de júbilo, metió la cabeza dentro con precaución, luego la mano, armada de una navaja, luego el brazo todo... y al cabo de unos cuantos minutos de manipulación misteriosa, sacó en triunfo algo, algo que hizo exhalar á la montañesa clamor alegre.

¡Un panal soberbio de miel rubia, pura y balsámica, de aquella miel natural, un millón de veces más sabrosa que la de colmena, como si el insecto, libre ciudadano de su inocente república ajena al protectorado del hombre, libase un néctar más puro en los cálices de las flores, un polen más fecundo en sus estambres, elaborase un propóleo más adherente para afianzar la celdilla, y emplease procedimientos de destilación más delicados para melificar la esencia de las plantas, el jugo precioso recogido aquí y acullá,

en el prado, en la vega, en el castañar, en el monte!

Manuela chillaba, reía de placer.

—Pero tú mucho discurre... Pero de dónde sacaste eso...? Pero tú creo que echas las cartas como la Sabia... Quién te contó que ahí había miel?

—Boba! Gran milagro! Supe que unos hombres de las Poldras pillaron en este sitio un enjambre... pregunté si habían registrado el nido de la miel y contestaron que no, que ellos sólo andaban muertos y penados por las abejas, para llevarlas al colmenar... Yo dije ¡tate! pues los panales han de estar allí, en un árbol hueco... Ya ves cómo acerté. Qué tal el panalito? Pecan los ojos en mirarlo!

—Y si estuviesen en el tronco las abejas, ahora que andan tan furiosas con la borra-  
chera de la flor del castaño? Te comían vivo.

—Bah! Yo sé la maña para que no piquen... Hay que meter poco ruido, moverse

despacio y bajarse al suelo cuando le sienten á uno...

—A comer, á comer la miell—gritó la montañesa palmoteando.

—Ven, aquí hay una sombra, ¡una sombra que da la hora!

Era la sombra la de una encina cuyas ramas formaban pabellón, y que caía sobre un ribazo todo estrellado de flores monteses, donde crecía el tojo ó escajo tan nuevo y tierno, que sus pinchos no lastimaban. Además parecía como si la mano del hombre hubiese labrado allí esmeradamente un asiento, á la altura exigida por la comodidad. Perucho sacó su navaja, y del bolsillo del chaquetón hizo surgir el pedazo de *brona* tomado contra la voluntad de su dueña la Sabia. Partiolo en dos mitades desiguales, dando la mayor á su compañera; y el pañal de miel se sometió al mismo reparto. Sentada ya, tranquila, descansando de la larga caminata y del calor sufrido, con esa sensación de bienestar físico que produce el repo-

so después de un violento esfuerzo muscular, y la pregustación de un manjar delicioso, virgen, fresco, sano, que hace fluir de la boca el humor de la saliva, Manuela, antes de hincar el diente en la miel puesta sobre el zoquete de pan, tocó en el hombro á su compañero:

—Mira, en comiéndola nos largamos, y vuelta á casita... ¿eh? Ya me parece que dieron las doce en el campanario de Naya... Sabe Dios á qué hora llegaremos allá, y lo que andarán preguntando por nosotros.

Él le echó el brazo al cuello, y con los dedos le daba golpecitos en la garganta.

—Hoy no se vuelve — murmuró casi á su oído.

Pegó un respingo la muchacha.

—Tú loqueas? Si fuese en otro tiempo... bien, nadie se amoscaría; pero ahora, que está el tío Gabriel? Se armaría un ruido endemoniado por toda la casa.

Perucho le tiró de la trenza.

—Hoy no se vuelve... No me repliques, que

no puede ser. Hoy no se vuelve... ¿Sabes por qué? Por lo mismo, por eso... porque está tu tío, tu caballero de tío. Calla, calla, *vidiña*... Si quieres volver, vuélvete tú sola, muy enhorabuena; yo me quedo aquí... Yo no voy más á los Pazos.

—Á mí se me figura que tú chocheaste. Lo que á ti se te ocurre, no se le ocurre ni al mismo Pateta. No volver á los Pazos! Pues apenas se alborotaría aquello todo.

—Y qué nos importa, di?—murmuró el mancebo con ardorosa voz.—Tú eres muy mala, Manola: si señor, muy mala; tú no me quieres á mí así, á este modo que yo te quiero. Qué me has de querer! Ni siquiera sabes lo que es cariño... de este. ¿Lo entiendes? Pues no lo sabes. Vamos, yo no digo que tú no me quieras una miajita; si me muriese, llorarías, ¡quién lo duda! llorarías una semana, un mes... y te acordarías de mí un año... y soñarías conmigo por las noches... y después... te casarías con el tío Gabriel, y se acabó... se acabó Perucho.

Su voz temblaba, enronquecida por la pasión.

—Qué cosas dices! ¡Con el tío Gabriel!—exclamó la montañesa dilatando las pupilas de asombro y limpiándose distraídamente con el pañuelo la boca untada de pegajosa miel.

—Ó con otro del pueblo, otro señor elegante y de fachenda, así por el estilo... Malacaste! Oye tú: aquí en la aldea no se hace uno cargo de ciertas cosas... pero allá en el pueblo... los estudiantes... unos con otros... nos abrimos los ojos... nos despabilamos... estás? Allá... cuando me preguntaban los compañeros que si tenía novia y que por qué no tomaba una en Orense... atiende, atiende... les dije así:—Tengo mi novia, ya se ve que la tengo, y es más bonita que todas las vuestras, y se llama Manuela, Manuela Ulloa...—Y ellos á decir:—¿Quién? la hija del marqués?—La misma que viste y calza... decid ahora que no es bonita, morrales...—Y ellos con muchísima guasa me saltan:—En

la vida la vimos... pero esa no es para ti, páparo... Esa es para un señor, porque es una señorita, hija de otro señor también... y tú eres hijo de una infeliz paisana... eh? date tono, date tono...—Le santigüé las narices al que me lo cantó, pero me quedé pensando que lo acertaba... Entiendes? Y tanta rabia me entró, que me eché á llorar como si fuese yo el que hubiese atrapado los soplamocos... Mira si sería verdad... que a... aún... aún...

Manuela, que chupaba muy risueña el panal, alzó la vista y notó que su amigo tenía como una niebla ante aquellas hermosas pupilas azul celeste. En lo más profundo de su vanidad de hembra, quizás á medio dedo de las telillas del corazón, sintió algo, una punzada tan dulce, tan sabrosa... más que la propia miel que paladeaba. Volvió la cabeza, recostóla en el hombro de su amigo.

—Quién te manda llorimiquear ni apurarte?—pronunció enfáticamente.

—Porque tenían razón—tartamudeó él.

—No señor. Yo te quiero á ti, ya se sabe.

Mas que fueses hijo del verdugo. Valientes tontos, y tú más tonto por hacerles caso.

—Bien—murmuró él;— me quieres, corriente, estamos en eso; pero es allá un modo de querer que... Yo me entiendo. Es un querer, así... porque... porque uno se crió desde pequeñito junto con el otro, sin apartarse... y tienes costumbre de verme, como quien dice... y... y... Yo te voy á aclarar cómo me quieres, y si acierto, me lo confiesas. Eh? Me lo confiesas?

—Hombre...—clamó ella con la boca atarugada de brona—siquiera das tiempo á uno para tragar el bocádo y contestar... Conformes; te lo confesaré. Falta saber qué es lo que he de con-fe-saaaár!

—Tú me quieres... como quieren las hermanas á los hermanos. Eh? Acerté?

—Mira tú... Verdad! Si yo siempre pensé de chiquilla que lo eras, no entiendo por qué... —Aquí la montañesa dió indicios de quedarse pensativa, con la brona afianzada en los dedos, sin llevarla á la boca.—Y yo no



sé qué más hermanos hemos de ser. Siempre juntos, siempre, desde que yo era así... (bajó la mano indicando una estatura inverosímil, menor que la de ningún recién nacido.) Aún hay hermanos que no se crían tan juntos como nosotros.

Perucho permaneció silencioso, con el pan caído á su lado sobre la hierba, una rodilla en el aire, que sostenía con las manos enclavijadas, y mirando hacia el horizonte.

—Qué te pasa? Por qué pones esa cara de bobo?

—Eso ya lo sabía yo—exclamó él desesperado, descargándose de golpe una puñada en el muslo...—Ves...? Ves cómo tenían razón los de Orense? Lo que tú me quieres á mí... es... así... por eso, porque desde chiquillos andamos juntitos y, á menos que fueses una loba, no me habías de tener aborrecimiento... Pues andando! Siga la música... Y que se lo lleven á uno los diablos.

Encaróse violentamente con la niña, y tomándole las muñecas, se las apretó con toda

su alma y todo su vigor montañés. Ella dió un chillido.

—Yo te quiero á ti de otra manera, muy diferente... te quiero como á las novias, con amor, con amor (vociferó esta palabra). Si se calla uno más de cuatro veces, es por miramientos y consideraciones y embelecocos... Que se vayan á paseo todos ellos juntos... Aguantar que á uno no le quieran, ya es martirio bastante; pero ver que viene otro y con sus manos lavadas le escamotea la novia, le roba todo... Eso ya pasa de raya... No tengo paciencia para sufrirlo ni para verlo... No, y no, y no lo veré, me iré, me iré, aunque sea á la isla de Cuba.

Manuela oyó todo esto derramándose en risa, porque el enfado de su amigo le gustaba; y sobre todo, encantábale la idea de calmarlo con unas cuantas frases cariñosas, que sin esfuerzo, antes muy á gusto suyo, le salían del corazón.

—Lo dicho: á ti hoy picóte una avispa ó un alacrán en el monte... Yo quisiera saber

de dónde sacas tanto disparate... ¿Quién te viene á quitar la novia, ni quién me coge á mí, ni me lleva, ni todas esas barbaridades que sueñas tú?

—El tío Gabriel te quiere; está enamorado de ti. Ha venido á casarse contigo. No me lo niegues.

—Vaya, lo dicho.

Manuela se tocó la frente con el dedo y meneó la cabeza.

—No, no me llames loco; porque me parece que haces risa de mí ó que me quieres engañar. Dime sólo una cosa. ¿Te gusta tu tío Gabriel?

—¿Gustar?... ¿Qué sé yo lo que es *gustar*, como tú dices? El tío Gabriel me parece muy bueno, muy listo, y un señor así... no sé cómo te diga... muy fino, y que sabe mucho de muchísimas cosas... Un señor diferente de los de por acá, de Ramón Limioso, del sobrino del cura de Boan, Javier, de los de Valleiro... de todos.

—Ya lo ves—exclamó con aflicción el man-

cebo;—ya lo estás viendo... Tu tío... te gusta!

—Pues sí; claro que me gusta... No tiene por qué no gustarme!

Las correctas líneas del rostro de Perucho se crisparon. Las raras veces que tal sucedía, palidecían sus mejillas un poco, dilatábansele las fosas nasales, se oscurecían y centelleaban sus ojos de zafiro, poníase más guapo que nunca, y era notable su parecido con las estampas de la Biblia que representan al ángel exterminador ó á los vengadores arcángeles que se hospedaron en casa de Lot el patriarca. Manuela lo contemplaba con placer, á hurtadillas; y de pronto, pasándole suavemente una mano por detrás de la cabeza y atrayéndolo á sí, murmuró:

—Tú me gustas más, queridiño.

—A ver, dílo otra vez.

—Te lo daré por escrito.—Hizo ademán de escribir en el suelo con el dedo, y deletreó: Me-gus-tas-más.

—Manola, vidiña... A mí, me quieres más á mí?

—Más, más.

—¿Te casarás conmigo?

—Contigo.

—¿Conmigo? Aunque tú seas señorita y yo... un labrador?

—Aunque fueses el último pobre de la parroquia. Yo no soy tampoco una señorita... como las demás. Soy una montañesa, criada entre las vacas. Estaría yo bonita allá en pueblos de no sé. Más señorito pareces tú que yo.

—Y si tu padre...

Manuela miró al suelo; su boca se contrajo por espacio de un segundo. Luego suspiró levemente:

—Para el caso que me hace papá... Yo no sé de qué le sirvo... Bah! Desde pequeñita sólo tú hiciste caso de mí, y me cumpliste los caprichos y me mimaste... Cuando necesitaba dos cuartos... ¿te acuerdas? me los prestabas... ó me los regalabas... Tú me traías los juguetes y las rosquillas de la feria... En el invierno, cuando te vas, parece que se me va lo mejor que tengo y me quedo sin sombra.

—¡Qué gusto!—exclamó él, y con ímpetu irresistible se levantó, le apoyó las manos en los hombros, y la zarandeó como se zarandeaba al árbol para que suelte el fruto. Luego se le hincó de rodillas delante, sin el menor propósito de galantería.

—Manola, *ruliña*, dame palabra de que nos hemos de casar tan pronto podamos. ¿Me la das, mujer?

—Doy, hombre, doy.

—Y de que hasta la tarde no volvemos á los Pazos.

—Uy! Reñirán, se enfadarán, armarán un Cristo.

—Que lo armen. Que riñan. Hoy el día es nuestro. Que nos busquen en la montaña. Aquí corre fresco, da gusto estar. ¿No comiste bastante? ¿Tienes hambre? Ahí va el pan, y más miel.

—¿Y qué vamos á hacer aquí todo el día de Dios?—preguntó ella risueña y gozosa, como si la pregunta estuviese contestada de antemano.

—Andar juntos—respondió él decisivamente.—Y subir á los Castros. Desde aquí todavía estamos cerca de Naya.

---

## XXI

Para subir á los Castros, había que dejar á un lado el monte y el encinar, torcer á la izquierda, y penetrar en uno de esos caminos hondos, característicos de Galicia, sepultados entre dos heredades altas, y cubiertos por el pabellón de maleza que crece en sus bordes: caminos generalmente difíciles, porque la llanta del carro los surca de profundas zanjas, de indelebles arrugas; porque á ellos ha arrojado el labrador todos los guijarros con que la reja del arado ó la pala tropezó en las heredades limitrofes; porque allí se detiene y se encharca el agua y se forma el

barro; los peores caminos del mundo en suma, y sin embargo encantadores, poéticos, abrigados en invierno porque almacenan el calor solar, y protegidos del calor en verano por la sombra de las plantas que se cruzan cerrándolos como tupido mosquitero; encantadores porque están llenos de blancuras verdosas de saúco, palideces rosadas de flor de zarza, elegancias airosas de digital, enredadas cabelleras de madreSelva que vierten fragancia, cuentas de coral de fresilla, negruras apetitosas de mora madura, plumas finas de helecho, revoloteos y píos y caricias de pájaros, serpenteos perezosos de orugas, escapes de lagartos, contradanzas de mariposas, encajes de telarañas sujetos con broches de rocío, y desmelenaduras fantásticas de rojas *barbas de capuchino*, que allí, colgadas entre zarzas y matorrales, parecen *ex-votos* de faunos que inmolaron su pelaje rudo al capricho de una ninfa. Y aquel camino en que penetró la pareja montañesa añadía á estos méritos, comunes á todas las *corredoiras*, un misterio

especial, debido á que era muy poco frecuentado de carros y de labriegos, y conservaba todo el mullido suave de su hierba virgen, que literalmente era un tapiz verde clarísimo, salpicado de esas orquídeas color entre lila y rosa que asoman fuera de tierra sólo los pétalos, sin hoja verde alguna; y como además era estrecho, y muy hondo, la vegetación de sus bordes, viciosa y lozana como ninguna, se había unido, y sólo á duras penas se filtraba de la bóveda una misteriosa y vaga claridad, una luz disuelta en oro y pasada al través de una cortina de tafetán verde.

Quien estuviese hecho á conocer estos caminos hondos, y el país gallego en general, no se admiraría de las particularidades que presentaba aquella *corredoira*, así en su virginidad y misterio como en ser más honda que ninguna y en estar trazada con extraña regularidad, como obra donde no sólo se descubría la mano del hombre, sino una mano ducha y hábil, que da á sus obras proporción

y simetría. El nombre de *Los Castros* que lleva el lugar le explicaría bien, si antes no se lo dijese su pericia, por qué estaba allí aquella zanja abierta como por la pala del ingeniero militar de hoy, que ciertamente no la abriría más perfecta.

Dos eran los Castros: Castro Pequeño y Castro Mayor, y se elevaban en doble colina escalonada, facilitando la ascensión del uno al otro la trinchera, aunque también haciéndola más larga, pues era preciso seguirla y dar la vuelta á toda la base del Castro Pequeño para intentar la ascensión al grande, muchísimo más elevado y vasto. El estado de conservación de los dos campamentos era tan maravilloso; se veían tan claras las líneas del reducto y el círculo perfecto de la profunda zanja que en torno lo defendía, que aquella fortificación de tierra, levantada probablemente por legionarios romanos anteriores á Cristo, si es que no fué en tiempos aún más remotos trabajo de defensa practicado para sustentar la independencia galaica, apa-

recía más entero y robusto que las fortalezas, relativamente jóvenes, de la Edad-media. Ni el arado, ni el agua del cielo, habían mordido la esbelta cortadura que á modo de verde culebra se enrosca al pie de los Castros. No; no habían hecho más que vestirla de enredaderas, de zarzales, de plantas y hierbas lozanísimas; y allí donde el soldado rompió el terruño para prevenir el ataque del enemigo, se embosca hoy la ágil sabandija, y teje sus gasas el pardo arañón campesino.

Subió lentamente la pareja, no apremiada ya por la angustia de hallarse cerca de sitio habitado que desde por la mañana impulsaba á Perucho á desviarse del caserón. Iban los dos montañeses radiantes de alegría, con el desahogo de la confesión y las promesas anteriores. Parecíales que sin más que trocar aquellas cuatro frases, se les había quitado de delante un estorbo grandísimo, y ensanchándoseles el corazón, y arreglado todo el porvenir á gusto y voluntad suya. En especial el galán no cabía en sí de gozo y orgullo, y

sostenía á Manuela y la empujaba por la cintura con la tierna autoridad del que cuida y atiende á una cosa absolutamente propia. Tranquilo y sosegado, hablaba de las cosas acostumbradas y se entregaba á las ocupaciones y á las investigaciones habituales en la pareja. Aquella corredera de los Castros, en las actuales circunstancias, era para él un descubrimiento. ¡Qué filón! Olvidados de todo el mundo, amontonábanse allá tesoros que no habían de desdeñar nuestros exploradores. Hacia la parte que forma la solana de la colina, las moras se hallaban ya en estado de perfecta madurez, y millares de dulces bolitas negras acribillaban el verde oscuro de los zarzales. En los sitios de más sombra y humedad, las perfumadas fresillas ó *amores* abundaban, y las delataba su aroma. Nidos, era una bendición de Dios los que aquella maleza cobijaba. Porque, desnuda de arbolado la cima de los Castros desde cerca de veinte siglos que sin duda sus árboles habían sido cortados para levantar empaliza-

das, las aves no tenían más refugio que la zanja misteriosa, donde les sobraba pasto de insectos y caudal de hierbas secas y plantas filamentosas para tejer la cuna de su prole. Así es que tras cada matorral un poco tupido, en cada rinconada favorable, se descubrían redondas y breves camas, unas con huevos, cuatro ó seis perlitas verdosas, otras con la cría, medio ciega, vestida de plumón amarillento. Y al entreabrir Manuela el ramaje para sorprender el secreto nupcial, no sólo volaba el pájaro palpitante de terror, sino que se oía corretear despavorida á la lagartija, y el gusano se detenía paralizado de miedo, enroscándose al borde de una hoja con sus innumerables patitas rudimentarias.

En la exploración y saqueo de la zanja gastarían más de hora y media los fugitivos. En la falda remangada de Manuela se amontonaban moras, fresas, frambuesas, mezcladas y revueltas con alguna flor que Perucho le había echado allí como por broma. Manuela prefería coger los frutos, y su amigo era siem-

pre el encargado de obsequiarla con las orquídeas aromosas ó con las largas ramas de madreselva. Andando, andando, la carga de fresas desaparecía y el delantal se aligeraba: picaban por turno los dos enamorados, y al llegar á la cima del Castro pequeño, la merienda de fruta silvestre había pasado á los estómagos.

La cima del Castro pequeño, donde empezaba á asomar el tierno maíz, era una meseta circular, perfectamente nivelada, como picadero gigantesco donde podían maniobrar todos los jinetes de la orden ecuestre. Las necesidades del cultivo habían abierto senderitos entre heredad y heredad, y á no ser por ellos, el Castro pequeño sería raso como la palma de la mano. Desde su altura se divisaba una hermosa extensión de tierra, y seguíase el curso del Avieiro, distinguiéndose claramente y como próximas, pero á vista de pájaro, las Poldras, con el penachillo de espuma que á cada losa ponía el remolino y el batir colérico de la corriente. Ni un árbol, ni una mata

alta en aquella gran planicie del Castro, que rasa, monda, lisa é igual, parecería recién abandonada por sus belicosos inquilinos de otros días, á no verse en su terreno los golpes del azadón y á no cubrirla, como velo uniforme, las tiernas plantas del maíz nuevo.

Mas no era allí todavía donde Perucho y Manuela se creían dueños del campo y situados á su gusto para reposar un poco después de tanto correr. Aspiraban á subir al Castro mayor, ascensión difícil para otros, porque la trinchera, menos honda allí, dejaba de ser corredoira y estaba literalmente obstruída por los tojos recios, feroces y altísimos. Casi impracticable hacían la subida sus ramas entretrejidas y espinosas. Perucho, con sus pantalones de paño fuerte, podría arriesgarse llevando en brazos á Manuela; pero era el trayecto del rodeo de la zanja larguísimo, y á pesar del vigor del rapaz, bien podría cansarse antes de recorrer el hemicíclo que conducía á la entrada del Castro. Tendió la vista, y sus ojos lince de montañés distinguieron



al punto un senderito casi invisible, en el cual no cabía el pie de un hombre, y que serpeaba atrevidamente por el talud más vertical de la base del Castro, yendo á parar en el matorral que guarneecía la cúspide.

—El camino del zorro!—exclamó Perucho, señalando á su compañera, allá en lo alto, la boca de la madriguera, que se entreparecía oculta por las zarzas y escajos.—Por ahí vamos á subir nosotros, que sino es el cuento de nunca acabar y de quedarse sin carne en las pantorrillas.

Para llevar á cabo la difícil hazaña, yendo el montañés delante y colocando el pie en las levisimas desigualdades que daban señal del paso del zorro cuando subía y bajaba á su oculto asilo, Manuela, que seguía á Perucho, se le cogía no de la mano, pero de los faldones de la americana, y á veces del paño del pantalón. El apuro fué grande en algunos puntos del trayecto, y grandes también las risas con que celebraron lo crítico de la situación aquella. Perucho se asía con

las uñas á la tierra, á las plantas, á todo cuanto podía servirle de asidero, y al avanzar el pie hincaba la punta de golpe en la montaña, para dejar hecho sitio al pie de la niña. Al fin, sudorosos, encarnados y alegres, llegaron á la última etapa de la jornada, y agarrándose á unos menudos pinos que crecían desplomados sobre el talud, saltaron triunfantes dentro del Castro Mayor.

La impresión que producía este segundo reducto fortificado era harto diferente de la del primero. En éste el cultivo suavizaba el aspecto militar, y el alegre y fresco verdor del maíz no permitía que acudiesen al ánimo ideas de antiguas batallas, de sangre y defensas heroicas; sobre la honda trinchera había tendido la naturaleza velo de florida vegetación, y las huellas de la vida humana, de la actividad rústica, el manto amigo de la agricultura, daban al viejo anfiteatro aspecto risueño y apacible. En el Castro Mayor, al contrario, se advertía cierta salvaje grandeza y desolación trágica, muy en armonía con su

destino y su puesto en la historia. Era aún, después de veinte siglos, el sitio de las defensas heroicas, de las resistencias supremas; el sitio donde, rotas ya las empalizadas, invadido el Castro de abajo, se refugiaría la destrozada legión, llevándose sus muertos y sus heridos para darles, á falta de honrosa pira, túmulo en aquella elevada cumbre, y resuelta á vender caras las vidas á la hueste cántabro-galaica. La vegetación, los brezos altísimos y tostados por el sol, las carrascas, los tojos, todo adquiriría allí entonación rojiza, despertando la idea de un rocío de sangre que los hubiese bañado: á trechos, rompían la lisura del inmenso circuito pequeñísimas eminencias, donde las plantas eran más lozanas todavía, y que á juzgar por su hechura cónica serían acaso túmulos. Quién sabe si un investigador, un arqueólogo, un curioso, cavando en aquel suelo vestido de plantas monteses y de ruda y selvática flora, descubriría ánforas, monedas, hierros de lanza, huesos humanos?

La soledad era absoluta en aquel lugar elevado y casi inaccesible; el cielo parecía á la vez muy alto y muy próximo, y como nada limitaba la vista, horizonte inmenso lo rodeaba por todas partes, resultando el firmamento verdadera bóveda de azul infinito y profundo, que encerraba á manera de fanal el inmenso anfiteatro. Las lejanías, más bajas que el Castro, se perdían gradualmente en tales tintas rosadas y cenicientas, que formaban la ilusión de un lago, ó del mar, cuya extensión se divisase lejos, muy lejos. Parecía que el Castro fuese una isla, suspendida sobre un océano de vapores. La calma y el silencio rayaban en fantásticos: allí no había pájaros, sea porque sólo un árbol,—un viejo roble, digno de ser contemporáneo de los druidas, se alzaba en la gigantesca plataforma, como respetado por la pala de los soldados que habían nivelado el monte para fortificarlo,—sea porque la altura, gravedad y solemnidad misteriosa de aquel sitio intimidase á las aves. Una liebre, galopando entre los brezos, fué el único

sér viviente que encontraron los fugitivos.

Divirtiéronse estos durante un buen rato en otear todo el país circunvecino, que desde la estratégica altura se dominaba completamente. El caserío de Naya se les presentaba á sus pies como esparcida bandada de palomas; más lejos las Poldras y el río espejeaban al sol; eran un hilo verdoso, roto á trechos por blancos espumarajos; y allá remoto, remoto, se hundía el valle de los Pazos, donde la casa solariega era un punto rojo, el color de sus tejas. Manuela mostró una especie de terror á esta vista.

—Madre mía del Corpiño, qué lejos estamos de la casa!

Perucho la tranquilizó riendo.

—No, mujer... Parece así porque la vemos de alto. Vaya que de poco te pasmas. ¿No tienes voluntad de descansar? ¿No te pide el cuerpo sentarte?

—Hombre... me dan ganas de hacerte no sé qué. Hace mil años te dije que me cansaba, y ahora sales... Yo ya estaba aguar-

dando á ver si querías que me cayese muerta. Y con este calor! Aquí tan siquiera corre un poquito de aire.

—Pues ven.

Acercáronse al roble, cuyo ramaje horizontal y follaje oscurísimo formaban bóveda casi impenetrable á los rayos del sol. Aquel natural pabellón no se estaba quieto, sino que la purísima y oxigenada brisa montañesa lo hacía palpar blandamente, como la vela del bote, obligando á sus recortadas hojas á que se acariciasen y exhalasen un murmullo como de seda arrugada. Al pie del roble, el humus de las hojas y la sombra proyectada por las ramas, habían contribuído á la formación de un pequeño ribazo resto acaso de uno de aquellos túmulos, así como el duro y vigoroso roble habría chupado acaso la sustancia de sus raíces en las vísceras del guerrero acribillado de heridas y enterrado allí en épocas lejanas.

—Ahí tienes un sitio precioso—dijo Perucho.

Dejóse caer la montañesa, recostada más que sentada, en el tentador ribazo.

—La hierba está blandita y huele bien...— exclamó la niña.—No hay tojos... ¡Qué ricura!

—¿A ver?—murmuró él;—y desplomóse á su vez en el ribazo, riendo y apoyándose en las palmas de las manos.

—¡Vaya! Ni un tojo para un remedio.... Y qué sombra de gloria! Ay.... gracias á Dios! Estaba muerta.... Mira cómo sudo—añadió cogiendo la mano del montañés y acercándola á su nuca húmeda.

—Quieres escotar un cachito de siesta?—preguntó el mozo, mirándola con ternura.—Aquí hay un sitio que ni de encargo.... Si hasta parece que la tierra hace figura de almohada.... Yo te echaré la chaqueta para que acuestes la cabeza....

—Y tú, ¿qué haces interin yo duermo? Papas moscas?

—Duermo también á tu ladito... Como marido y mujer. ¿No te gusta? Sí tal, sí tal.

Quitóse el chaquetón, y extendiólo con pre-

cauciones minuciosas, de modo que la cabeza de Manuela quedase cómodamente reclinada en el cojín que formaba una manga bien envuelta con el cuerpo. Enseguida se tendió al lado de la montañesa, poniéndose bajo la nuca su hongo gris, para no coger un torticolis. La hierba del ribazo era en efecto olorosa, espesa, fina, menuda, y entretejida como la lana de una alfombra de precio. Al lado de la cabeza de Manuela crecía una gran mata de biznaga, cuyos airosos tallos prolongados y blancas umbelas de flores menuditas con la punta roja en medio, parecían, al destacarse sobre el fondo azul del horizonte, un transparente obra de hábil pintor. Por efecto de la posición, le parecían á la montañesa altísimas aquellas biznagas; más altas que los montes que se perdían en los tonos vagos y vaporosos del horizonte lejano. Así se lo dijo á su compañero. Éste respondió á la observación con una sonrisa cariñosa, y dijo:

—Levanta un poco el cuerpo... te pasaré el brazo así por debajo....

Hízolo y quedaron careados. La claridad solar, que pugnaba por atravesar el follaje de la encina, les derramaba en las pupilas un centelleo de pajuelas de oro; en los ojos negros de Manuela se convertían en reflejos de ágata, y en los azules de Perucho tenían el colorido de la gota de vino blanco expuesta á la luz... Complaciase la viva claridad en descubrir, jugando, los más mínimos pormenores de aquellos rostros juveniles: doraba la pelusa de las mejillas: arrojaba una sombra rosada, con venillas rojas, en el tabique de la nariz, en el velo del paladar, que se divisaba por entre los dientes nacarados y entreabiertos, y en el hueco de las orejas; daba tonos azulados al pelo negrísimo de la niña, é irisaba los rizos de Perucho, que se encendían y parecían una aureola, con visos como de venturina.

Manuela alargó la mano, la hundió entre las sortijas de su amigo, y las deshizo y alborotó con placer inexplicable. Aquella cabellera magnífica, tan artísticamente colocada

por la naturaleza, tan rica de tono que estaba pidiendo á voces la paleta de un pintor italiano para copiarla, era una de las cosas que más contribuían á mantener la admiración y el culto que desde la infancia tributaba á su compañero. Si hermoso era á la vista el pelo de Perucho, no menos dulce al tacto. ¡Con qué elástica suavidad se enroscaban de suyo los bucles alrededor del dedo! ¡Cómo se deshacían y partían cada uno en innumerables anillos, ligeros y gallardos, y cómo volvían luego á unirse en grueso y pesado tirabuzón, el bucle estatuario, la cifra de la gracia espiral! Con qué indisciplina encantadora se esparcían por la frente ó se agrupaban en la cima de la cabeza, haciéndola semejante á las testas marmóreas de los dioses griegos! Claro está que Manuela no se daba cuenta del carácter clásico de las perfecciones de su amigo, mas no por eso le gustaba menos jugar con la rizada melena.

Pedro la dejaba á su disposición, cerrando los ojos y sintiendo un bienestar infinito

indecible. La cortedad penosa experimentada el día en que se habían refugiado en la cantera, se había disipado con la conversación explícita de amor, las trocadas promesas, el desahogo de la explicación mutua; y el montañés ni pedía ni soñaba dicha mayor que la de estar allí solos, próximos, seguros el uno del otro, á razonable distancia de todo lo que fuese gente, habitación, obstáculos, mundo en suma; allí, en el desierto de la isla del Castro, donde Perucho quisiera quedarse hasta la consumación de los siglos, con Manuela nada más. Ni el pensamiento de otras venturas le cruzaba por las mientes, y aunque la respiración de Manuela le calentaba el rostro y su mano le desordenaba y acariciaba el pelo, no hervía con ímpetu su sangre moza; sólo parecía correr con mayor regularidad por las venas. Tan feliz se encontraba, que olvidaba el transcurso del tiempo y lo que pudiesen regañarles al volver al caserón, sumido en una de esas distracciones profundas propias de los momentos culminantes de la existencia, que

rompen la tiranía del pasado, anulan la memoria, suprimen la preocupación del porvenir, y dejan solo el momento presente con su solemnidad, su intensidad, su peso decisivo en la balanza de nuestro destino.

De vez en cuando, á un leve estremecimiento del follaje charolado del roble, á una caricia más viva, más nerviosa y eléctrica de los dedos de Manuela, Pedro entreabría los párpados, y su mirada clara y azul se cruzaba con la de aquellas pupilas negras, quebradas y enlanguidecidas á la sazón, que lo devoraban. Dos ó tres veces retrocedió el montañés, —sintiendo en la conciencia una especie de punzada, un misterioso aviso, que al cabo, no en balde tenía cuatro ó seis años más que su compañera, y algo que en rigor podía llamarse conocimiento;—y otras tantas la niña volvió á acercársele, confiada y arrulladora, redoblando los halagos á los suaves rizos y á las redondas mejillas, donde no apuntaba aún ni sombra de barba. Al fin, sin saber cómo, sin estudio, sin premeditación, tan impensa-

damente como se encuentran las mariposas en la atmósfera primaveral, los rostros se unieron y los labios se juntaron con débil suspiro, mezclándose en los dos alientos el aroma fragante de las frambuesas y fresillas, y residuos del sabor delicioso del panal de miel.

---

## XXII

Según suele suceder cuando el calor desazona el cuerpo y acontecimientos importantes ocurridos durante el día perturban el espíritu, Gabriel Pardo había pasado la noche en vigilia casi completa. Lo bueno fué que se acostara creyendo tener mucho sueño; pesábale la cabeza y los párpados, y experimentó gran alivio al desnudarse, estirarse en las frescas sábanas de lino y sentir en las mejillas el contacto de la tersa almohada. Resuelto á consagrar diez minutos á pensamientos agradables antes de rendirse á la soñolencia que notaba, se colocó bien del lado derecho, no

sin apagar la luz y dejar sobre una silla, al alcance de la mano (pues en los Pázos sólo conocía el lujo de las mesas de noche el Gallo, que se había traído de Orense uno de los más feos ejemplares de la especie, con su tableta de mármol y demás requilorios) la forera, la petaca y el pañuelo.

Gozó de quietud y reposo los primeros instantes, dedicados á recordar incidentes de la jornada, dichos de Manuela, observaciones referentes á ella que conservaba apuntadas en la memoria, movimientos, actitudes y otras menudencias por el estilo. En la oscuridad, paseando la palma de la mano sobre el embozo de la sábana, pensaba el comandante:

—La chiquilla posee un fondo sorprendente de rectitud; además tiene, como su madre, tierno el corazón y las entrañas humanas; es fácil, es casi elemental el método para hacerse querer de ella: no hay más que aparecer muy cariñoso, interesarse por la pobrecita... lo cual la coge de nuevas, porque se ha criado en completo abandono, gracias á

mi bendito cuñado y á sus líos é historias... Tenemos aquí lo que se llama un *naife*, ó sea un diamante en bruto... y ¿quién sabe si vale más así? Se me figura que me hace doble gracia de esta manera; que sí señor... Ah! Sencillez, carácter primitivo y campestre, comercio exclusivo con la madre naturaleza, su única maestra y su única protectora... Cargue el diablo con todo eso que está uno harto de ver por ahí: muñecas emperejiladas y vestidas según las cursilerías de *La Moda Elegante*, juguetes automáticos que tocan la *Rapsodia Húngara* entreverada de pifias... Luego dicen que tiene mucha ejecución... Ejecución! Qué más ejecución que la que hacen ellas del arte!... Muñecas que todas ríen como por resorte... que andan igual que si les tirasen de un hilito... que para fingirse cándidas ponen cara de tontas en las zarzuelas donde hay frases de doble sentido... que van á misa por rutina y por ver al novio, y á paseo para que rabie la amigueta si tienen gala que estrenar... Muñecas á quienes les



han enseñado que es punto de honra no enterrarse con palma, y cargan con el primer marido que les sale... y después...

Aquí se agolparon á la memoria de Gabriel los recuerdos, y varias gallardas siluetas de pecadoras cruzaron por entre las tinieblas del dormitorio.

—Qué antipática me es—prosiguió Gabriel haciendo calendarios—la mentira, la convención social! Convengamos en que hace falta, bueno... ¿Cómo se sostendría sin ella este edificio caduco, apuntalado por unas partes, carcomido por otras, remendado aquí y recompuesto acullá? ¿Esta sociedad que parece un monumento mal restaurado, donde se amontonan hibridaciones de todos los estilos y mezcolanzas de todos los órdenes... aquí una portada románica, luego un frontón dórico, después una techumbre de hierro á la moderna...? Aquí se tropieza usted con una preocupación procedente de Chindasvinto... más allá una idea general que difundió algún apólogo traído del Orien-

te por un cortesano de... Sabe Dios! de un califa cualquiera ó del rey que rabió por gachas... y otra que ya se remontará á los iberos primitivos... y otra que la esparció ayer el estúpido artículo de fondo de un periódico político... Y ajústese usted á esta... y á aquella... y á la otra... y á la de más allá... Verdad es que todo hace falta para reprimir la bestialidad humana... A no ser por eso... crac!

Encontrando caliente ya el lado á que se había tendido, volviése Gabriel del opuesto; y sin duda este cambio le sugirió ideas revolucionarias, porque pensó:

—Valiente estafermo está la sociedad actual! Aunque la volasen con dinamita...

Pero el rincón frío y agradable que halló hubo de inspirarle doctrinas conservadoras, y murmuró metiendo el brazo bajo la almohada, postura que era en él habitual:

—Paciencia, Gabriel... Ningún hombre es tiempo; al tiempo corresponde esa obra histórica, si es que algún día ha de realizarse y no estamos sentenciados á rodar siempre el

mismo peñasco, nosotros y los que vengan detrás... Calculemos que todo se lo lleva pateta; y qué ponemos allí, en el sitio de lo que desbaratamos? Verdad que si reparásemos en pelillos, no habría adelanto ni progreso desde que el mundo es mundo... No habría evolución... ¿Ó sí la habría; qué diablo? La evolución es fatal, y no está en nuestra mano precipitarla ni estorbarla... ¿Puedo yo impedir que ahora se cumplan perfectamente en mi cuerpo leyes fisiológicas y biológicas? Cáspita, estoy hecho un pedante; si me oyesen en el Círculo! Me llamarían chiflado otra vez. Bueno; en resumen; la niña es una perla sin engarce... y yo debo tratar de dormirme.

Dejóse oír en este momento la estridente trompetilla de un cínife, que guiado por el instinto venía, sonando su guerrera tocata, á caer sobre la víctima, suponiéndola aletargada é inerme.

—La evolución sin lucha... Sin lucha, es una utopía. Quizás la lucha misma, el com-

bate de todos contra todos, es la única clave del misterio... Lo que dice muy bien Darwin en...

El cínife, elevando su clarín bélico á las más altas notas, descendía raudamente sobre el pensador, á quien creía dormido... Gabriel sintió un roce suave en la mejilla; luego le clavaron como una punta de aguja, candente y finísima. Aunque empapado en ideas raras, semibudistas, acerca del deber que tiene el hombre de no hacer sufrir al más pequeño avechucho el más insignificante dolor, Gabriel, después de diez segundos de astuta inmovilidad, alzó quedamente la mano, se descargó un lapo bien calculado, con alevosía y ensañamiento, en el carrillo, y despachurró al músico chupón.

Como si la leve sajadura del bisturi del insecto le hubiese inoculado á Gabriel algún amoroso filtro, dió al punto vuelta hacia el mismo lado que acababa de dejar, y empezaron á fatigarle mil tiernos pensamientos relativos á su sobrina.

—Me querrá algún día, de verdad, con toda su alma? Si la saco de este purgatorio, si le hago conocer la vida de las gentes racionales, si le enseño á gustar de la música y de las artes, si la restituyo á su verdadera clase social,... al gobierno soberano de su casa, que hoy rige una fregona... y además le ofrezco muchísimo cariño, mucha amabilidad, para que no se haga cargo ella de la diferencia de edades... que la hay, que la hay, no vale decir que no... y menuda... Si juego con ella como con una chiquilla... si le otorgo mi confianza, como á una compañera... Me... me querrá del modo que... La sentiré palpitante... así... azorada... turbada... embriagada... con esa mezcla de vergüenza y transporte... que... ¡Cosa más dulce!

Aquí los recuerdos acudieron en tropel á la imaginación del artillero, escudándose traidoramente con la oscuridad y el absoluto silencio que había seguido á la muerte del cínife. Gabriel se volvió dos ó tres veces de babor á estribor en la cama, al mismo tiem-

po que se le incrustaba en la mente esta idea desconsoladora:

—Adiós... Me he despabilado. Ya no pego ojo en toda la noche.

Trató de poner coto á la desenfrenada fantasía.—A dormir, á dormir—dijo casi en alto, con la resolución más firme. Eligió postura nueva; apretó los párpados; se sepultó más en la almohada, y aunque sintiendo dentro el mosconeo confuso de sus cavilaciones, procuró fijarse en un solo pensamiento, porque sabía que así como la contemplación invariable de un punto brillante produce el hipnotismo, la fijeza de una idea calma y adormece.

Pronto se le apaciguó la efervescencia mental; pero en cambio, cuanto más se sosegaba la tempestad de las ideas, más se le iban afinando y complicando las percepciones de tres sentidos corporales: el oído, el olfato y el tacto. ¡El oído sobre todo! Era cosa asombrosa lo de ruidos microscópicos que empezaron á destacarse del aparente silencio: car-

comas que roían el entarimado de la cama; sutiles trotadas de ratones allá muy alto, sobre las vigas del techo; chasquidos de la madera de los muebles; orfeones enteros de mosquitos; solos de bajo de moscones; y por último, hondo rumor, como de resaca, de las propias arterias de Gabriel; del torrente circulatorio en las válvulas del corazón; de las sienes, de los pulsos. Al olfato llegaba el olor de resina seca del antiguo barniz del lecho; el vaho animal del plumoncillo de la almohada; el vago aroma de lejía y el sano tufo de plancha de las sábanas; el rastro que en la atmósfera había quedado al extinguirse la última centella del pábilo de la vela; y un perfume general de campo, de mentas, de mies segada, de brona caliente, un olor á montañesa joven, que lejos de ser sedante para Gabriel, le atirantaba más los nervios... El tacto... ¿Quién no conoce esa desazón de la epidermis, primero imperceptible cosquilleo superficial, luego sensación insoportable de que nos corren por encima mil insectos,

y advertimos el roce de sus dentadas patitas y de su cuerpo menudísimo, al cual el nuestro sirve de hipódromo...? Para producir esta molestia feroz sobra en verano la inflamación de la sangre que el calor ocasiona; si á ella se añaden las travesuras de algún parásito real y efectivo, de las cuales no preserva á veces ni la mayor pulcritud y aseo, es cosa de volverse loco.

Parece que en la oscuridad y quietud de la cama se centuplican las incomodidades, y todo se abulta y transforma. A Gabriel le sucedía así. El roer de la polilla ya le parecía el de una rata gigantesca; y las corridas de las ratas, cargas de caballería á galope tendido. Los concertantes de mosquitos eran coros humanos, de esos en que toma parte una gran masa coral; los chasquidos del maderamen, crugir formidable de techo que se desploma; su propia respiración, el movimiento de enorme fuelle de fragua; y el curso de su sangre, impetuosa carrera de torrente aprisionado entre dos montañas; ó impetu atrona-

dor de huracán encajonado en algún ventisquero de los Alpes... Los olores también por su persistencia en seguir flotando en la atmósfera, llegaban á pasar de la nariz á las últimas celdillas cerebrales, ocasionando mareo indecible y ganas de estornudar, y verdadera inquietud nerviosa. Las carreras de la piel y la fermentación de la sangre crecían, y no pensaba Gabriel sino que un ejército de pulgas caninas y chinches sanguinarias le andaba recorriendo, con la mayor desvergüenza, el cuerpo todo. Notaba además una sensación rara, muy propia del insomnio; y era que unas veces se le figuraba ser muy chiquirritito, y otras inmenso, hasta el punto de no caber en el espacio; y correlativamente con estas singulares imaginaciones, notaba que los objetos, ya se le venían encima, ya se retiraban á distancias tan inverosímiles que era imposible alcanzarlos... Le parecía haberse vuelto de goma elástica, y que una mano negra, sin consistencia ni forma, como el espacio hacia el cual miraba con los ojos muy

abiertos, le encogía ó le estiraba á su sabor... Y en aquel mismo espacio tenebroso empezaba la vista á distinguir claridades y luces espectrales, unas azules y como fosfóricas, otras amarillas ó más bien color de azufre, que partiendo de un núcleo central brillante, se extendían, trémulas y vibradoras, y formaban poco á poco un nimbo violáceo, que irradiaba y se extinguía y volvía á irradiar y á extinguirse, á semejanza de esas ruedas llamadas *cromátropas* con que remata el espectáculo de los cuadros disolventes...

—Esto ya no se puede aguantar—exclamó Gabriel en alta y colérica voz; y saltando furioso de la cama ó más bien del potro del martirio, echó mano á la caja de los fósforos y encendió la vela. El aposento quedó débilmente iluminado, con claridad triste, y el insomne experimentó, al arder la luz, la impresión desapacible de un hombre á quien despiertan al coger el primer sueño: parecía antes estar completamente desvelado, excitadísimo, y ahora, la lumbre de la bujía, el mo-

vimiento de saltar de la cama, le revelaban que, al contrario, se encontraba medio adormecido, y á dos dedos de quedarse traspuesto. No obstante, apenas se echó otra vez y apoyó el rostro en la almohada sin apagar la luz y con un cigarrillo recién encendido en el canto de la boca, de nuevo se halló perfectamente despabilado y en disposición de lavarse, ponerse el frac é irse á un baile, ó salir para una cazata. Y claro está que los ruidos habían cesado, los olores también, y la picazón de la epidermis desaparecido por completo, no sintiendo Gabriel en ella sino bienestar, sin que ronchas ni otros indicios delatasen el paso de la cohorte enemiga.

Lo que sintió á poco rato fué amargura y constricción en el paladar; sed ardiente.

—¿Qué demonios voy á beber ahora?— pensó.—Aquí no se acostumbra dejar chisme, botellita, ni cosa que lo valga...

Levantóse y se dirigió al lavabo, resuelto á refrigerarse, en la última extremidad, con agua de la jarra; pero la había gastado toda

en sus abluciones matinales, y como en las aldeas no se sospecha ni remotamente que un hombre, después del refinamiento de lavarse bien por la mañana, pueda incurrir en el inaudito sibaritismo de volver á chapotear otra vez por la tarde ó la noche, no es costumbre renovar la provisión. De mal humor con este incidente regresó Gabriel al lecho; la saliva le sabía á acibar, el cuerpo le parecía que se lo habían puesto á secar en un horno, tal era la calentura que empezaba á abrasarle.

—¡Noche toledana!—exclamó al tenderse, no debajo, sino encima ya de las sábanas.—Daría cinco duros por un vaso de agua. Mal tratan al rey don Pedro—en la torre de Argelez!—añadió riéndose á pesar suyo de las contrariedades mínimas que le traían á mal traer desde hacía algunas horas.—Dudo que pueda ya dormir en todo lo que falta de noche.

Recordó que sobre una mesa tenía algunos libros de aquellos rancios y mohosos encontrados en la biblioteca del caserón. Levantóse

y tomó uno de ellos, el que estaba encima, *Los Nombres de Cristo*. Al abrirlo y descifrar la portada, lo soltó murmurando:

—¡Filosofías á estas horas! ¿A ver el otro?

El otro era una edición de Salamanca de 1798; *Traducción literal y declaración del libro de los Cantares de Salomón*. Al lado de la portada se veía, en un grabado en madera, la faz pensativa y melancólica, la espaciosa y abovedada frente del Maestro León; debajo un emblema, un árbol con el hacha al pie y la leyenda siguiente: *ab ipso ferro*. La polilla se había ensañado en el volumen, recortando caprichosos calados al través de las hojas.

—Aquí tiene usted un libro curioso, el que le costó la cárcel á su autor—pensó el comandante.—Veremos si á mí me trae el sueño.

Echado ya y vuelto hacia la luz, abrió con interés el delgado volumen. Lo primero que le llamó la atención, en la primera hoja, fueron algunos garrapatos informes, que delataban la mano de un niño, y el nombre de *Pedro* escrito con enormes y dificultosas le-

trazas. Gabriel comenzó la lectura. A los pocos minutos, el interés de lo que iba leyendo le hizo insensiblemente olvidar la sed y el desasosiego nervioso; funcionó con gran actividad su imaginación y se tranquilizó su cuerpo. De dos cosas estaba pasmado el comandante, y al paso que iba leyendo, se las comunicaba á sí mismo en interior monólogo.

—Demonio... qué retebien escribía el fraile! Tienen razón en decir que estos moldes se han perdido... Zape, zape! Y no se mordía la lengua... Vaya unos comentarios, vaya unos escolios y aclaraciones, como si la cosa de por sí no estuviese bastante clara ya! Mire usted que estas metafísicas acerca del beso! No, y es que ningún poeta ni ningún escritor de ahora discurriría explicación más bonita: está oliendo á Platón desde cien leguas... Qué lindo! Este deseo de cobrar cada uno que ama su alma, que siente serle robada por el otro, é irla á buscar en la boca y en el aliento ajeno, para restituirse de ella ó acabar de entregarla toda... Mire usted que es bonito, y endiablá-

do, y poético, y todo lo demás que usted quiera! Ah... pues no digo nada de los detalles de... Santo Dios, santo fuerte! No, lo que es este libro... Luego se andan escandalizando de cualquier cosa que hoy se escriba, que ninguna tiene ni este fuego, ni esta fuerza, ni esta hermosura, ni esta... acción comunicativa! ¡Pero qué hermosura tan grande, qué lenguaje y... qué diabluras para libro piadoso...!

Se hundió completamente en la lectura, embelesado, con el alma y los sentidos pendientes del admirable cuanto breve poema. Una aspiración profana á la dicha amorosa llenaba todo su sér, y creía oír de los puros labios de la montañesita aquellas embriagadoras palabras: «No me mires, que soy algo morena, que miróme el sol: los hijos de mi madre porfiaron contra mí, pusiéronme por guarda de viñas: la mi viña no guardé...» Acabóse el libro antes que las ganas de leer, y el artillero apagó de un rápido soplo la luz, quedándose embelesado en dulces represen-

taciones y en proyectos sabrosos. La sed se le había calmado del todo; la fantasía, aunque excitada por la lectura, cayó en esas vaguedades precursoras del descanso; las ideas perdieron su enlace y continuidad, se deslizaron, se hicieron flotantes é inconsistentes como el humo; Gabriel vió viñas y prados, campos de mies opulenta, un mar de mies que no concluía nunca; su sobrina le guiaba al través de él, diciéndole mil ternezas en bíblico estilo y en primorosa lengua castellana; el cura de Ulloa estaba allí, no austero y triste, sino paternal y venerable, con un jarro de agua fresca en la mano... Gabriel pegaba la boca al jarro, bebía, bebía... Qué agua tan delgada, tan refrigerante y deliciosa!

Oyóse la clara y atrevida voz del gallo; un reflejo blanquecino penetró por las rendijas de las ventanas. El comandante Pardo dormía á pierna suelta.



## XXIII

Se despertó muy tarde, rendido de su lucha con el insomnio. Cuando la cocinera, mocita frescachona, rubia, de buenas carnes—que desde la mudanza de estado de Sabel desempeñaba el negociado de los pucheros—le subió el chocolate á petición suya, eran cerca de las nueve y media: hora extraordinaria para los Pazos, donde todo el mundo madrugaba siguiendo el ejemplo del amo, á quien antes despertaban con la aurora sus aficiones de cazador y ahora su consagración á las faenas agrícolas.

Los pensamientos de Gabriel al dejar las

ociosas plumas, desayunarse y asearse, fueron sobremanera halagüeños. Su sobrina le esperaría ya, y en tan amable compañía prometíase otra jornada como la de la víspera, otro viaje de exploración por los alrededores de los Pazos y, al mismo tiempo, por los repliegues de un corazón candoroso, tierno y franco, donde el artillero quería penetrar á toda costa. Y no sólo por inclinación, sino por deber, fundiéndose en su deseo los más egoístas y los más nobles sentimientos del alma, que eso suele ser, bien mirado, el amor. Gabriel se atusó y acicaló lo mejor posible, y se peinó de manera que el pelo le adornase con mediana gracia la cabeza (aunque sin recurrir á artificios de tocador, indignos de tan varonil y discreta persona), y aguardó, con ansiedad natural y disculpable, los golpecitos en la puerta. Corrió tiempo. Nada. Impaciente ya, midió repetidas veces el aposento, lo recorrió y examinó todo, abrió la ventana, asomóse á ella, miró el paisaje, notó que el día era canicular y la temperatu-

ra senegaliana, espantó con el pañuelo las impertinentes moscas que venían á posársele críticamente en el hueco de las orejas ó en la comisura de los labios—donde más podían fastidiarle,—sonrió ante las ingenuas pinturas del biombo, intentó coger un libro, miró el reloj... Nada. La incertidumbre le freía la sangre. Se determinó á salir, buscando el camino de la habitación de su cuñado. Recorrió salones, más ó menos destartalados, y durante la caminata observó algún hermoso vargueño con incrustaciones, de esos que hoy se pagan y estiman tanto, abandonado y estropeándose en un rincón, algún cuadro al óleo, cuyo asunto era imposible adivinar, de tal modo se habían ennegrecido los betunes y las tierras, y tan resquebrajado se hallaba por falta de barniz; vió, en suma, indicios de lo que pudo ser en otro tiempo aquella señorial morada, que inspiraba á Gabriel dilatadas tesis de filosofía histórica. Sólo que entonces no estaba el horno para pasteles. ¿Dónde se habría metido todo el mundo?

Porque tampoco el hidalgo de Ulloa parecía por ninguna parte. En su habitación sólo encontró Gabriel á la vieja perra de caza, tendida bajo el rayo de sol que de una ventana caía. Al ruido de los pasos del artillero, la perra entreabrió un ojo sin alzar el hocico que recostaba en las patas de delante, y azotó el suelo con el muñón del rabo, como dando los buenos días.

En vista de que la casa parecía un palacio encantado ó abandonado por sus moradores, Gabriel bajó á la cocina, donde halló á la nueva hermosa fregatriz ocupada en la labor de un picadillo. Con tanta energía meneaba la media luna sobre la tabla de picar, que la había excavado por el centro, y es seguro que en albondiguillas ó chulas se tragarían los señores, á vuelta de pocos años, un castaño ó roble enterito. Cuando Gabriel preguntó por el hidalgo, la moza dió paz á la media luna y le miró, abriendo la boca de un palmo.

—Le está en la era... ¡con los que majan!—

exclamó al fin asombrada de la pregunta.

No comprendía Gabriel el asombro de la chica, ni toda la importancia de la gran faena de la maja, esa faena en que se asocian el cielo y la estación estival al trabajo del hombre, esa faena que no puede realizarse sino en el corazón del año, en mitad de la canícula, en los brevísimos días, que en Galicia apenas llegarán á ocho, cuando el agricultor, pasándose el revés de la mano por la empapada frente y respirando fuerte, exclama:

—¡Qué día de maja nos manda hoy Dios!

Á la entrada de la era de los Pazos, el comante se paró sorprendido por el cuadro, para él novísimo, que se le ofrecía. No era posible imaginarlo más animado, más bucólico, más digno de un pintor colorista, alumno de la naturaleza y fiel á la realidad, enemigo de afeminaciones de dibujo y falsas luces cercnadas por cortinas de taller. No siendo de piedra la era, habíánla barnizado con una costra espesa de boñiga de vaca, á fin de que el *fruto* no se confundiese entre la arena y el

polvo, y rodeádola de sábanas sostenidas por cuerdas, con objeto de que el mismo grano no rebasase del circuito donde se majaba. Las *camadas de pan*, ópimas, gruesas, mu-llidas, se tendían sobre el espacio cuadrilongo, en correcta formación: y los membrudos gañanes, remangados, en dos hileras situadas frente á frente, aporreaban con sus pér-tigas, á compás, la extendida mies, haciendo saltar las perlas de oro del trigo, impacientes ya por salirse, con el menor pretexto, del estuche bruñido que las contiene. El sol, implacable, metálico, se bebía el sudor de los trabajadores apenas brotaba de los dilatados poros; y sin embargo, la faena seguía y seguía, que para sostener el esfuerzo allí estaban, entre camada y camada, los jarros de vino corriendo de mano en mano. Las jornaleras, vestidas con sayas angostas de zaraza desteñida, que les señalan los recios muslos, sacuden la paja, la colocan en rimeros grandes, preparan la camada nueva, y entretanto el hombre, de pie, apoyado en el *mallo*, ebrio

de sol, despechugado, con la camisa de estopa pegada al cuerpo, despacha aprisa el *espeque* ó cigarro, y ya se escupe en la palma de las manos para volver á blandir el instrumento cuando suene la hora del combate. Hora terrible, en que se gastan energía y vigor suficientes para vivir un mes! La luz deslumbra y ciega; el ambiente es de boca de horno; no corre ni el sople de aire suficiente á inclinar el tallo de la más endeble gramínea: las hojas de las higueras que rodean la era de los Pazos permanecen inmóviles, como recortadas en hoja de lata, y los verdes higos, tiesos, á modo de pencas de metal: á veces un pajarillo cae al suelo agonizando de sofoco, con el pico desesperadamente abierto y la pluma erizada: en el lindero más cercano, la víbora saca su cabeza chata, enciende su ojillo de azabache, resbala sobre la hierba escandecida, y los abejorros, aturdidos, no aciertan á salir del cáliz de flor en que hundieron la trompa... Y en el desmayo general de la naturaleza, que desfallece y espira de

calor, sólo el hombre reconoce su condición servil y cumple el precepto del Génesis, azotando la mies que le ha de dar sustento!

Gabriel, en cuya presencia nadie reparaba, porque el interés de la faena absorbía á todos, permanecía á la entrada de la era, protegido por la sombra del hórreo, y deteniéndose en ir á saludar á su cuñado: verdad que éste tenía el rostro más ceñudo y avinagrado que de costumbre, leyéndose en él cierta sombría preocupación, debida á circunstancias que merecen referirse.

Todos los años, al abrirse la maja, acostumbraba el señor de Ulloa sacudir la primera camada, demostrando así á sus gañanes que si no ganaba el mismo jornal que ellos, no era por falta de aptitud. Cuando el descendiente de aquellos Moscosos que habían lidiado calzando espuela de oro en los días, azarosos para el país gallego, del reinado de Urraca y Alfonso de Aragón; de aquellos Moscosos que se distinguieron entre los pa-

ladines portugueses en la ardiente África; de aquellos Moscosos que hasta mediados del siglo XIX conservaron en el límite de sus dominios erectos los maderos de la horca, como protesta muda contra la supresión de los derechos señoriales; de aquellos Moscosos... en fin, de aquellos Moscosos de Ulloa, que si no en caudal en sangre azul podían competir con lo más añejo y calificado de la infanzonía española... cuando el descendiente, digo, de tan claro linaje empuñaba el *mallo* y á la voz de á la una... á las dos... á las tres... se santiguaba, lo vibraba en el aire y lo derrumbaba sobre la espiga, corría entre los *malladores* halagüeño murmullo, que crecía á medida que el señor, con compás admirable y pulso de atleta, reiteraba los golpes, sin cejar un punto, poniendo la ceniza en la frente al más alentado de sus mozos. Su abierta camisa descubría el esternón bien desarrollado, blanco, saliente, que con el trágico de la labor iba sonroseándose como el cutis de una doncella á quien agita la danza: sus mangas

vueltas por más arriba del codo permitían ver las montañuelas de carne que el ejercicio alzaba y deprimía en los robustos brazos. Y así que terminaba el vapuleo por no quedar ni sombra de grano en la espiga tendida, y don Pedro, sudoroso, humeante, pero con la respiración igual y desahogada, se quedaba apoyado en su *mallo* y gritaba con firme voz: —Ea! day un jarro de vino, retaco! Los majadores tenemos que mojar la palabra!—ya no era murmullo, sino tempestad atronadora de plácemes, de alabanzas, de requiebros si así puede decirse, dirigidos á lo que más admira el labriego en las personas nacidas en esfera superior: la fuerza física. Don Pedro sonreía, guiñaba el ojo, dejaba escurrir suavemente el *mallo* sobre la paja, se atizaba el jarro de una sentada no sin decir antes «hasta verte, Jesús mío», y consumada esta segunda hazaña, que no se celebraba menos que la primera, echábase la chaqueta por los hombros, se encasquetaba el sombrero, y sentado en las gavillas de mies, fumaba como los

otros trabajadores, pero con placer sereno é íntimo orgullo.

Este año observaban atónitos los gañanes que el marqués no seguía la ya inveterada costumbre. Sentado estaba allí lo mismo que siempre; cómo sería no coger el mallo? Hasta parece que no se le alegraba la cara viendo aquella gloria de Dios de los haces, nunca más lucidos ni de más limpia espiga, y aquel sol hecho de encargo para desprender el fruto, y aquel mar de oro donde los mallos, al precipitarse, producían un ruido apagado, mate y sedoso que regocijaba el corazón. Lejos de manifestar el contento de otras veces, hasta se podía jurar que el hidalgo de Ulloa había exhalado media docena de suspiros. De tiempo en tiempo cruzaba las manos y se tentaba los brazos, y fruncía el entrecejo, como el que no sabe á qué santo encomendarse. De repente Gabriel, desde su atalaya, vió que el marqués se levantaba resuelto, se despojaba de la americana á toda prisa, se remangaba...

—¿Qué barbaridad irá á hacer éste?—pensó Pardo.

Se admiró más al verle asir la pértiga, colocarse en fila y zurrar valerosamente la mies. El señor de Ulloa, en los primeros momentos, demostró todo el esfuerzo y brío acostumbrados; pero á los pocos golpes, empezó á sentir lo que tanto temía, lo que desde por la mañana le nublabá la frente: la respiración se le acortaba, el brazo se resistía á levantar el instrumento, las carnes se le volvían algodón y se le doblaban las rodillas. Exclamó con angustia:—Alto, rapaces!—y los diez y nueve mallos de la cuadrilla permanecieron suspensos en el aire como si fuesen uno solo, mientras los gañanes miraban al señor con muda lástima y en un silencio tal, que pudiera oírse el vuelo de una mosca. Al fin dejó don Pedro caer la pértiga, se llevó ambas manos á la frente húmeda, y á vueltas de congojoso sobrealiento, murmuró:

—Rapaces... Ya pasé de mozo. No sirvo... No darne el jarro.

Cuchichearon los gañanes; algunos sacudieron la cabeza entre burlones y compasivos, no sabiendo si era prudente tomar el caso á risa ó dolerse mucho de él. Don Pedro, desplomado en los haces, se enjugaba el sudor con un pañuelo amarillo; sus labios temblaban, su rostro estaba demudado, y un dolor real, acerbo y hosco, se pintaba en él. Parecía como si el fracaso de su intento le echase de golpe diez años encima. Sus arrugas, su pelo gris, todas las señales de vejez se hacían más visibles. Y con los ojos cerrados, cubiertos por el pañuelo, la otra mano caída, la espalda encorvada y la cabeza temblorosa, el marqués se veía ya inútil para todo, baldado, preso en una silla, tendido después en la caja, entre cuatro cirios, en la pobre iglesia de Ulloa, ó pudriéndose en el cementerio, donde hacía tiempo le aguardaba su mujer.

Así se estuvo unos cuantos minutos, sin que los gañanes se atreviesen á continuar la tarea, ni casi á chistar. Un rumor profundo,

contenido, salió de la multitud cuando don Pedro, levantándose impetuosamente, listo como un muchacho y con un semblante bien distinto, alegre y satisfecho, llamó con imperio al Gallo, que, ojo avizor, muy currutaco de traje, muy digno de apostura, asistía á la faena.

—Angel! Angel!

—Señor...

—Busca al *señorito* Perucho... Tráelo volando aquí... De mi parte, que venga á majar la camada!

Jamás impensado reconocimiento de príncipe heredero produjo en corte alguna tan extraordinaria impresión como aquellas explícitas y graves palabras del marqués de Ulloa. Inequivoca era la actitud; claro el sentido de la orden; elocuente hasta no más el hecho; y si alguna duda les pudiese quedar á los maliciosos y á los murmuradores de aldea acerca del hijo de Sabel, ¿qué pedían para convencerse? Llamarle á que majase la camada en lugar del hidalgo, era lo mismo



que decirle ya sin rodeos ni tapujos: — Ulloa eres, y Ulloa quien te engendrò.

Todos miraron al Gallo, á ver qué gesto ponía. Nunca el semblante patilludo del rústico buen mozo y su engallada apostura expresaron mayor majestad y convencimiento de la alta importancia de su misión en la señorial morada de los Pazos. Se enderezò más, brillò su redonda pupila, y respondió con tono victorioso:

—Se hará conforme al gusto de Usía.

Salir el Gallo por un lado y entrar Gabriel por otro, fué simultáneo. Acercòse á su cuñado, y hechos los saludos de ordenanza, sentòse en los haces, y pidió noticias de su sobrina.

—Quién sabe de ella?—respondió el padre.

—Andará por ahí... Has visto la maja?—añadió revelando sumo interés en la pregunta.

—Sí, te he visto hecho un valiente...

—A mí? ¡A mí me viste acabado, *derreado!* Ya no sirve uno sino para echar al montón del abono... A cada cerdo le llega su San

Martín... Ya verás á Perucho majar la cama-da, que será la gloria del mundo... Ey, Ángel... Viene ó no viene? Qué... no está?

—Dice que no... que saliò trepanito con Manola... Que no voltaron aún.

—Por vida de...! Mal rayo!

Volvió á encapotarse el rostro y á anudarse de veras el ceño del hidalgo de Ulloa.



## XXIV

Comieron solos los dos cuñados. Al sentarse á la mesa, Gabriel manifestó extrañeza grande por la ausencia de Manola, y don Pedro preguntó á los criados si los *rapaces* no parecían; la respuesta negativa no le despejó el severo entrecejo. Érale difícil al hidalgo conservar muchas horas seguidas la afable disposición de los primeros momentos de hospitalidad; no sabía ejercitar la simpática virtud de la eutrapelia, que en resumen es cortesía y buena crianza, y al poco tiempo de tratar á una persona, se creía autorizado para obligarla á que le sufriese su mal humor,

así como á imponerle su jovialidad, cuando estaba alegre, que no era cosa que ocurriese todos los días. Por su parte Gabriel, aunque siempre atento y sin prescindir de sus cortesanas maneras, también se mantenía serio, como hombre que tiene algo grave en qué pensar.

Sus porqués y cavilaciones salieron á relucir á la hora del café, cuando ya la moza en pernetas y el tagarote del criado no tenían necesidad de entrar en el comedor. Hacíase el café allí mismo, en la mesa; lo preparaba don Pedro—único modo de que saliese á su gusto—en una maquinilla de hojalata toda desestañada, derrotadísima, con lágrimas de estaño colgando á lo largo de su cilindro superior; artefacto casi inservible, pero irremplazable para don Pedro, habituado á semejante chisme y persuadido de que en una cafetera nueva no le saldría bien la operación. Se filtraba el café lentamente, gota á gota, y en realidad resultaba fuerte, oscuro, aromático, exquisito. El marqués de Ulloa era inte-

ligente en la materia; porque merece notarse que aquel burdo hidalgo, ajeno no sólo á la idea de lo que espiritualmente embellece y poetiza, sino de lo que hace materialmente grata la existencia, tenía en dos ó tres ramos afinadísimo el sentido y el conocimiento, hasta rayar en sibarita: nadie como él distinguía un legítimo habano de primera, de las imitaciones más ó menos hábiles; nadie entendía mejor el intrínquilis del café; nadie conocía tan perfectamente dos ó tres clases de licores y vinos; y así como entendía fallaba, y que no le viniesen con cigarros del estanco ni con Jerez de marcas inferiores. Ni él mismo podía decir dónde había adquirido esta ciencia: acaso le venía de casta, como al gitano ser chalán y al árabe apreciar armas y caballos.

Mientras se destilaba el rico néctar, Gabriel, sin acritud ni severidad, antes con cierta blandura encaminada á hacerse los lares propicios, dijo á su cuñado:

—Oye tú... ¿No le habrá sucedido á Manuela cosa mala? ¿Estás seguro?

—Va con Perucho — respondió lacónicamente el marqués, dando vuelta á la llave, y acercando á la villa la taza de Gabriel, donde cayó un chorro negro, que despedía balsámicos efluvios.

—Perucho... — murmuró Gabriel Pardo como si se le atragantase el nombre — Perucho..... es un muchacho de muy poca edad.

—Poca edad... ¡Quién me diera en la suya! — exclamó el hidalgo, respirando por la herida de su decadencia física. — ¡A esa edad, que le echen á uno encima disgustos y leguas de mal camino! A esa edad... salía yo para el monte á las cuatro de la mañana, que aún no se veía luz; y me estaba allí á pie firme hasta las ocho de la noche, que volvía para casa con el morral atacado de perdices... Y desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho de la noche llevaba aguantada toda la lluvia, que se me había secado encima del cuerpo, y todo el sol, que maldito si le hacía yo más caso que á este café que bebo ahora, y todo

el frío, y todas las brétemas, y los orvallos, y el pedrisco, y los demonios que me lleven... A veces no me contentaba con las horas del día... ¡buena gana de contentarme! ¡Cuántas noches de invierno tengo salido á las liebres, que andaban pastando en las viñas! Allí... con el tío Gabriel, tu tocayo... los dos esconditos tras de un pino... tendidos boca abajo... con un papel tapando la boca de la carabina para que las condenadas no olfateasen la pólvora... ¿Quieres más azúcar?... No... ¡Lo que es del tiempo de Perucho... que me diesen á mí caza que matar y monte por donde andar y una empanada que comer y un jarro de mosto, que me sabía todo á gloria...! Ahora... ¡se acabó!... Ya no está uno de recibo más que para sentarse en una silla... ó para que le tiren al basurero.

—Pues yo—declaró Gabriel, bebiendo aprisa el último sorbo del café—no estoy tan tranquilo como tú: á los enamorados (y aquí se sonrió) algunas impaciencias hay que perdonarnos... Si sabes poco más ó menos hacia

qué parte suele ir tu hija, me lo dices y salgo allá.

—¿Y quién es capaz de saberlo? Como son locos, si les dió la gana de no parar hasta el Pico Medelo, allá se plantificaron... Tú bien conoces que tanto pudieron echar para Poniente como para Levante.

Gabriel Pardo se mordió el bigote estrujándolo con el pulgar contra los labios. Cualquiera cristiano se da á Barrabás con semejantes respuestas en boca de un padre. Miró el artillero en derredor suyo, y al ver que no andaba por allí nadie, ni Sabel, ni la cocinera, estuvo á punto de vaciar el saco... Pero al fin el comedor era un sitio abierto, podía entrar gente de un momento á otro, y lo que á él se le asomaba á la lengua era para dicho privadamente. Siguió preguntando de un modo indirecto.

—Y... acostumbra Manuela salir así muchas mañanas, y no volver á la hora de la comida?

—Pocas... ¡Hombrel ha de vivir ella en el

monte como vivía yo? No se le ocurre á nadie eso. Pero á veces, en tiempo de verano (ya se sabe) y estando Perucho, les ha sucedido cogérles lejos un chubasco, ó una tormenta, y entonces sabes qué hacen? Se meten á comer en casa del cura de Naya, ó del pobre de Boán, que en paz descansen, cuando vivía... ¡Cura más templado! Se defendió él solo contra una gavilla de más de veinte ladrones, que al fin me lo despacharon para el otro mundo; pero antes despachó él á uno de los galopines, y malhirió á media docena... ¡Era más perro!

—Hoy ni llueve ni hay señales de borrasca —insistió con firmeza Gabriel. Manuela no se habrá ido á comer á casa de nadie.

—Eso es verdad... pero los chiquillos, viendo que ayer no pudieron andar juntos, tal día como hoy se habrán querido desquitar tomándolo por suyo todo.

El artillero sintió algo molesto, agudo y frío en el corazón; algo que era inquietud, pena y susto á la vez. Dominando su turbación involuntaria, dijo en voz reposada y entera:

—Yo, en tu caso, no lo consentiría. Parece mal que una señorita de los años de Manuela ande por los montes sin más compañía que un mocito poco mayor. Es inconveniente por todos estilos, y hasta es exponerla, con este sol de justicia, á que coja un tabardillo pintado.

No obstante la moderación con que hablaba Gabriel, fuese por estar el hidalgo en punto de caramelo ó porque le moviese una secreta antipatía contra su cuñado, lo cierto es que exclamó casi á gritos, con bronca descortesía y despreciativo acento:

—¡Allá en los pueblos se educa á las muchachas de un modo y por aquí las educamos de otro!.. Allá queréis unas mojígatas, unas *mirame y no me toques*, que estén siempre haciendo remilgos, que no sirvan para nada, que se pongan á morir en cuanto mueven un pie de aquí á la escalera de la cocina... y luego mucho de sí señor, de gran virtud y gran aquel, y luego sabe Dios lo que hay por dentro, que detrás de la cruz anda el diablo, y

las que parecen unas santas... más vale callar. Y luego, al primer hijo, se emplastan, se acoquinan, y luego, revientan, ¡ revientan de puro maulas!...

Escuchaba Gabriel trémulo y bajando los ojos. Se sentía palidecer de ira; notaba y reprimía el temblor de sus labios, la llama que se le asomaba á las pupilas, y el impulso de sus nervios que le crispaban los puños. Un fuerte dolor en el epigastrio, el síntoma indudable de la cólera rugiente, le decía que si aguardaba dos minutos más, no seguiría oyendo injuriar la memoria de su hermana sin cometer un disparate gordo. Tendió la mano derecha, y sin mirar al marqués, alcanzó un vaso lleno de agua y lo apuró de un trago. Con la frescura del líquido, la voluntad vino en su ayuda: se incorporó, y dando la vuelta á la mesa, se llegó á don Pedro con la sonrisa en los labios, y le puso las manos en los hombros, no sin visible sorpresa del hidalgo.

— Si no fueses todavía más bárbaro que

malo (y empleaba el tono humorístico que había usado ya para pedirle á Manuela), lograrías sacarme de mis casillas, y que me volviese tan incapaz y tan desatinado como tú... La suerte que te conozco, y te tomo á beneficio de inventario, has oído? Puedes echar por esa boca sapos y culebras: por un oído me entran y por otro me salen. No tienes ni pizca de trastienda, y no eres tú el que has de excitarme á mí y hacerme saltar... Eso quisieras. Cargarme yo? Si me das lástima, fantasmón; si esta mañana no pudiste levantar el palitroque aquel para tundir el trigo... No cierres los puños, que no te hago maldito el caso; además, que no puedo reñir contigo: somos yerno y suegro, como quien dice padre é hijo... y ya que tú no cuidas, como debieras, de mi futura esposa, yo voy á buscarla, entiendes tú? y á fe de Gabriel Pardo de la Lage, te juro que no volverá á suceder que ande por los montes sin que se sepa su paradero!

## XXV

Si vale decir verdad, cuando salió del caserón solariego como alma que lleva el diablo, por no oír la retahíla de palabrotas y berridos con que don Pedro contestó á su arenga, no sabía el comandante ni hacia dónde dirigirse ni á qué santo encomendarse para cumplir el programa de encontrar á su sobrina. La hora era además tan cruel y el calor tan intolerable, que sólo estando á mal con la vida podía nadie echarse á andar por los senderos calcinados. Estarían cayendo las dos de la tarde, el momento en que los habitantes así racionales como irracionales de los Pazos se aprestaban á gozar las de-

licias de la siesta, tendiéndose cuál panza arriba, cuál de costado para roncar; desparrados los gañanes sobre los haces de paja, y estirados en completa inmovilidad los perros, sacudiendo solamente una oreja cuando se les posaba encima importuna mosca.

Por vivo que fuese el celo de Gabriel, comprendió la locura de salir á descubierta en momentos semejantes, é instintivamente buscó una sombra donde guarecerse y consultar consigo mismo. Dió consigo en la linde del soto, al pie de un castaño, sinó de los más altos, de los más acopados y frondosos, sobre cuyas flores caídas, que mullían dobladamente el tapiz de manzanilla y grama, encontró buen recostadero.

.....

—No hay remedio...—comenzó á devanar Gabriel.—Yo corto por lo sano... El animal de mi cuñado, tengo que reconocerlo, no ve *esto* que veo yo... Es que si lo viese y viéndolo lo consintiese... nada, cuatro tiros.

.....

—Y yo ¿qué veo, en resumen? ¿Tiene fundamento, tiene cuerpo, tiene base esta idea? ¡No, y renó! Aquí no hay más que una cuestión de conveniencias desatendidas... impremeditaciones é ignorancias de una montañesilla inexperta... bárbara indiferencia, atroz descuido de un hombre zafio y adocenado... fatalidades de educación, de medio ambiente...

.....

—No puede negarse que mi venida aquí ha sido providencial. El abandono en que está la niña, hija de mi pobre Nucha, clama al cielo... Debí enterarme antes, mucho antes. He dejado pasar años sin tomarme la molestia... Bien, yo no podía tampoco suponer... ¡Qué calor! Comprendo á los japoneses...

.....

Suspiró y cortó una rama de castaño para abanicarse con ella. Lo que le sofocaba era, más que la temperatura, la reacción del reciente acceso de cólera. El café que acababa de paladear le había dejado en la lengua un amargor agradable, y le producía ese ligero

eretismo cerebral tan propicio á la creación artística y á la fácil emisión de la palabra. La naturaleza desfallecía, y el rumoroso silencio del bosque, el ronco quejido de la presa, la fragancia de las flores del castaño, ayudaban á exaltar la fantasía de Gabriel, muy inclinada, como sabemos, á echarse por esos trigos.

.....

—¿Por qué causa tal impresión la naturaleza? Yo lo había leído en libros, pero me costaba mis trabajos creerlo... Esto de que, porque uno vea cuatro montañas y media docena de nubes, se ponga á meditar sobre orígenes, causas, el sér, la esencia, la fatalidad, y otras cien mil cosas que carecen de solución! ¡Empeñarnos en que la naturaleza tiene voces, y voces que dicen algo misterioso y grande! ¡Ay... á esto sí que se le puede llamar chifladura! ¡Voces... Voces! ¡Unas voces que están hablando hace miles y miles de años, y á cada cual le dicen su cosa diferente! Deduzco que ellas no dicen maldita la co-

sa... y que nosotros las interpretamos á nuestra manera... Lo que pasa con las campanas: enseguida cantan lo que á uno se le antoja... Las voces están dentro... A mi cuñado le suena la naturaleza así:—¡ Buen día de maja! — Y al creyente le murmura que hay Dios...

—¿ Que no existe el mundo exterior; que lo creamos nosotros? ¡ Puf! Idealismo trascendental... Váyase á paseo este afán de escudriñar el fondo de todas las cosas...

Un saltón verde, muy zanquilargo, vino á posarse en la mano del pensador. Gabriel le cogió por las zancas traseras y le sujetó algún tiempo, divirtiéndose en ver la fuerza que hacía para soltarse. Al fin aflojó, y el bicho se puso en cobro pegando un brinco fenomenal.

—Y á Manuela ¿ qué le dirá la señora naturaleza, la única mamá que ha conocido?

En la memoria de Gabriel, como en placa fonográfica, empezaron á revivir fragmentos de la lectura de la noche anterior, sólo que encontrándoles un sentido y dándoles un alcance nuevo de respuesta á la última pregunta.

—«La sazón es fresca y el campo está hermoso: todas las cosas favorecen á tu venida y ayudan á nuestro amor, y parece que la naturaleza nos adereza y adorna el aposento... Voz de mi amado se oye: veislo viene atravesando por los montes y saltando por los collados... La izquierda suya debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará... Hablado ha mi amado y dijome: levántate, amiga mía, galana mía, y vente... Ya ves, pasó la lluvia y el invierno fuése. Los capullos de las flores se demuestran en nuestra tierra, el tiempo de la poda es venido, oída es la voz de la tórtola en nuestro campo: la higuera brota sus higos, y las pequeñas uvas dan olor: por ende levántate, amiga mía, hermosa mía y ven.»



—Según los garrapatos que he visto en la edición, Manuela y su... lo que sea! aprendieron á leer por ese libro... Tiene algo de simbólico... La más negra no es el texto, sino los comentarios... Cuidado con aquello que dice de que el jugar á esconderse burlando es regalo y juego graciosísimo del amor... Sí, que no sabrían ellos solos retozar entre los árboles... Pues y el enseñarles á que se fijen y reparen en los arrullos de las palomas y en los amoríos de los avechuchos?

.....

—Lo más tremendo es la manía de llamarla *hermana*... «Robaste mi corazón, hermana mía esposa, robaste mi corazón con uno de los tus ojos en un sartal de tu cuello... Panal que destila tus labios, esposa, miel y leche está en tu lengua; y el olor de tus vestidos, como el olor del incienso. Huerto cerrado, hermana mía esposa...»

.....

—Este lenguaje oriental...

.....

—«¿Quién te me dará como hermano que mamase los pechos de mi madre? Hallar-teía fuera, besaría-te, y ya nadie me despreciaría.»

.....

—Con permiso de Fray Luís de León: lo que es sus comentarios á este pasaje, son una confusión lastimosa entre el amor y la fraternidad. No me negará nadie que es bonita escuela para las señoritas lo que dice á propósito de los amores desiguales... Cosa más disolvente que estos místicos y contempladores... y el pasaje está más claro que el agua..!

.....

—«Porque se ha de entender que entre dos personas (aunque las demás calidades ó que se adquieren por ejercicio ó que vienen por caso de fortuna ó que se nace con ellas) puede haber y hay grandes y notables diferencias; pero unidas en caso de amor y voluntad, porque esta es señora y libre así como en todo es libre y señora; así todos en ella son igua-

les, sin conocer ventaja del uno al otro, por diferentes estados y condiciones que sean.»

.....  
—¡Caracoles con Fray Luís!

.....  
—Quieto, Gabriel, que estás discurrendo como un quídam, sin asomo de cultura, como si toda tu vida no te hubieses esforzado en ser racional... racional. Si tu sobrina ha leído eso, sería de niña, cuando delectaba; y á fuerza de ser clásico y castizo y repulido, ni lo entendió entonces, ni lo entendería ahora. Esta lectura te hace efecto y te da en qué pensar á ti, por lo mismo que estás muy civilizado y muy saturado de libros y muy harto de meterte en honduras... Lo que es á ellos... No has de ser majadero por empeñarte en ser sagaz.

.....  
—Se me figura que la naturaleza se encara conmigo y me dice: Necio, pon á una pareja linda, salida apenas de la adolescencia, sola, sin protección, sin enseñanza, vagando libre-

mente, como Adán y Eva en los días paradisiacos, por el seno de un valle amenísimo, en la estación apasionada del año, entre flores que huelen bien, y alfombras de mullida hierba capaces de tentar á un santo. Qué barrera, qué valla los divide? Una enteramente ilusoria, ideal, valla que mis leyes, únicas á que ellos se sujetan, no reconocen, pues yo jamás he vedado á dos pájaros nacidos en el mismo nido que aniden juntos á su vez en la primavera próxima... Y yo, única madre y doctora de esa pareja, soy su cómplice también, porque la palabra que les susurro y el himno que les canto, son la verdadera palabra y el himno verdadero, y en esa palabra sola me cifro, y por esa palabra me conservo, y esa palabra es la clave de la creación, y yo la repito sin cesar, pues todo es en mí canto epitalámico, y para entenderlo, simple! ¿qué falta hacen libros ni filosofías?

.....  
—Pero es cosa que eriza los pelos... La hija de mi hermana, la esperanza de mi corazón,

caída en ese abismo... ¡Qué monstruosidad horrible! y no hay duda... Soy un idiota en no haberlo comprendido desde luego... Presentimiento sí que lo tenía... Algo me dió el corazón ya en casa de Máximo Juncal... Ay, Nucha, pobre mamita, y qué bien hiciste en morirte... Todo el día solos, campando por su respeto á una ó dos leguas de la casa... ¿Qué hacen á estas horas? En qué clase de juego entretienen la siesta? De seguro...

.....

—Maldito yo por no venir antes. Aunque sabe Dios desde cuándo... Y qué hago ahora aquí, cavilando y lamentándome? Tocan á moverse... á buscarla, voto á sanes! y á deshacer este enredo horrible, y á sacarla de la abyección, y á cortar de raíz...

.....

—¿Hacia dónde tomarían?

## XXVI

Siguió el primer sendero que encontró, porque tan probable era que hubiesen pasado por aquel como por otro. Caminaba sin fijarse en el paisaje, ni formar idea de si se alejaba mucho de los Pazos; y sus ojos, devorando el horizonte, trataban de descubrir un campanario, el de Naya. ¿No había dicho el señor de Ulloa que á Naya solían ir?

Cruzó prados humedecidos por el riego, y heredades acabadas de segar la vispera; se metió por entre viñedos; saltó vallados; atravesó huertos con frutales y costeó eras donde resonaba el cadencioso golpe del *mallo*; en

suma, gastó con la actividad y el movimiento su impaciencia torturadora, que le encendía la sangre y le ponía los nervios como cuerdas de guitarra. El ejercicio le hizo provecho; andando y andando, empezó á sentirse con la cabeza más despejada y el corazón más tranquilo.

Contribuía á ello el acercarse ya el instante de calma suprema, la hora religiosa, el anochecer. De la sombra que iba envolviendo el suelo emergían las copas de los árboles, coronadas aún por una pirámide de claridad; al oeste, los arreboles se extendían en franjas inflamadas como el cráter de un volcán: el contraste del incendio, pues hasta forma de llamas tenían las nubes, hacía verdear el azul celeste, y unas cuantas nubecillas, dispersas hacia el poniente, parecían gigantescas rosas y bolas de oro desparramadas por el cielo. Una puesta de sol inverosímil, de esas que dejan quedar mal á los pintores cuando se les mete en la cabeza copiarlas. Sobre el grupo de árboles más abandonados

ya de la luz diurna, se desplegaba, á manera de leve cortinilla plomiza, el humo que despedía la chimenea de una cabaña; y de las hondonadas, donde se conservaba archivado el enervante calor de todo el día, se alzaban compactas huestes de mosquitos.

De pronto levantó Gabriela la cabeza... Un tañido lento y lejano, una gota, por decirlo así, de música apacible, resignada, admirablemente poética en semejante lugar, sobre todo por lo bien que se armonizaba con los *sau-dosos* ay... lé... lé... que segadoras y majadores entonaban desde los campos y las eras, se dejó oír repetidas veces, á intervalos iguales... El comandante se paró, y una especie de escalofrío recorrió su cuerpo. Se le arrasaron en lágrimas los ojos, lágrimas de esas que no corren, que vuelven al punto á sumirse. ¡Cuántas veces había oído hablar de la poesía del *Angelus*! Y sin conocerla, se la imaginaba desflorada por tanta rima de coplero chirle, por tanto artículo sentimental... Fué esto mismo lo que aumentó la fuer-

za de la impresión, é hizo más inefable el misterioso tañido.

—El que discurrió este toque de campana á estas horas, era un artista de primer orden... ¡Cáspita! ¿Hacia dónde ha sonado? ¿Estaré, sin saberlo, cerca de Naya? No puede ser... He comprendido que Naya se encuentra á la subida del monte... y hace un cuarto de hora lo menos que bajo al valle. ¡Hola! ¡Si el campanario se ve asomar por allí! ¡Qué bajito! Es el de Ulloa, no me cabe duda.

Ya todo era cuesta abajo, y Gabriel la descendió con bastante ligereza, sólo que el caminillo daba mil vueltas y revueltas, y el comandante no se atrevía á atajar, temeroso de perderse. Caía la noche con sosegada majestad; las luces de Bengala del poniente se extinguían, y detrás del lucero salía una cohorte innumerable de estrellas. No distinguió Gabriel la iglesia hasta estar tocándola casi, y no fué milagro, porque la parroquial de Ulloa cada día se iba sepultando más en la

tragona tierra, que se la comía y envolvía por todos lados, dejando apenas sobresalir, como mástil de buque naufrago, la espadaña y el remate del crucero del atrio. La puerta del vallado que rodeaba á éste, bien fácilmente se podía saltar, sin más que levantar algo las piernas; pero Gabriel Pardo no había entrado en el atrio por el gusto de entrar, sino por acercarse á *algo* que él sabía estar allí, y que le pesaba con remordimiento profundo no haber visitado antes, desde el momento mismo de su arribo á los Pazos...

Cosa de broma saltar la cerca del atrio; mas no así penetrar en el cementerio de Ulloa. Parecía como si se hubiese defendido su acceso con esmero especial, nada común en las aldeas, donde los camposantos suelen andar mal preservados de la contingencia, remotísima en verdad, de una profanación. El muro que lo rodeaba era alto, bien recobado, y en el caballete se incrustaban recios cascotes de botella; la verja de la cancilla, sobre la cual se gallardeaba la copa de un

corpulento olivo, se componía de maderos fuertes, recién pintados, terminados en unos pinchos de hierro. Asegurábanla sólida cerradura y grueso cerrojo.

Gabriel comprendió que además de la cancilla debía existir una puerta que comunicase directamente con el atrio, y no se engañó; sólo que era de dos hojas, y no menos sólida y maciza en su género que la cancilla. No se podía intentar abrirla; por fuerza, sería un acto irrespetuoso; en cuanto á llamar al sacristán, ni pensarlo; de fijo que después de sonar las oraciones, se habría retirado á su casa, dejando solos á los muertos y á la pobre cilla iglesia.

Intentó al menos el comandante distinguir, al través de la verja, la traza del cementerio, acostumbrando la vista á las tinieblas de la estrellada noche. Después de mirar fijamente y largo rato, adquirieron algún relieve las formas confusas. El cementerio parecía muy bien cuidado: las cruces, no derrengadas como suelen andar en sitios tales, sino dere-

chas y puestas con simetría y decoro; la vegetación y los arbustos ostentando el no sé qué de los jardines, la gentil lozanía de la planta regada y dirigida por mano cariñosa. Sobre el fondo sombrío del follaje se destacaban irregulares manchones claros, que debían ser flores. Flores eran, y ya los ojos de Gabriel, familiarizados con la oscuridad, podían hasta darles su nombre propio: las manchas redondas, hortensias; las largas, varas de azucenas blanquísimas. Lograba también, sin esfuerzo, contar los senderitos abiertos entre las cruces, y los montecillos que éstas coronaban.

A su izquierda distinguió claramente una especie de nicho abultado, con pretensiones de mausoleo, y sobre cuya blanca se perfilaban, á modo de columnas de mármol negro, los troncos de dos cipreses muy tiernos aún, recién plantados sin duda. La mirada se le quedó fija en el mezquino monumento... Era *alli...* Se agarró con ambas manos á la verja, quedándose abismado en la contem-

plación que producen los objetos en los cuales, como en cifra, vemos representado nuestro destino. ¡Allí, allí estaba el cariño santo de su vida, la que al cabo de tantos años, desde el fondo de la tumba, le había atraído á aquel ignorado valle!

En el espíritu de Gabriel batallaban siempre dos tendencias opuestas: la de su imaginación propensa á caldearse y deducir de cada objeto ó de cada suceso todo el elemento poético que pueda encerrar, y la de su entendimiento á analizar y calar á fondo todo ese mundo fantástico, destruyéndolo con implacable lucidez. Ante la cancilla de aquel cementerio de aldea, triunfaba momentáneamente la imaginación; de buen grado ofrecía treguas el entendimiento, y todo lo que en lugares semejantes evocan, sueñan y forjan los creyentes y los medrosos, los nerviosos y los alucinados, tuvo el comandante Pardo la dicha suprema de evocarlo, soñarlo y forjarlo por espacio de unos cuantos minutos. Apariciones, aspectos fantasmagóri-

cos, formas que puede tomar el sér querido que ya no pertenece á este mundo para presentarse á los que todavía permanecen en él, y esa sensación indefinible de la presencia de un muerto, ese soplo sutil de lo invisible é impalpable, que cuaja la sangre é interrumpe los latidos del corazón. Cuando se produce este género de exaltación, nadie la saborea con más extraño placer que los espíritus fuertes, los incrédulos: es el gozo de la mujer estéril que se siente madre; es un deleite parecido al que causa la lectura de una novela de visiones y espectros á las altas horas de la noche, en la solitaria alcoba, con la persuasión de que no hay palabra de verdad en todo ello, y á la vez con involuntario recelo de mirar hacia los rincones á donde no llega la luz de la lámpara, por si allí está acechanda la *cosa sin nombre*, el elemento sobrenatural que teme y anhela nuestro espíritu, ansioso de romper la pesada envoltura material y el insufrible encadenamiento lógico de las realidades!

Las flores de hortensia eran manos pálidas que hacían señas á Gabriel; las azucenas, flotantes pedazos de sudario; los cipreses, figuras humanas vestidas de negro, que inmóviles defendían el acceso del lugar donde reposaba Nucha... Y allá del fondo del mausoleo... ¡qué ilusión esta tan viva, tan fuerte, tan invencible! sale un murmullo humilde y quejoso, como de rezo, un suspiro lento y arrancado de las entrañas... ¿Es posible que el oído sea juguete de semejantes alucinaciones? No hay duda, otro suspiro tristísimo... tan claro, que un estremecimiento recorre las vértebras del comandante.

Estas treguas del entendimiento duran poco, y en el cerebro de Gabriel, que no poseía la fresca plástica de la ignorancia y de la juventud, la razón recobró al punto sus fuegos. En un segundo, el apacible cementerio perdió su prestigio todo: lo vió lindo y alegre, como debía de ser á la luz solar. De su hermana, lo que estaba allí era el polvo... residuos orgánicos... ¡Materia! Y trató de figu-

rarse cómo estaría aquella materia inerte, qué aspecto tendrían, entre las podridas tablas del ataúd y la húmeda frialdad del nicho, los huesecillos de aquellos brazos tan amantes, en que se había reclinado de niño. Se le oprimió el corazón: por instinto alzó la frente y miró al cielo.

—Si hay inmortalidad, ahí estará la pobre; en alguna de esas estrellas tan hermosas.

El firmamento parecía vestido de gala, como para rechazar toda idea de muerte y podredumbre, y confirmar las de inmortalidad y gloria. Compensando la falta de la luna que no asomaría hasta mucho más tarde, los astros resplandecían con tal magnificencia, que inducían á creer si toda la pedrería celestial acababa de salir del taller del joyero divino. Más que azul, semejaba negra la bóveda; las constelaciones la rasgaban con rúbricas de luz; algunos luceros titilaban vivos y próximos, otros se perdían en la insondable profundidad; la vía láctea derramaba un mar de cristalina leche, y Sirio, el gran bri-



llante solitario, centelleaba más espléndido que nunca.

También el suelo estaba de fiesta. La incomparable serenidad de la noche le envolvía en un hábito de amor: las sombras eran densas y vagas á la vez: los horizontes lejanos se disfumaban en azuladas nieblas: á pesar de la mucha calma, no había silencio, sino murmurios imperceptibles, estremecimientos cariñosos, ráfagas de placer y vida; la savia antes de parar su curso y retroceder al corazón de los árboles, aprovechaba aquel minuto de plenitud del verano para saturar por completo el organismo vegetal, y lo que era acres aromas en el monte, en el valle atmósfera verdaderamente embalsamada. La iluminación de la noche nupcial, los farolillos venecianos de las bodas, los suministraban las luciérnagas, insectos en quienes arde visiblemente el fuego amoroso...

No podía Gabriel confundir el verdoso y fosforescente reflejo de los gusanos con la pequeña llama azul que se alzó de las profun-

didades del cementerio, y que revoloteando suavemente le pasó á dos dedos del rostro. Bien conoció el fuego fatuo, arrancado por el calor á aquel sitio bajo y húmedo y relleno de cadáveres humanos... Con todo, sintió que otra vez se le exaltaba la fantasía, y pegó el rostro á la verja escudriñando con avidez el interior del camposanto, por si tras el fuego surgía alguna forma blanca, ni más ni menos que en *Roberto el Diablo*... Y en efecto... Chifladura, ilusión de óptica! Calle... Pues no, que bien claro lo está viendo... Algo se alza detrás del nicho, junto á los cipreses... Algo que se inclina, vuelve á alzarse, se mueve... Una forma humana...! Un hombre!

Sólo tiene tiempo el artillero para adosarse al muro, al amparo de la sombra que proyecta el olivo. Rechina el cerrojo, gira la llave, se abre la verja, y sale la persona que momentos antes rezaba al pie del mausoleo de Nucha. El rezador nocturno cierra cuidadosamente la verja, hace por última vez la señal de la cruz volviéndose hacia el cemen-

terio, y pasa rozando con Gabriel y sin verle, con la cabeza baja, cabeza blanquecina y cuerpo encorvado y humilde.

—El cura de Ulloa!

Se quedó Gabriel algún rato como si fuese hecho de piedra, sin darse cuenta del porqué semejante persona, en tal sitio y entregada á tal ocupación, le parecía la clave de algún misterio, uno de esos cabos sueltos de la madeja del pasado, que guían para descubrir historias viejas que nos importan ó que despiertan novelesco interés.

—Ahí están los suspiros y los rezos que yo oía!—pensó, encogiéndose de hombros. Si no acierta a salir ahora este buen señor, yo tendría una cosa rara que contar... y creería honradamente en una pamplina... inexplicable... Ea, me he lucido con mi excursión! De Manuela, ni rastro... Verdad es que he visitado á la pobre *mamita*... Adiós, adiós! (Volviéndose hacia la verja.) Y en realidad la caminata me ha calmado. Se me figura que esta tarde pensé mil delirios y ofendí mortal-

mente con la imaginación á mi sobrina. ¿Cómo ha de estar profanada, depravada, una niña que tiene aquel aire franco y sencillo y honesto á la vez, el aire y los ojos de su madre? Sé sincero, Gabriel, contigo mismo. (Deteniéndose y mirando á las estrellas.) Lo que te sucedió, que te encelaste, porque estás interesado por la muchacha... Pues amigo, eso no vale. ¿Á qué viniste aquí? ¿A salvarla, verdad? Entonces, piensa en ella sobre todo. A un lado egoísmos; si no te quiere, que no te quiera; mírala como la debió haber mirado su padre. A pedirle mañana una entrevista; á hablarle como nadie le ha hablado nunca á la criatura infeliz. Lo que tú has estado pensando allí al pie del castaño, es una monstruosidad; pero con todo, bueno es prevenir hasta el que á otros se les ocurra la misma sospecha atroz. A ti, al hermano de su madre, corresponde de derecho el intervenir. Y caiga quien caiga, y así sea preciso prender fuego á los Pazos y llevarte á la muchacha en el arzón de la silla... Digo, no; esto de raptos es niñería románti-

ca... Pero es decir, que tengas ánimo y que no se te ponga por delante ni el Sursumcorda, ¡qué diablos! Y cuidadito cómo le hablas á la montañesa... No hay que abrirle los ojos, ni lastimarla, que después de todo... reparo deberías tener en tocarla siquiera con el aliento... y morirte deberías de vergüenza por las cosas que se te han ocurrido. ¡Pobre chiquilla! (Pausa.) ¡Qué noche tan hermosa! ¿Iré camino de los Pazos... ó lo estaré desandando? Por allí suena la presa del molino... De noche se oye muy bien... Parece el sollozo de una persona inconsolable... Sí, hacia esa parte están los Pazos; en llegando al molino, ya los veo.

El sollozo del agua le guió á una *corredoira*, no tan honda ni tan cubierta de vegetación como la de los Castros, pero perfumada y misteriosa cual ninguna deja de serlo en el verano, y alumbrada á la sazón por la luz suave y espectral de las luciolas, que á centenares se escondían en las zarzas ó se perseguían arrastrándose por la hierba. Tan lindo aspec-

to daban á las plantas las linternas de aquellos bichejos, que el artillero, al salir del túnel, se detuvo y miró hacia atrás, para gozar del fantástico espectáculo. Una línea fría le cruzó el rostro: era un tenuísimo hilo de la Virgen, y Gabriel alzó la vista hacia el matorral, queriendo adivinar de dónde salía la sutil hebra. Cuando bajó los ojos, se le figuró que al otro extremo del túnel se movía un bulto confuso y grande. El pálido resplandor de los gusanos, semejante al destello de una sarta de aguamarinas y perlas, no le consintió al pronto discernir si eran bueyes ó personas, y cuántas, lo que se iba aproximando en silencio. Gabriel, sin reflexionar, se emboscó tras las plantas, con el corazón en prensa; si alguien le hubiese preguntado entonces ¿porqué te escondes y porqué te azoras así? no le sería posible dar contestación satisfactoria. El bulto se acercó... Era doble: se componía de dos cuerpos tan pegados el uno al otro como la goma al árbol; no hablaban; para qué? Él la sostenía por la cintura, y ella se recostaba en

su hombro y le pasaba el brazo izquierdo alrededor del cuello. Marchaban con el paso elástico y perezoso á la vez, propio de la juventud y de la dicha avara, que regatea los minutos.

Hacia ya algunos que había desaparecido la enamorada pareja, y todavía estaba el artillero quieto, con los puños y los labios apretados, los ojos abiertos de par en par, el cuerpo tembloroso, los pies clavados en tierra como si se los remachasen, fulminado en suma por la última visión de aquella noche de verano. Al fin su pecho se dilató, como para respirar; estiró los brazos; descargó una patada en el suelo; y mandando enhoramala sus filosofías, su pulcritud de lenguaje y de educación, su cultura y su firmeza, arrojó, como arroja el caño de sangre la arteria cortada, una interjección obscena y vulgarísima, y añadió sordamente:

—Qué vergüenza... qué barbaridad!

## XXVII

No vayan ustedes á figurarse que desde el entronizamiento del Gallo y sus útiles reformas encaminadas á acrecentar el decoro y representación de los Pazos, ó al menos de la mayordomía, se hubiese suprimido el tertulión de la cocina por las noches. Suprimir, no; depurar, es otra cosa. La autoridad del buen ex-gaitero se empleaba en alejar mañosa ó explícitamente de allí á la gentuza, como las nietas de la Sabia y otras *lambonas* que sólo andaban tras la intriga y á la socaliña del pedazo de pan hoy, y mañana del de cerdo, si á mano viene. Para semejantes brujas,

chismosas y zurcidoras de voluntades, desde el primer día significó el Gallo con toda su autoridad de sultán y marido, la orden de expulsión; ¡si conocería él el paño! Y Sabel, aunque muy dada á comadrear, hubo de conformarse—como se conformaría á andar á cuatro patas, si tales fuesen los deseos del insigne rey del corral.

Escogido ya el número de tertulianos, se redujo á los notables de Ulloa y Naya, al pedáneo, á los labriegos cabezas de familia y colonos de los Pazos, al criado del cura, al sacristán, al peón caminero, y demás personas de suposición que por allí podían encontrarse; de suerte que varió muchísimo el carácter de aquel sarao, y no se parecía en lo más mínimo á lo que fué en otros días, bajo la dominación de Primitivo *el Terrible*. Antaño, predominando el sexo femenino, se pagaba tributo muy crecido á la superstición: se refería el paso de la *Compañía* con su procesión de luces; se contaban las tribulaciones de la mocita á quien le había dado *sombra de gato*

*negro* ó atacádola el *ramo cativo*; se ofrecían recetas y medicinas para todos los males; se gastaba una noche en comentar el robo de una gallina ó el feliz alumbramiento de una vaca; un viejo chusco refería cuentos, y las mozas, en ratos de buen humor, se tiroteaban á coplas, improvisándolas nuevas cuando se les acababan las antiguas. Toda esta diversión populachera era incompatible con los adelantos de la civilización que pretendía introducir allí el Gallo. Bajo su influjo, la tertulia, compuesta de sesudos y doctos varones, se convirtió en una especie de ateneo ó academia, donde se ventilaban diariamente cuestiones arduas más ó menos enlazadas con las ciencias políticas y morales. El Gallo se encargaba de la lectura de periódicos, que realizaba con aquel garabato y chiste que sabemos; y excusado me parece advertir lo bien informado que quedaba el público, y las exactísimas nociones que adquiriría sobre cuanto Dios crió. Así es que el debate era de lo más luminoso, y mal año para los

gobernantes y repúblicos que no viniesen allí á ver resueltos por encanto los problemas que tanto les dan en qué entender. Había en la asamblea especialistas, profundo cada cual en la materia á que consagraba sus desvelos: Goros, el criado del cura de Ulloa, se dedicaba á la controversia teológica y á la exégesis religiosa, soltando cada herejía que temblaba el misterio; el señor pedáneo tenía á su cargo la política interior, cortaba sayos y daba atinadísimos consejos á Castelar y á Sagasta, hablaba de ellos como si fuesen sus compinches, y vaticinaba cuanto infaliblemente iba á producirse en el seno del gabinete: un labriego machucho, el tío Pepe de Naya, antes encargado del ramo de chascarrillos, corría ahora con el de hacienda, y exponía las más atrevidas teorías de los socialistas y comunistas revolucionarios, sin necesidad de haber leído á Proudhon ni cosa que lo valga; y el atador de Boán, cuando llamado por deberes profesionales ó alumbrado más de la cuenta se veía obligado á pasar la noche en Ulloa,

dedicábase á la propaganda filosófica, y ponía cátedra de panteísmo, explicando cómo los hombres y las lechugas son una sola esencia en diferentes posiciones... ó para decirlo en sus propias palabras, lo mismito, carraspo, perdonando vusté.

Uno de los mayores placeres de aquel senado campesino era confundir y aturdir con su ciencia á los ignorantuelos, á los criados de escalera abajo, ó sea de establo y labranza, haciéndoles preguntas capciosas y divirtiéndose en acrecentar su estupidez, cosa bastante difícil. A veces llamaban al pastor, aquel rapazuco escrofuloso que padeció persecución bajo Primitivo y era ahora un tagarrote medio idiota; y excitando su vanidad (que todos la tienen) le hacían soltar peregrinos despropósitos. Generalmente lo examinaban de teología.

—Quitaday, marrano, que tan siquiera sabes quién es Dios.

—Sé, sé—contestaba muy ufano el mozo rascándose la oreja.

—Pues gomitalo.

—Es un ángel rebelde, que por su...

Coro de risotadas, de exclamaciones y de aplausos.

—A ver—exclamaba Goros;—para qué es el Sacramento del Orden?

—Si me pregunta de cosas de allá de Madrid, yo mal le puedo dar sastifación.

—Soó... mulo! El Sacramento del Orden (abre el ojo) es para... criar hijos para el cielo!

—Bien, ya estamos en eso—contestaba muy serio el gañán, entre la algazara y regocijo del ateneo de Ulloa.

Con intermedios de este jaez se amenizaban las discusiones formales. Es de saber que en tiempo de verano, y más si el calor arreciaba, y con doble motivo si era en días de maja y siëga, el ateneo trasladaba el local de sus sesiones de la cocina, á la parte del huerto lindante con la era: colocábanse allí bancos, *tallos*, cestas volcadas panza arriba, y sin derrochar más candela que la que los

astros ó la luna ofrecían gratuitamente, gozando el fresco y oyendo en la era el canticio y el bailoteo de segadoras y majadores, departían sabrosamente, echaban yescas para el cigarro, y la conversación giraba sobre temas de actualidad, agrícolas y rurales.

En mitad de una acalorada discusión sobre la calidad del trigo cayó allí Gabriel Pardo, que regresaba de su tremendo viaje á través del valle de Ulloa. Por fortuna, la luz estelar, con ser tan viva y refulgente, no bastaba á descubrir al pronto lo descompuesto de su semblante; pero bien se podía notar lo ronco de la voz en que exclamó, encarándose con el primer ateneísta que le salió al paso:

—Dónde está Perucho?

El Gallo se levantó obsequiosamente, y con sonrisa afable y la frase más selecta que pudo encontrar, respondió lo que sigue:

—Señor don Gabiel, no le saberé decir con eusautitú... Quizásmente que aún no tendrá voltado, *en atención* á que no se ha visto por aquí su comparecencia...

—¡Falso! Es usted un embustero—gritó brutalmente el comandante, ciego de dolor y necesitado, con necesidad física, de desahogar en alguien y de hacer daño... de pegar fuego á los Pazos, si pudiese.—¡Ea!—añadió—á decirme dónde está su hijo de usted ó lo que sea... ¡Aquí no vale encubrir!

¡Quién viera al rey del corral erguirse sobre sus espolones, enderezar la cresta, estirar el cuello, y exhalar este sonoro quiquiriqui:

—Adispensando las barbas honradas de ustedé, señorito don Grabiél, esas son palabras muy mayores y mi caballerosidá y mi dicensia, es un decir, no me premiten...

—Eh... ¿quién le cuenta á usted nada? ¿Qué se me importa por usted?—vociferó Gabriel nuevamente.—A quien necesito es á Peruchó... Llámenle ustedes, pero en seguida.

—Ha de estar en la era—indicó timidamente el pastor.

Gabriel no quiso oír más, y desapareció como un rehilete en dirección de la era. En-

contróla brillante, concurridísima. Una tanda de mozas y mozos bailaba el *contrapás*, al són de la pañereta y la flauta; la tañedora de pandero cantaba esta copla:

*A lua vay encuberta...  
a min pouco se me dá:  
a lua que a min m' alumbra  
dentro do meu peito está.*

Oíala como en sueños el comandante, detenido á la entrada y presa entonces de un paroxismo de ira que le hacía temblar como la vara verde. Calma... sosiego... voy á echarlo todo á perder... decía consigo mismo; y al par que veía claramente su razón la necesidad de tener aplomo y presencia de ánimo, aquella parte de nosotros mismos que debiera llamarse la *insurgente*, le tenía entre sus uñas de fierecilla desencadenada, y le soplaba al oído:—Qué gusto coger un palo... entrar en la era... deslomar á estacazos á todo el mundo... arrimar un fósforo á las medas... armar el revólver, y en un santia-



mén... pun, pun... á éste quiero, á éste no quiero...

A su izquierda divisó un grupo, compuesto de Sabel y de varias comadres del vecindario: y delante, en pie, algo ensimismado, á Perucho en persona. Gabriel se le acercó, hasta ponerle la mano en el hombro; y al *tenemos que hablar* del comandante, estremeciósse el montañés, pero respondió con súbita firmeza:

—Cuando usted guste.

—Ahora mismo.

—Bueno, ya voy.

Echó delante el mozo, y siguióle Pardo, sin añadir palabra. Alejándose de la gente, atravesaron el huerto, entraron en el corredor, llegaron á la cocina, donde la fregatriz revolvía en la sartén, con cuchara de palo, algo que olía á fritanga apetitosa; y el montañés, sin detenerse, tomó una candileja de petróleo encendida, y guió á las habitaciones de la familia del Gallo, entre las cuales se contaba cierta salita, orgullo y prez del mayordomo, porque en seis leguas á la redonda,

sin exceptuar las casas majas de Cebre, no la había mejor puesta, ni más conforme á las exigencias del gusto moderno, sin que le faltase siquiera—¡lujo inaudito, refinamiento increíble!—un *entredós* en vez de consola; un entredós de imitación de palo santo, con magníficos adornos de un metal que sin pizca de vergüenza remedaba el bronce. Frente á este mueble, en que el Gallo tenía puesto su corazón, un soberbio diván de *repis* amarillo canario convidaba al reposo, y Perucho, dejando la candileja sobre el entredós, hizo seña al comandante de que podía sentarse si gustaba, al mismo tiempo que se le plantaba enfrente, con la cabeza erguida, resuelto el ademán, algo pálidas, contra lo acostumbrado, las mejillas, y pronunciando en tono que á Gabriel le sonó provocativo:

—Usted dirá, señor de Pardo... ¿Qué se le ofrece?

El comandante midió de alto á bajo al bastardo, frunciendo la boca, con el gesto de desprecio más claro y más enérgico que pudo;

acercóse luego á la puerta, y dió vuelta á la llave, que halló puesta por dentro; y volviéndose hacia el montañés, le escupió al rostro estas frases:

—¡ Se me ofrece decirte que eres un pillastre y un ladrón, y que voy á darte tu merecido, canalla! ¡ A ti y á la perra que te parió! ¡ Mamarracho indecente!

Lo raro era que Gabriel oía sus propias palabras como si las dijese otra persona; y allá en el fondo de su ser, las comentaba una voz, susurrando:—Es demasiado, ese hombre habla como un loco.—Y no podía, no podía sujetar la lengua, ni refrenar la indignación frenética.—Por lo que hace á Perucho, oyendo aquellas cláusulas que abofeteaban, saltó lo mismo que si le hincasen en la carne un alfiler candente; desvió y echó atrás los codos, cerró los puños, y sacó el pecho, como para arrojarse sobre Gabriel. El furor ennegrecía sus pupilas azules, y daba á sus facciones correctas y bien delineadas la ceñuda severidad de un rostro de Apolo flechero.

—No... no me tutee usted—balbuceó reprimiéndose todavía—no me tutee ni me insulte... porque tan cierto como que Dios está en el cielo y nos oye...

—¿ Qué harás, bergante?

—Lo va usted á saber ahora mismo—gritó el montañés, cuyos ojos eran dos llamas oscuras en una máscara trágica de alabastro. Un segundo duró para Gabriel la visión de aquel rostro admirable, porque instantáneamente sintió que dos barras de hierro flexibles y calientes se le adaptaban al cuerpo, prensándole las costillas hasta quitarle la respiración. Intentó defenderse lo mejor posible, tenía los brazos en alto y libres y podía herir á su contrario en el rostro, arañarle, tirarle del pelo; pero aun en tan crítica situación, comprendió lo femenino y bajo de resistir así, y ¡ extraña cosa! al verse cogido en la formidable tenaza, preso, subyugado, vencido por el mismo á quien venía á confundir y humillar, su ciega y furiosa ira y el hervor animal é instintivo de su sangre se calmaron como por

obra de un conjuro, y hasta le pareció que experimentaba simpatía por el brioso mozo. Todo fué como un relámpago, porque el achuchón crecía, y el ahogo también, y el montañés tenía á su rival á dos dedos del suelo, aprestándose á ponerle en el pecho la rodilla. Intentó Gabriel un esfuerzo para rehacerse y librarse, pero Perucho apretó más, y mal lo hubiera pasado su enemigo, á no ser por una casual circunstancia. La butaca contra la cual estaba acorralado el comandante era nada menos que una mecedora, mueble que hacía la felicidad del Gallo, por lo mismo que nadie de su familia ni de seis leguas en contorno acertaba á sentarse en ella sino después de reiterados ensayos, continuas lecciones y fracasos serios. Al peso de los dos combatientes, la mecedora cedió con movimiento de báscula, y el grupo vino á tierra, haciendo la dichosa mecedora el oficio de Beltrán Claquin en la noche de Montiel, pues Perucho, que estaba encima, se halló debajo, y Gabriel, sin más auxilio

que el de su propio peso y corpulencia, con la rapidez de movimientos que dicta el instinto de conservación, le sujetó y contuvo, teniéndole cogidas las muñecas é hincándole la rodilla en el estómago.

—¡Máteme, ya que puede!—tartamudeaba el montañés.—Máteme ó suélteme, para que yo... le... ahog...

El aliento se le acababa, porque el cuerpo de su adversario, gravitando sobre su pecho, le impedía respirar: Terminó la frase con un z! z! z! cada vez más fatigoso... Vió en el espacio unas lucecitas amarillentas y moradas... luego sintió un bienestar inexplicable, y oyó una voz que decía:

—Pues anda, levántate y ahógame... ¿No puedes? La mano.

Se levantó sostenido por Gabriel, tambaleándose; dió dos ó tres pasos sin objeto; se pasó la diestra por los ojos, y miró al artillero fijamente; y como viese en su rostro una tranquilidad muy distinta de la furia de antes, la tuvo por señal de mofa, cerró otra vez los

puños, y bajando la cabeza como el novillo cuando embiste, se precipitó... Gabriel adelantó las manos para parar el golpe, con calma desdeñosa; entonces, el montañés se contuvo, dejó caer los brazos, dió media vuelta, y encogiéndose de hombros, exclamó:

—Yo no pego á quien no me resiste... ¿Somos aquí chiquillos? ¿Estamos jugando, ó qué?

Callaba Gabriel y reflexionaba, sintiéndose ya, con íntima satisfacción, dueño de sí y capaz de regir sus acciones. Seamos francos, pensaba; me he comportado como un bruto; he hablado como un demente. A bien que en mí son momentáneas las excitaciones; que si me durase como me da, yo me dejaría atrás á todos los salvajes. Un poco de juicio, señor de Pardo... Pero ahora se me figura que ya lo tengo de sobra.

—Oiga usted...—dijo á Perucho, tosiendo para afianzar la voz.—Le he maltratado á usted hace un instante; hice mal, y lo reconozco. Es decir: no me faltan motivos de ha-

blarle á usted con toda la dureza posible; pero con razones, no con injurias... Debí empezar por ahí.

—Los motivos que usted tiene, ya los sé yo... Demasiado que los sé.

—Se equivoca usted... Hágame el obsequio de sentarse; ya ve que no le tuteo, ni le ofendo en lo más mínimo. Pero tenemos que hablar largamente y ajustar cuentas, de las cuales no he de perdonarle á usted un céntimo si sale alcanzado... Vuelvo á rogarle que se siente.

Perucho se dejó caer en el sofá con hosco ademán, arreglándose maquinalmente el cuello y la corbata, que ya no tenía muy en orden antes y que con la refriega se habían insubordinado por completo. Ocupó Gabriel la mecedora de enfrente, y empezó á mecerse con movimiento automático. Arreglaba un discurso; pero lo que salió fué un trabucazo.

—¿Usted sabe de quién es hijo? (al preguntarlo se encaró con Perucho).

—¿Y á qué viene eso?—contestó el mozo.

—¿No está usted cansado de conocer á mis padres? Déjeme usted en paz.

—¿Y siendo sus padres de usted... un mayordomo y una criada... cómo se ha atrevido usted... á poner los ojos en mi sobrina? ¿Cómo se ha atrevido usted... (ensordeciendo la voz, que vibraba de enojo aún) á levantarse hasta dónde usted no puede ni debe subir? ¡Sólo un hombre vil (acercándose al montañés) se aprovecha del descuido y de la confianza ajena para... apoderarse de... una señorita... y... abusar de ella, cuando come el pan de su casa!

Perucho contenía los bramidos que se le venían á la laringe, y oía royéndose la uña del pulgar con tal ensañamiento, que ya brotaba sangre. Al fin pudo formar voz humana en la garganta.

—Quien... quien abusa es usted, señor de Pardo... Sí, señor, abusa usted de mi posición, de verme un infeliz, un hijo de pobres, un desdichado que no se puede reponer contra usted como corresponde... Pero me re-

pondré, caramba si me repondré... que tampoco no es uno ningún sapo, para dejarse patear sin volverse á quien lo patear... Y nos veremos las caras donde usted guste, que aunque me ve sin pelo en ella, soy hombre para cualquier hombre, y á mí no me espantan palabras ni obras... Y si á obras vamos... si se trata de romperse el alma por Manuela, porque usted la quiere para sí y ha venido á hacerle los cocos... ¡mejor, mejor! Nos la rompemos, y en paz... También le puedo contar algunas cositas que le lleguen adentro, para que tenga más modo otra vez... Que yo como el pan de esta casa; que Manuela es mi señorita, y que tumba y que dale... De eso de comer el pan, podíamos hablar mucho; porque, según le oí á mi madre, más dinero le debía á mi abuelo la casa de los Pazos que mi abuelo á ella... De ser Manola mi señorita... cierto que ella es hija de un señor... pero maldito si se conoció nunca que lo fuese... Desde chiquillos andamos juntos, sin diferencias de clases ni de señoríos;

y nadie nos recordó nuestra condición desigual, hasta que cayó aquí, llovido del cielo, el señor don Gabriel Pardo de la Lage... Manola, ahí donde usted la ve, no tuvo en toda su vida nadie que la quisiese más que yo, yo (y se golpeaba el fornido pecho), nadie que se acordase de ella, no señor, ni su padre, usted lo oye ? ni su padre... Yo, desde que levantaba del suelo tanto como una berza, la enseñé á andar, cargué con ella en brazos, para que no se mojase los pies cuando llovía, le dí las sopas, le guardé el sueño, y le discurrí los juguetes y las diversiones... Yo le enseñé lo poco que sabe de leer y escribir, que sino, ahora estaría firmando con una cruz... Yo la defendí una vez de un perro de rabia... ¿Sabe usted lo que es un perro de rabia? ;No, que en los pueblos eso no se ve nunca! Pues al perro, con aquellos ojos encarnizados y aquel hocico baboso, lo maté yo, pero no de lejos, sino desde cerquita, así, echándome á él, machacándole la cabeza con una piedra grande, mientras la chiquilla llo-

raba muerta de miedo... ; Si no estoy yo allí, á tales horas Manola es ánima del purgatorio! En el brazo y en la pierna me mordió el perro, y gracias que la ropa era fuerte, y allí se quedó la baba... Otra vez la cogí á la orillita de un barranco, que si me descuido, al Avieiro se me larga... Yo me quemé la mano en el horno por sacarle una bolla caliente, que se le había antojado... ¿ve usted...? aquí anda todavía la señal... Y yo por ella me echaría de cabeza al río, y me dejaría arrancar las tiras del pellejo... Ni ella tiene sino á mí, ni yo sino á ella. ¿Que es usted su tío? ; Y qué? ; Se ha acordado usted de ella hasta la presente ? ; Buena gana! Andaba usted por esos mundos, muy bien divertido y recreado. Yo con ella, con ella siempre... hasta morir! Me quiere, la quiero, y ni usted ni veinte como usted... ni el mismo Dios del cielo que bajase con toda la corte celestial! me la quitan. Así me valga Cristo, y antes yo ciegue que verla casada con usted!

El montañés hablaba con presteza, accio-

nando mucho, como escupiendo palabras y pensamientos que desde muy atrás le reboaban del corazón. Su gallarda persona y su acción fogosa y expresiva parecían no caber en la ridícula sala, bien como el gran actor no encuentra espacio en un escenario estrecho; y á cada molinete de su fuerte brazo se hallaban en inminente peligro los cromos, las cajas de cartón, las orquestas de perritos y gatitos de loza, las figuras de yeso teñidas con purpurina imitando bronce, todas las simplezas importadas por el Gallo de sus excursiones orensanas, pues tan adelantado estaba el buen sultán en la ciencia suntuaria de nuestra época, que hasta cultivaba el *bibelot*. Gabriel oía, mostrando un rostro apenado, perplejo y meditabundo; á veces cruzaban por él vislumbres de compasión; otras, aquella pasión tan juvenil y fresca, tan vigorosamente expresada, le removía como remueve la escena de un drama magnífico; y su boca se crispaba de terror, lo mismo que si el conflicto, tan grave ya, creciese en proporciones

y rayase en horrenda é invencible catástrofe... Viendo callado al artillero, Perucho se persuadió de que lo convencía, y continuó con más calor aún:

—Si Manola es rica, sepan que yo no quiero sus riquezas, y que me futro y me refutro en ellas... Que el padrino gaste su dinero en lo que se le antoje; que lo gaste en cohetes, ó lo dé á los pobres de la parroquia. Dios se lo pague por la carrera que me está dando, pero con carrera ó sin ella... yo ganaré para mí y para mi mujer. Manola se crió como la hija de un labriego; no necesita lujos ni sedas; yo menos todavía. Mi madre no es pobre miserable: heredó del abuelo un pasar, y me dará... Y si no me da, tal día hizo un año. Con cuatro paredes y unas tejas, allá en el monte, frente á las Poldras, vivimos como unos reyes, sin acordarnos del mundo y sus engañifas... Casualmente lo único para que sirvo yo es para arar y sachar: los estudios me revientan: paisano nací y paisano he de morir, con la tierra pegada á las manos...

Una casita y una heredad y una pareja de bueyes con que labrarla, no hemos de ser tan infelices que eso nos falte,... y en teniendo eso, que se ría el mundo de mí, que yo me reiré del mundo... y estaré como en el cielo, y Manola también... mientras que con usted rabiaría y se condenaría, porque no le quiere, no le quiere y no le quiere.

Acabar su peroración el montañés y sentirse Gabriel Pardo definitivamente vencido y arrastrado por la corriente de simpatía que empezaba á ablandarle desde que había jadeado entre los brazos fuertes del mozo, fueron cosas simultáneas. Obedeciendo á impulso irresistible, tendió la mano para darle una palmada en el hombro; hízose atrás Perucho, tomando por nueva hostilidad lo que no era sino halago.

—¡No ponerse en guardia, amigo, que no hay de qué!—exclamó el artillero, cuya noble fisonomía respiraba ya concordia y bondad al par que dolor y pena.—Tan no hay de qué, que se va usted á pasmar... Déme usted

esa mano, y perdóneme todo cuanto le he dicho al entrar aquí... He procedido con injusticia, con barbarie y con grosería; pero si usted supiese cómo me estaba doliendo el alma, y cómo me duele aún... No conserve usted nada contra mí: déme la mano...

Los ojos azules le miraron con desconfianza, y Perucho retiró el brazo.

—Mucho estimo eso que usted dice ahora, pero mejor fuera no venirse con esos desprecios de antes... Nadie tiene cara de corcho, y la vergüenza es de todo el mundo.

—Usted lleva razón, pero yo la he perdido media hora de este aciago día... Motivo me ha sobrado para ello. ¡Oigame usted, por lo que más quiera! Por... por mi sobrina. Déme usted su palabra de que hará lo que voy á rogarle.

—No señor, no; yo no prometo nada tocante á Manola. ¿Y á qué viene mentir? Mejor es desengañarle. Lo mismo da que lo prometa que que no lo prometa. Ahora prometería, pongo por caso, no arrimarme á ella



en jamás, y de contado me volvería á pegar á sus faldas. Imposibles no se han de pedir á nadie.

—No es eso... ¡Si usted no me oye...!

—¿No es nada de dejar á Manoliña?

—No... Es que me prometa usted que de lo que vamos á hablar no dirá usted palabra á nadie... ¡á nadie de este mundo!

—Corriente. Si no es más que eso...

—No más.

—Pues venga.

—No—replicó Gabriel bajando la voz...—  
Aquí no... Acompañeme usted á mi cuarto...  
Tengo excelente oído... y juraría que anda gente en el corredor.

## XXVIII

Como saliesen un poco más aprisa de lo justo, abriendo con ímpetu la puerta, estuvieron á punto de aplastar entre hoja y pared la nariz del Gallo, el cual, sin género de duda, atisbaba. Al impensado portazo, lejos de enfadarse, sonrió con dignidad y afabilidad, murmurando no sé qué fórmulas de cortesía: su gran civilización le obligaba á mostrarse atento con las personas que visitaban su domicilio. Pero Gabriel y Perucho cruzaron por delante de él como sombras chinescas, y no le hicieron maldito el caso, Lo cual, unido á otros singulares incidentes,

la ira de Gabriel, su afán por encontrar á Perucho, lo extraño de la entrevista, la encerrona, le puso en alarma y despertó su aguda suspicacia labriega. Rascóse primero detrás de la oreja, luego al través de las patillas, y estas operaciones le ayudaron eficazmente á deliberar y á dar desde luego no muy lejos del hito.

Al entrar Perucho y Gabriel en la habitación de éste, se encontraron á oscuras: el montañés rascó un fósforo contra el pantalón, y encendió la bujía; el artillero acudió á echar la llave, prevención contra importunos y curiosos. Para mayor seguridad, acercóse á la ventana, bastante desviada de la puerta. Ninguno de los dos pensó en sentarse. Recostado en la pared, con la izquierda metida en el seno, al modo de los oradores cuando reposan, el brazo derecho caído á lo largo del muslo, una pierna extendida y firme y otra cruzada y apoyada en la punta del pie, Perucho aguardaba, animoso y resuelto, como el que no ha de transigir ni

renunciar por más que hagan y digan. Con las manos en los bolsillos de la cazadora, la cabeza caída sobre el pecho, y meneándola un poco de arriba abajo, los labios plegados, arrugada la frente, Gabriel Pardo se paseaba indeciso, tres pasitos arriba, tres abajo. Al fin hizo un movimiento de hombros como diciendo—pecho al agua—y, súbitamente, se enderezó, encaróse con el montañés y articuló lo que sigue:

—Vamos claros... ¿Usted sabe ó no sabe que es hermano de Manuela?

Si asestó la puñalada contando con los efectos de su rapidez, no le salió el cálculo fallido. El montañés abrió los brazos, la boca, los ojos, todas las puertas por donde puede entrar el estupor y el espanto; enarcó las cejas, ensanchó la nariz... fué, por breves momentos, una estatua clásica; el escultor que allí se encontrase lamentaría, de fijo, que estuviese vestido el modelo. Y sin lanzar la exclamación que ya se asomaba á los labios, poco á poco mudó de aspecto, se hizo atrás, bajó los

ojos, y se vió claramente en su fisonomía el paso del tropel de ideas que se agolpan de improviso á un cerebro, la asociación de reminiscencias que, unidas de súbito en luminoso haz, extirpan una ignorancia inveterada; la revelación, en suma, la tremenda revelación, la que el enamorado, el esposo, el creyente, el padre convencido de la virtud de la adorada hija, se resisten, se niegan á recibir, hasta que les cae encima, contundente, brutal y mortífera, como un mazazo en el cráneo.

—No! —balbuceó en ronca voz.—No, Jesús, Señor, no, no puede ser... usted... vamos á ver... ha venido aquí para volverme loco? Eh? Pues diviértase... en otra cosa! Yo... no quiero loquear... ¡No se divierta conmigo! Jesús... ay Dios!

Llevóse ambas manos á los rizos, y los mesó con repentino frenesí, con uno de esos ademanes primitivos que suele tener la mujer del pueblo á vista del cuerpo muerto de su hijo. Al mismo tiempo quebrantaba un gemido doloroso entre los apretados dientes. Re-

haciéndose á poco, se cruzó de brazos y anduvo hacia Gabriel, retándole.

—Mire usted, á mí no me venga usted con trapisondas... usted ha entrado aquí traído por el diablo, para engañarme y engañar á todo el mundo... Eso es mentira, mentira, mentira, aunque lo jure el Espíritu Santo... Malas lenguas, lenguas de escorpión inventaron esa maldad, porque... porque nació sirviendo mi madre en esta casa... Pero no puede ser... Madre mía del Corpiño! No puede ser... ¡No puede ser! Por el alma de quien tiene en el otro mundo, señor de Pardo... no me mate, confiéseme que mintió... para quitarme á Manola...!

Gabriel se acercó al bastardo de Ulloa y logró apoyarle la mano en el hombro; después le miró de hito en hito, poniendo en los ojos y en la expresión de la cara el alma desnuda.

—La mitad de mi vida daría yo —dijo con inmensa nobleza— por tener la seguridad de que en sus venas de usted no corre una gota de la sangre de Moscoso. Créame... No me

cree? Sí, lo estoy viendo; me cree usted... Pues escuche; si usted fuese hijo del mayor-domo de los Pazos... yo, Gabriel Pardo de la Lage, que soy... qué diablos! un hombre de bien...! me comprometía á casarlo á usted con mi sobrina. Porque he visto lo que usted la quiere... y porque... porque sería lo mejor para todos. Cree usted esto que le aseguro?

Sin fuerzas para contestar, el montañés hizo con la cabeza una señal de aquiescencia. Gabriel prosiguió:

—No solamente mi cuñado le tiene á usted por hijo suyo, sino que le quiere entrañablemente, todo cuanto él es capaz de querer... más que á Manuela, cien veces más! y hoy, si se descuida, delante de todos los majadores le llama á usted... lo que usted es. Su propósito es reconocerle, y después de reconocido, dejarle de sus bienes lo más que pueda... Su padrastro de usted lo sabe; su madre... figúrese usted! y... ¡es inconcebible que no haya llegado á conocimiento de usted jamás!

—Me lo tienen dicho, me lo tienen dicho

las mujeres en la feria y los estudiantes en Orense... Pero pensé que era guasa, por reirse de mí, y porque el... padrino... me daba carrera... Estuve ciego, ciego! Ay Dios mío, qué desdicha, qué desdicha tan grande! Lo que me sucede... lo que me sucede! Pobre, infeliz Manola!

Gimió esto cubriendo y abofeteando á la vez el rostro con las palmas; y á pasos inciertos, como los que se dan en el primer período de la embriaguez, se dejó caer de bruces, borracho de dolor, sobre la cama de Gabriel Pardo, cuya colcha mordió revolcando en ella la cara. Gabriel acudió y le obligó á levantarse, luchando á brazo partido con aquella desesperación juvenil que no quería consuelo.

—Vamos, serénese usted... Qué hace usted, qué remedia con ponerse así? Serenidad... un poco de reflexión... Venga usted, criatura, venga á sentarse en el sofá... Calma... calma! Con esos extremos lo echa usted más á perder... Venga usted... Respire un poco!

En el sofá, donde le sentó medio por fuerza, Perucho volvió á dejar caer la cabeza sobre los brazos, y á esconder la cara, con el mismo movimiento de fiera montés herida, que sólo aspira á agonizar sola y oculta. Balanceaba el cuello, como los niños obstinados en una perrera nerviosa, que ya les tiene incapaces de ver, de oír, ni de atender á las caricias que les hacen.

—Sosiéguese usted—repetía el artillero.—  
¿Quiere usted un sorbo de agua? Ea, ánimo, qué vergüenza! Sea usted hombre.

Se volvió rugiendo.

—Soy hombre, aunque parezco chiquillo... Hombre para cualquiera, repuño! Pero soy el hombre más infeliz, más infeliz que hay bajo la capa del cielo... y un infame... sí, un infame, el infame de los infames... Hoy mismo, hoy—y se retorció las manos—he perdido á... á una santa de Dios, á Manola, *mal-pocado*... Debían quemarme como la Inquisición á las brujas... Que no quemase á la condenada que nos echó esta mañana la pau-

lina... y nos hizo mal de ojo, por fuerza! Maldito de mí, maldito... Pero qué más casti...

Al desventurado se le rompió la voz en un sollozo, y dejándose ir al empuje del dolor, se recostó en el pecho de Gabriel Pardo, abriendo camino al llanto impetuoso, el llanto de las primeras penas graves de la vida—lágrimas de que tan avaros son después los ojos, y que torciendo su cauce, van á caer, vueltas gotas de hiel, sobre el corazón. Movido de infinita piedad, Gabriel instintivamente le alisó los bucles de crespada seda. Así los dos, remedaban el tierno grupo de la última cena de Jesús; y en aquel hermoso rostro, cercado de rizos castaño oscuro, un pintor encontraría acabado modelo para la cabeza del discípulo amado.

—Que llore, que llore... Le conviene.

Casi agotado el llanto, agitaba los labios y la barbilla del montañés temblor nervioso, y un ¡ay! entrecortado y plañidero, del todo infantil, infundía á Gabriel tentaciones de

estrecharle y acariciarle como á un niño pequeño. Perucho se levantó con ímpetu, y se metió los puños en los ojos para secar el llanto, dominando el hipo del sollozo con ancha aspiración de aire. Pardo le cogió, le sujetó, temeroso de algún acceso de rabia.

—No se asuste... Déjeme... ¿Por qué me sujeta? Me deje digo. ¡También es fuerte cosa! ¡Le matan á uno, y luego ni le dejan menearse!

—¿Es que quiere usted matar... por su parte... á Manuela? ¿Eh? ¿Se trata de eso? Le leo á usted en la cara... y le sujeto para que no dé la última mano al asunto! Cuidado me llamo... ¡Manuela no ha de saber ni esto! ¿Eh, no se hace usted cargo de que tengo razón?

—Sí, sí señor, razón en todo... Que no lo sepa, no... ¡Así no se la llevarán los demonios como á mí!

—No se entregue usted á la desesperación... La desgracia que aflige á usted... ¡que nos aflige á todos! es enorme... pero todavía

hay algo que, bien mirado, le puede á usted servir de consuelo.

—¿Algo? ¿Qué algo?—preguntó con ansia el mozo, agarrándose al clavo ardiendo de la esperanza.

—Que no hay por parte de usted tal infamia, sino impremeditación, locura, desatino, ¡infamia no! Usted tiene el alma derecha; aquí lo que está torcido son los acontecimientos... y la intención de ciertas gentes... Otros son los criminales; usted sólo ha delinquido porque la sangre moza... En fin, al caso. (Queriendo estrecharle afectuosamente la mano; pero el montañés la retira con violencia.) Sí, comprendo que no le soy á usted demasiado simpático; en cambio usted á mí me ha interesado por completo... Acepte usted ahora mis consejos; demasiado conoce que me animan buenas intenciones. ¡Ea, valor! A lo hecho pecho: no hay poder que deshaga lo que ya ha sucedido: á remediar en lo posible el daño... A eso estamos y eso es lo único que importa... ¡Escuche, hom-

bre! Usted se tiene que marchar inmediatamente de esta casa... y no volver en mucho tiempo, al menos mientras que Manuela no... no cambie de situación, ó... ¡En fin, mucho tiempo! A estudiar á Barcelona ó á Madrid... Yo le proporcionaré á usted fondos... colocación... Todo cuanto le haga falta.

Un quejido de agonía alzó el pecho del montañés.

—Reflexione usted bien, mire la cuestión por todos sus aspectos: hay que marcharse.

—¿No volveré ya en mi vida á ver á Manuela?—lloró el mozo, cayendo en el sofá é hincándose las uñas en la cabeza.—Pues entonces, al Avieiro, que es bien hondo... Así como así tendré mi merecido.

—Vamos... ¡que estoy apelando á su razón de usted! No me responda con delirios... ¿No ha dicho usted allá cuando empezamos á reñir (Gabriel se sonrió) que Dios está en el cielo y nos oye? ¿Cree usted lo que dijo? ¿Lo cree?

—¿Soy algún perro para no creer en Dios?

—Pues... si hay Dios... y si usted cree en él... ¡mire que le está ofendiendo!

Perucho asió de una muñeca á Gabriel, y se la oprimió con toda su fuerza, que no era poca; y acercándole mucho la cara, arrojó:

—Pues si no hubiese Dios... ¡lo que es á Manola... soltar no la suelto!

Buena pieza se quedó el comandante Pardo sin saber qué contestar, dominado, vencido. En la encarnizada batalla llevaba, desde el principio, la peor parte; y lo extraño es que la derrota moral que sufría, conocida de él solamente, le ocasionaba íntimo placer, y le apegaba cada vez más al antes detestado bastardo de Ulloa.

Viendo callado á Gabriel, Perucho alentó un poco, y en tono de súplica humilde, murmuró:

—Me iré, me iré... haré cuanto me manden, y si quieren, me meteré en el Seminario de Santiago y seré cura... cualquier cosa... pero respóndame, señor, dígame la

verdad... ¿Se va usted á casar con Manola cuando... después que... falte yo?

Gabriel alzó la vista y le miró cara á cara. Tardó bastante, bastante en responder: sus ojos brillaron, adquirió su fisonomía aquella expresión elevada y generosa que era su única hermosura, y respondió serenamente:

—Yo no le he de salvar á usted mintiéndole... Hoy más que nunca estoy dispuesto á casarme con mi sobrina... ¡No rechine usted los dientes, no se enfurezca, por todos los santos... oiga, oiga! Cuando ella, por su voluntad, sin imposiciones de ningún género, porque me cobre cariño ó... porque necesite mi protección en cualquier terreno y por cualquier causa, se resuelva á casarse conmigo... yo estoy aquí; cuanto soy y valgo, de ella es... Pero jamás ¡jamás! si ella no quiere... Y ella no querrá—fíese usted en mí, que tengo experiencia—ni en mucho tiempo, ni tal vez en su vida... Es aún más montañesa y más porfiada que usted... Sobre todo,

como no le hemos de soltar el tiro de decirle lo que hay de por medio! Eso sí, usted tiene el deber de procurar... ¡con resolución! ¡con heroísmo! que ella le olvide, que ella no piense en usted... sino como se piensa en el compañero querido de la niñez... ¡Nada más! Usted se va, usted le escribe algo al principio... cariñosamente... pero... con cariño... fraternal... Luego escasean las cartas... Luego cesan... Luego... tiene usted novia, novia! y ella lo averigua... Si es verdad que usted quiere á Manuela, usted hará todo eso... ¡y mucho más!

El montañés tenía los párpados entornados, la mirada vagabunda por los rincones del aposento, repasando, probablemente sin verlas, las molduras barrocas de la cama, las pinturas del biombo, los remates de época del Imperio que lucía el vetusto sofá. Cuando acabó de hablar Gabriel, sus pupilas destellaron, hizo con la mano derecha ese movimiento de sube y baja que dice clarísimamente:—Plazo... espera...—y se dirigió á la



puerta. Pero Gabriel saltó y se interpuso, estorbándole la salida.

—No se pasa... (en tono más cariñoso y festivo que otra cosa).

—Haga usted favor... Si por lo visto usted está para bromas, yo no, y sentiría cometer una barbaridad.

—En serio (con mucha energía), no le dejo á usted pasar sin que me diga adónde. De evitarle la barbaridad se trata.

—Bueno, pues sépalo; tanto me da que lo sepa, y si le parece mal... (gesto grosero). No me da la gana de creer, por su honrada palabra de usted, que Manola y yo... En fin, usted quiere á Manola... yo le estorbo... le viene de perillas que me largue... y como no soy ningún páparo... eh? no me mete usted el dedo en la boca... Voy á la fuente limpia... á saber la verdad, la verdad!

—Cómo, cómo? á quién se la va usted á preguntar? ¡Cuidado... á mi sobrina nada!

—Eh!... Si pensará usted que ha de tener más miramientos que yo con Manola? Repu-

ño, que ya me cargó á mí esto! La verdad se la voy á sacar de las mismísimas entrañas á don Pedro Moscoso... y apartarse, y dejarme de una vez!

Ciñó los brazos al cuerpo del artillero, y de un empujón lo lanzó á dos varas de distancia. Luego se precipitó hacia fuera.

## XXIX

Muchas veces bajaba el marqués de Ulloa á la científica tertulia de su cocina, sobre todo en invierno, cuando los vastos salones estaban convertidos en una nevera, y el *lar* con su alegre chisporroteo convidaba á acurrucarse en el banquillo del rincón y dormitar al arrullo de las discusiones. En verano, y habiendo labores agrícolas emprendidas, prefería don Pedro el corro al aire libre de los jornaleros y jornaleras, donde se comentaban verbosamente los mínimos incidentes del día, el peso y el color de la espiga, el grueso de la paja. Y en todas estaciones, podía asegu-

rarse que el hidalgo, á las diez y media, estaba retirado ya en su dormitorio.

No lo había escogido como necio: era una habitación contigua al archivo, y aunque no de las mayores de la casa, abrigada del frío y del calor por lo grueso de las paredes. Parecía un nido de urraca, tal revoltillo de cachibaches había en ella. Olía allí á perro de caza, y á ese otro tufillo llamado de *hombre*, siendo cosa segura que no lo despiden ningún hombre aseado, y si el tabaco frío, la ropa mal cuidada y el sudor rancio. Escopectas, morrales, polainas raídas, sombreros de distintas formas y materias, bastones, garrotes, cachiporras, calabazas, frascos de pólvora, mugrientos collares de cascabeles, espigas enormes de maíz, conservadas por su tamaño, chaquetones de somonte, pantalones con perneras de cuero, yacían amontonados por los rincones, cubiertos con una capa de polvo, sobre la cual era dable, no sólo escribir con el dedo, sino hasta grabar en hueco con buen realce. Único mueble serio de la habitación era

la cama, de testero salomónico y fondo de red, y la vasta mesa-escritorio, forrado por delante de un cuero de Córdoba que lucía los encantadores tonos pasados y mates del oro, la plata, los rojos y azules que suelen prevalecer en tan hermoso producto de la industria nacional. En el centro, sobre un medallón de damasco carmesí rodeado de orlas de oro, estaba pintado el montés blasón de los Moscosos, las cabezas de lobo, el pino y la puente. Al hidalgo le servía la mesa para toda clase de menesteres y usos. Allí picaba tabaco y liaba cigarrillos; allí amontonaba su escasa correspondencia, haciendo oficio de prensapapeles una pistola de arzón inservible; allí tenía libros de cuentas que no consultaba jamás, así como mazos de plumas de ganso y otras de acero comidas de orín, al lado de una resma de papel sucio por las orillas ya, aunque su virginidad estuviese intacta; allí rodaba la cajita de píldoras contra el estreñimiento y el cajón de ricos habanos, el rollo de bramante y la navaja mohosa;

y cuando venía el tiempo de las perdices y don Pedro intentaba reverdecer sus lauros cinegéticos, allí se cargaban á mano los cartuchos y allí se limpiaban y atersaban á fuerza de gamuza y aceite las mortíferas armas.

Mientras Gabriel y Perucho discutían cosas harto graves en la estancia próxima, el hidalgo, recogido ya á la suya, entreteníase en contar las rayitas que durante la jornada había hecho en una caña con el cortaplumas. Cada rayita representaba una gavilla de trigo, y con este procedimiento sabía á punto fijo la cantidad de gavillas majadas. Abierta estaba la ventana, á causa del mucho calor, y por ella entraban las falenas enamoradas de la luz á girar dementes sobre el tubo del quinqué: alguna vez un murciélago negro y fatídico venía, revoloteando torpemente, á caer sobre la mesa ó á batir contra un rincón del cuarto. En el cielo asomaba ya la luna, triste é indiferente.

La puerta se abrió con fragor y estruendo;

el hidalgo soltó su caña y miró... Casi en el mismo instante se deslizaba en el corredor una sombra, un hombre que no hacía ruido al andar, por la plausible razón de que llevaba los pies descalzos. Una de las cosas mejor montadas en las aldeas—con mayor perfección que en los palacios, ó con mayor descaro por lo menos—es el espionaje, y difícilmente hará un señor que vive rodeado de labriegos cosa que ellos no olfateen y atisben, siempre que el atisbarla convenga á sus miras ó importe á su curiosidad. Este dato se refiere sobre todo al campesino de Galicia. Bajo el aspecto soñoliento y las trazas cariñosas y humildes del aldeano gallego, se esconde una trastienda, una penetración y una diplomacia incomparables, pudiéndose decir de él que siente crecer la hierba y corta un pelo en el aire, si no tan aprisa, quizás con mayor destreza que el gitano más ladino. A la perspicacia une la tenacidad y la paciencia; y si tuviese también la energía y el arranque, de cierto no habría raza como esta en el mundo.

En suma, lo que el gallego se empeña en saber, lo rastrea mejor que el zorro rastrea el ave descarriada. Primero se dejaría nuestro Gallo arrancar la cresta y la cola, que no ir á pegar el oído á la puerta de los señores aquella noche memorable. Resignándose á la ignominia de la descalcez, rondó el cuarto del comandante; pero ¡oh dolor! nada se oía: el salón era extenso, y Gabriel precavido en cerrar y situarse. Ahora la cosa mudaba de aspecto: el dormitorio del marqués era chico, y allí sí que no se diría palabra que se le escapase al Gallo.

Una sola inquietud: ¿no saldría el comandante á cogerle con las manos en la masa? Se arrimó á la puerta de Gabriel y le oyó pasear arriba y abajo, con paso acelerado, indicio de agitación...—No sale! dedujo el sultán: aguarda ahí por el otro!—Así era en efecto: Gabriel no quería meter la mano entre la cuña y la madera, y esperaba impaciente, pero esperaba.—Mis atribuciones no llegan á tanto... decía para sí: allá se las hayan

padre é hijo... Que se desengañe, que se convenza... Ya veremos después.

Tranquilo por esa parte el sultán, volvió al observatorio. Algo le estorbaba una vieja mampara, que reforzando la puerta, apagaba el ruido de las voces. Con todo, las más altas le llegaban bien distintas, y él no necesitaba otra cosa para coger el hilo del diálogo.

Acalorado, muy acalorado... Perucho preguntaba y el señor de Ulloa daba explicaciones en tono brusco, á manera de persona que confirma una verdad sabida y conocida hace tiempo... Calle! aquí empieza el asombro del Gallo... el mocoso del rapaz, en vez de alegrarse, se pone como un potro bravo... Un genio tan *maino* como gasta siempre, y ahora qué *fantesía!* Dios nos libre! Está diciéndole trescientas al señor... Si éste lo toma por malas, se va á armar la de *saquinte*... Le echa en cara que no lo reconoció desde pequeñito... Se insolenta! Hoy hay aquí un terremoto... El señor... no se oye cuasimente...

de indinado que está, parece que le sale la voz de dentro de una olla... Y el rapaz? Ese berra bien... ay lo que está diciendo...! Que se va y que se va y que se va de esta casa arrenegada... Que se larga aunque tenga que pedir limosna por el mundo adelante... Que más que se esté muriendo el señor y lo llame para cerrarle los ojos, no viene, sino que lo amarren con cordeles y lo traigan así codo con codo atado... Que se cisca en lo que le deje por testamento, y que no quiere de él ni la hostia... Ojo... habla el señor... No se oye miga...! todo lo entrapalla con toser y con la rabia que tiene... El rapaz!... Que bueno, que si le mandan la Guardia civil para traerlo acá de pareja en pareja, que vendrá á la fuerza pero que se ahorcará con la faja ó se tirará al Avieiro... Que de lo que gane trabajando le ha de enviar el dinero que gastó con él, y que después no le debe nada, y ya lo puede aborrecer á su gusto... Ahora el señor alborota... Que no lo tienta, que conforme lo hizo también lo deshace... que le tira á la cabeza

un demonio... Que maldito y condenado sea... Arre!

Esta última exclamación la lanzó para sí el Gallo, porque estuvo á punto de ser aplastado segunda vez por la puerta, que el montañés empujó furioso para salir, al mismo tiempo que voceaba, volviendo el rostro hacia el interior del cuarto:

—Pues con más motivo le maldigo yo, y maldito sea por toda la eternidad, amén.  
¡Que no esté yo solo en el infierno!

Tan aturdido y ebrio salía, que ni reparó en la presencia de una persona arrimada á la puerta. Corriendo se volvió á la habitación del comandante, entró en ella... Bien quisiera continuar sus investigaciones el sultán, pero ni el rumor más mínimo llegó á sus oídos: si se hablaba allí, debía ser en voz muy queda, lo mismo que cuando se confiesan las gentes.

### XXX

¡Bueno venía el *Motin* aquella mañana; bueno, bueno! La caricatura, de las más chistosas; como que representaba á *don Antonio* con una lira, coronado de rosas y rodeado de angelitos; y luego, en la sección de sueltos picantes, cada hazaña de los *parroquidermos* y *clericerontes*! Aquello sí que era ponerles las peras á cuarto. ¡Habrás visto sinvergüenzas! ¡Pues apenas andarian ellos desbocados si no hubiese un *Motin* encargado de velar por la moral pública y delatar inexorablemente todas las picardigüelas de la gente negra! ¡Si con *Motin* y todo...!

Juncal se regodeaba, partiéndose de risa ó pegando en la mesa puñetazos de indignación, según lo requería el caso; pero tan divertido y absorto en la lectura, que no hizo caso del perrillo acostado á sus pies cuando ladró anunciando que venía alguien. En efecto entró Catuxa, frescachona y vertiendo satisfacción al preguntar á su marido:

—¿Que no ciertas quien tay viene?

El alborozo de su mujer era inequívoco; el médico de Cebre cayó en la cuenta al punto, y saltó en la silla dando al *Motin* un papirotazo solemne y exclamando:

—Don Gabriel Pardo?

—El mismo!

—Mujer... y no lo haces subir! Anda, des-pabilate ya... No, voy yo también... Qué mó-mara! Menéate!

—Si todavía no llegó á casa, polvorín! Vilo desde el patio; viene de á caballo. ¡Y corre como un loco! Parece que viene á apagar un fuego!

Máximo, sin querer oír más, bajó á paso de

carga la escalera, salió al patio, y como la llave del portón acostumbraba hacerse de pencas para girar, la emprendió á puñadas con la cerradura; á bien que la médica le sacó del paso, que sino, de puro querer abrir pronto, no abre ni en un siglo. Y cuando la cabalgadura cubierta de sudor se detuvo y fué á apearse el comandante, Juncal no se dió por contento sino recibíendole en sus brazos. Hubo exclamaciones, afectuosas palmadicas en los hombros, carcajadas de gozo de Catuxa; y antes de preguntarse por la salud, ni de entrar bajo techado, ya se le habían ofrecido al huésped toda clase de manjares y bebidas, insistiendo en saber *qué tomaría*, hasta no dejarle respirar. La respuesta de Pardo le llenó á la amable médica las medidas del deseo:

—De buena gana tomaré chocolate, Catalina, si no le sirve de molestia... Ahora recuerdo que he salido de los Pazos en ayunas.

Solos ya, sentáronse en el banco de piedra, y Gabriel dijo al médico que le miraba embelesado de gratitud y regocijo:

—No me agradezca usted la visita; vengo á reclamar sus servicios profesionales.

—Se le ha puesto peor el brazo? ¡Ya lo decía yo! Con estas idas y venidas... No, y está usted algo... desmejorado, vamos; el semblante... y eso que viene sofocado... Mucha prisa trajo, caramba!

—Bastante me acuerdo yo de mi brazo! Si usted no lo menta ahora... Hay en los Pazos gente enferma..!

—En los Pazos? Eso es lo peor! Pero ya sabe que yo, desde las elecciones...

—Déjeme usted de elecciones... usted se viene conmigo.

—Con usted, al fin del mundo; sólo que si luego creen que me meto donde no me llaman...

—Pierda usted cuidado.

—Y quien está malo? Es el marqués?

—Y su hija.

—Los dos?

Gabriel dijo que sí con la cabeza, y se quedó unos instantes pensativo, acariciándose la

barba. Realmente estaba pálido, ojeroso, abatido; pero le quedaba el aire de viril resolución que tan simpático le hacía.

—Oiga usted, Juncal... Puedo contar con usted? Haría usted por mí algo que le pidiese? ¡No es cosa muy difícil!

—Don Gabriel! Me está usted faltando... Voto al chápiro...! Por usted...! ¿Quiere... que organice un comité conservador en Cebre?

—En política estaba yo pensando...! Lo primero es... no decirle nada á Catalina. Que sepa que va usted á los Pazos, bien; que va usted por la enfermedad de mi cuñado, corriente... Pero de la de mi sobrina, ni esto. ¿Conformes?

—Hasta la pared de enfrente.

—Además... que nos marchemos cuanto antes.

—Y el chocolate?

—Pretexto para quitarnos de encima á la pobre Catalina. No haga usted caso. Diga que es urgente echar á andar, y que en vez de



chocolate, me contento con... cualquier cosa bebida... ¿Leche, supongamos?

—Bueno... pero en mientras que arrean la yegua, también está el chocolate listo.

—¡ Se lo suplico... arréela usted al vuelo!

No bien acabó de manifestar este deseo, estaba el médico en la cuadra, dando al rapazuelo que curaba de su hacanea las necesarias órdenes. A los tres minutos volvía junto á Gabriel.

—Perdone, ya me doy prisa... pero es que no me ha dicho qué casta de mal es la que anda por los Pazos, y no sé qué he de llevar de medicamentos, instrumentos...

—Manuela sufre, desde ayer por la tarde, fuertes accesos nerviosos... Pero muy fuertes... Convulsiones, lloreras,... soponcios.... Desvaría un poco... yo creo que hay delirio.

—Bien! Mal conocido, herencia materna... Bromuro de potasio, Por suerte lo tengo recién preparadito. Y el... *marqués?*

—Ese no me parece que tenga cosa de cuidado... Ahogos, la sangre arrebatada á la cabeza...

—Bah, bah! Coser y cantar... Me llevo la lanceta, y le doy cuerda para un año... Le han acostumbrado desde muchacho á la sangría, y aunque yo las proscribo severamente, uniendo mi humilde opinión á la de los más ilustrados facultativos de Francia y Alemania... en este caso particular, me declaro empírico. El hábito es...

—Por Dios.... Despachemos—exclamó Gabriel, que parecía también necesitar bromuro, según la agitación, no por reprimida menos honda, que se observaba en su rostro y movimientos. Conviene decir, en abono de la excelente voluntad de Juncal, que para ninguna de sus correrías médicas se preparó más brevemente que para aquella. Ni tampoco, desde que el mundo es mundo, se ha sorbido más aprisa ni de peores ganas una taza de chocolate que la presentada por Caxuxa á Pardo... y cuidado que venía para abrir el apetito á un difunto, por lo espumoso y aromática.

—Tan siquiera un bizcochito, señor!—su-



plicaba Catuxa. — Mire que están fresquitos de ahora, que cantan en los dientes... ¿Y el esponjado? ¡Ay, que el agua sola mata á un cristiano! Señor... y las tostadas?

— Cállate la boca ya — gritó Juncal severamente; — cuando hay apuro, hay apuro... El marqués de Ulloa se encuentra mal... y vamos allá á escape.

Cosa de un kilómetro se habrían desviado de Cebre, cuando don Gabriel, ladeándose en la silla, preguntó á Juncal:

— Dice usted que es herencia materna lo de mi sobrina?

— Sí señor, ¡en mi desautorizada opinión al menos! La pobre doña Marcelina, *que en gloria esté*—masculló con gran compunción el impío clerófobo—era nerviosísima y algo débil, y aunque la señorita Manuela salió más robusta y se crió de otra manera muy distinta, en su edad es la cosa más fácil... Habrá tenido cualquier rabieta... Pero no pase susto, que ese no es mal de cuidado.

Enmudeció el artillero, y por algunos mi-

nutos no se oyó más que el trote de las dos yeguas sobre la carretera polvorosa. Gabriel callaba reflexionando, con la quijada metida en el pecho; de aquellas reflexiones salió volverse á Juncal y decirle con tono suplicante y persuasivo:

— Amigo Máximo, en esta ocasión espero de usted mucho... Espero que me pruebe que efectivamente he encontrado aquí lo que tan rara vez se tropieza uno por el mundo adelante: un amigo verdadero, de corazón.

— Señor de Pardo!—exclamó el médico, á quien semejantes palabras cogían por su lado flaco— ¡Bien puede usted estar satisfecho— aunque la cosa no lo merece—de que ni á mi padre le tuve más respeto, ni á mis hermanos los quise más que á usted! Desde que le vi me entró una simpatía de repente... vamos, una cosa particular, que los diablos lleven si la sé explicar yo mismo. A mi señora se lo tengo dicho: mira, chica, si te da la ocurrencia de ponerte un día muy mala y quieres médico, que no sea el mismo día que me nece-

site don Gabriel... ¿Y luego, qué pensaba? Pero si no me pide otra cosa de más importancia que darle bromuro á la sobrina... para eso, maldito si...

—Las circunstancias —dijo Gabriel titubeando aún— son tales, que yo necesito creer á pie juntillas lo que usted me asegura para no perder el tino y desorientarme completamente. Voy á hablarle á usted con franqueza, como hablaría yo también á mi hermano...

—Pongo la yegua al paso? La de usted no lo sentirá—preguntó Juncal, que oía con toda su alma.

—Sí... conviene salir cuanto antes del atoladero, y que nos entendamos los dos.

—Hable con descanso, que así me arrodillan para fusilarme, de mi boca no saldría una palabra.

—Eso quiero: cautela y secreto absoluto por parte de usted. Mi infeliz sobrina está desde ayer tarde en un estado de exaltación alarantísimo. Yo creo que su razón se os-

curece algunas veces. Y entonces grita, llora, habla, desbarra, dice enormidades que... que nadie debe oír, ¿lo entiende usted? ¿sino personas que antes se dejen arrancar la lengua que repetir las!

Juncal sacudió la cabeza gravemente, murmurando:

—¡Entendido!

—Los accesos —prosiguió el artillero— le dan con bastante intervalo, y del uno al otro se queda como postrada y sin fuerzas. Ayer ha tenido dos, uno á las cinco de la tarde y otro á las diez de la noche; dormitó unas horas, y á las tres de la madrugada, el acceso más fuerte, acompañado de una copiosa hemorragia por las narices; á las siete, se repitió la función, sin hemorragia; y así que la dejé algo tranquila, suponiendo que tendríamos al menos tres ó cuatro horas de plazo, me vine reventando la yegua... y así que acabe la explicación la volveré á reventar, para llegar antes de que el acceso se produzca. ¿Qué opina usted? ¿Le dará antes de mi vuelta?

—Señor don Gabriel, esperanza en Dios... Es probable que no le dé. Según lo que usted me va contando, la neurosis de la señorita tiene carácter epiléptico, y hay un poco de tendencia al desvarío... Bien, ya puede hablar, que es como si se lo dijese á un agujero abierto en la pared. Y... ¿Usted no sospecha algo de las causas de este mal tan repentino?

Enderezóse Gabriel en la silla, como afianzándose en una resolución inevitable.

—Sin que yo se lo dijese, en cuanto llegue usted á los Pazos se enterará de que allí han ocurrido ayer y anteayer sucesos gravísimos... Basta para imponerle á usted el primero que encuentre, el mozo de cuadra que recoja la yegua. Anteayer, de noche, mi cuñado sostuvo un altercado terrible con... ese muchacho que pasaba por hijo de los mayordomos...

—Bien, bien... Ya estamos al cabo—indicó Juncal guiñando el ojo...—Pero ¡qué milagro enfadarse con él! Si lo quería por los queres.

—Mucho le quiere, en efecto; ¿de qué está malo hoy, sino del berrinche? Pues... á consecuencia de la escena espantosa que se armó entre los dos, el muchacho, que es testarudo y resuelto, arregló ayer mañana su maletilla de estudiante, y ni visto ni oído... A pie se largó... y hasta la fecha no se ha vuelto á saber de él.

Al ir narrando, fijábase don Gabriel en la expresión del rostro de Juncal. Aunque éste procuraba no dejar salir á él más pensamientos que los que no mortificasen ni alarmasen al artillero, no podía ocultar la luz que iba penetrando en su cerebro y que no tardaría en ser completa. La prueba es que exclamó como involuntariamente:

—Ah... ya.

—Sí—añadió Pardo con resignación:—desde que Manuela supo la marcha de su... amigo...

—¿Y quién se la contó? ¿A que se lo encajaron de golpe y porrazo... con todas las exageraciones?

—¡Lo mismito que usted lo piensa! La mayordoma...

—Que es una vaca...

—Se fué á abrazar con ella, llorando á gritos...

—A berridos, que es como lloran semejantes bestias...

—Y le dijo que Perucho no volvía más; que se había marchado decidido á embarcarse para América, y que iba tan desesperado, que era fácil que le diese por tomar arsénico...

—*Séneca*, que le llaman así.

—En fin, le dijo... ¿Hace falta más explicación?

—¡Qué lástima de albarda, Dios me lo perdone, para esa pollina vieja! Bueno, señor de Pardo; no añada más, no se moleste, sosiéguese; ya estamos enterados de lo que conviene ahora. Tranquilizarle á la niña el pensamiento... ¡todo lo posible...!

—Y en especial...

—¡Basta, basta! En especial, silencio... y

que los curiosos se queden á la puerta... La curiosidad, para la ropa blanca. Fíese en mí. ¿Al trote?

—Al galope, que es cuesta arriba.

Arrancaron las dos yeguas alzando una polvareda infernal.

## XXXI

El sol había salido, y también el cura de Ulloa á celebrar el santo sacrificio de la misa. Goros, medio en cuclillas ante la piedra del hogar, con las manos fuertemente hincadas en las caderas, el cuerpo inclinado hacia delante, los carrillos inflados y la boca haciendo embudo, soplabá el fuego, al cual tenía aplicado un fósforo. Y á decir verdad, no se necesitaba tanto aparato para que ardiesen cuatro ramas bien secas.

Ladró el mastín en el patio, pero con ese tono falsamente irritado que indica que el

vigilante conoce muy bien á la persona que llega, y ladra por llenar una fórmula. En efecto, cansado estaba el *Fiel* de contar en el número de sus conocidos al madrugador visitante. Como que, siendo aquel todavía cachorro, éste se había encargado de la cruenta operación de cercenarle la punta del rabo y la extremidad de las orejas.

Venía el atador de Boán con el estómago ayuno de bebida, pues acababa de dejar la camada de paja fresca con que aquella noche le había obsequiado el pedáneo; y si esta narración ha de ser del todo verídica y puntual, conviene advertir que llevaba el propósito de matar el gusanillo en la cocina del cura. Lo cual prueba que el señor Antón no estaba muy al tanto de las costumbres severas y espartanas del incomparable Goros, incapaz de tener, como otros muchos de su clase, el frasquete del aguardiente de caña oculto en algún rincón. Es más: ni siquiera por cortesía ofreció un tente-en-pie, un *taco* de pan y algo de comida de la víspera, y se contentó

con responder secamente:—Felices nos los dé Dios—al saludo del algebrista. La razón de esta sequedad era una razón profunda, seria y digna del temple de alma de Goros. Allá en su conciencia de creyente á macha martillo y de persona bien informada en lo que respecta al dogma, Goros tenía al señor Antón por un endemoniado hereje, acusándole de que, merced al trato con las bestias, no diferenciaba á un cristiano de un animal, ni siquiera de una hortaliza, y que para él era *lo mismo una ristra de ajos*, con perdón, que el alma de una persona humana. En las discusiones del ateneo de los Pazos, Goros tenía siempre pedida la palabra en contra, y así que el algebrista se descolgaba con una de sus atrocidades, allí estaba el criado del cura hecho martillo de herejes, confutando las proposiciones panteísticas que el alcohol y el atavismo ponían en los sumidos labios del componedor de Boán.

—Vienes á ver los animales?—preguntóle aquella mañana desapaciblemente. — Están

bien lucidos. San Antón por delante. No tienen falta de médico.

—Vengo á me sentar... que el cuerpo del hombre no es de madera, y á las veces cansase también.

—Bueno, ahí está el banco.

—Quien como tú!—suspiró el algebrista, quitándose el sombrero de copa alta y poniéndolo entre las rodillas.—¡Hecho un canónigo, carraspo! Así te engordan los cachetes, que pareces fuera el alma el marrano del pedáneo cuando lo van á matar.

—Sí, sí, vente con endrómenas... Si hablas de otros criados de otros curas diferentes, de todos los más que hay por el mundo adelante, que revientan de gordos y de ricos... á cuenta de los malpocados de los feligreses... Pero este mi señor, que antes de la hora de la muerte ya ha entrado de patas en la gloria, nunca tiene sino necesidades y pobreza, y si el criado fuese como los vagos y lambones que andan de casa en casa á la chupandina del jarro y del pis-

quis de caña... ¡ya le quiero yo un recadito!

—Mal hablado! Aun siquiera una gota te pedí.

—Buena falta hace que me la pidas. Conozco yo las entenciones de la gente...

Echóse á reir el algebrista, pues no era él hombre que se formalizase por tan poco. De oirse llamar borrachón y pellejo estaba harto, y esas menudencias no lastimaban su dignidad. Al contrario, dábanle pretexto para displayarse en sus favoritas y perniciosas filosofías.

—Bueno, carraspo, bueno; el hombre tampoco es de palo y ha de tener sus aficiones... quiérese decir, sus perfirencias. Y sino para qué venimos á este mundo recondeñado? A la presente estamos aquí platicando los dos; pues cata que sale una mosca verde del estiércol y te pica... el *caruncho* sea contigo, y acabóse; ya puede el señor cura plantarse aquellos riquilorios negros con la cinta dorada. Que pasa un can con la lengua de fuera, un suponer, y te da una dentada...

pues como no te acudan con el hierro ardiendo, ó no te pongan la cabeza de un conejo en vez de la tuya, que dice que es ahora la última moda de Francia para la rabia...

—Vaya á contar mentiras al infierno—exclamó Goros furioso, destrozando en menudos fragmentos una onza de chocolate, pues el agua hervía ya en la chocolatera.—No sé cómo Dios no manda un rayo que te parta, cuando dices esos pecados de confundirnos con las bestias, Jesús mil veces!

—Si ya anda en los papeles! A fe de Antón, carraspo, que no te miento.

—Los papeles son la perdición de hoy en día. Los que escriben los papeles, más malvados aún que las amas de los clérigos.

—Asosíégate, hombre, que tú no has de arreglar el mundo, ni yo tampoco. Lo que se quiere decir, es que para cuatro días que tenemos de vida, no debe un hombre privarse de lo que le gusta, en no haciendo daño á sus desemejantes.

—Como los cerdos, con perdón, eh?—voci-



feró Goros en el colmo de la indignación, mientras buscaba por la espetera el molinillo.—Como los marranos? Comer, dormir, castizar, y luego á podrirse en tierra? Calle, calle, que hasta parece que se me revuelve el estómago.

Lo que se revolvía era el chocolate, bajo el vertiginoso girar del molinillo en la chocolatera. El cura de Ulloa padecía debilidad, y necesitaba que en el mismo momento de llegar de la iglesia le metiesen en la boca su chocolate, fuese en el estado que fuese; por lo cual Goros acostumbraba tenerlo listo con anticipación, y el señor cura tomarlo detestable.

—Yo no sé qué diferentes son de los marranos los hombres, carraspo—blasfemó el algebrista.—Tras de lo mismo andan; el comer, el beber, las mozas... Al fin, de una masa somos todos...

—¡No sé cómo Dios aguanta á este empío en el mundo!

—¿Y yo qué mal le hago á Dios, por si es

caso? ¡De quien se ríe Dios es de los bobos que se están aunando y con flatos y pasando mala vida! ¿Para quién hizo Dios, — vamos á ver, responde, cristiano, — para quién hizo Dios las cosas buenas, el vino, y más la comida, y más las muchachas de salero? ¿Las hizo Dios, sí ó no? Pues si las hizo, no será para que nadie las escupa. Y si alguien las escupe, se ríe Dios de él, carraspo y carraspiche!

—Si le oye mi señor, le echa con cajas destempladas de la cocina.

—¿No va en los Pazos el señor abad?—preguntó el algebrista, mudando de tono, y como quien pregunta algo serio.

—¿En los Pazos? No, va en misa.

—Pues dice que lo van á llamar de los Pazos.

—¡Milagro! ¿Para qué será?

—Para echarle los desconjuros y los asperjes á la señorita Manola, que tiene el *ramo cativo*, y para darle la esterminación á don Pedro, que está en los últimos.

—¿Quién le dijo todo eso?

—El estanquero de Naya. Allá estive de noche.

—Pues es una mentirería descarada. Ayer noche fuí á los Pazos á ver qué sucedía. También me lo encargó el señor abad. Y ni la señorita Manola está endemoniada, ni el marqués tan malo.

—El haber hay en la casa un rebumbio de dos mil juncaras. ¿Hay ó no?

—Rebumbio lo hay, eso es como el Evangelio; pero eusageran, que no es tanto.

—Y será mentira también el cuento de lo que pasó con el Perucho, el hijo de la Sabel? Por Naya anda el cuento más corrido, ¡que no sé!

—Largó de casa, y no se sabe á derechas el motivo. Ese es el caso.

La fisonomía del algebrista, truhanesca y socarrona como ella sola, se contrajo y arrugó con el más malicioso gesto posible.

—El motivo... Endrómenas, carraspo... Unos dicen de una manera, otros de la otra, y tú véte á saber la verdad...

—La verdá sólo Dios—sentenció Goros...

—Ó el diaño, que inda es más listo. Pues señor, que dicen unos que la señorita tuvo un disgusto grandísimo con el padre, á que había de echar de casa al Perucho, y que hasta que lo echó no paró. Otros que ese señor que está ahí... ¡ese de los cuatro ojos!

—Ya sé. El hermano de la difunta señora.

—Que fué quien porfió por echar á Perucho, porque quiere casarse con la señorita... y así que supo que don Pedro le dejaba cuartos por testamento, amenazó á Perucho de matarlo y por poco lo mata... hasta que se tuvo que largar con viento fresco. Que otros... (aquí el guiño se hizo más malicioso) que si andaban, si no andaban, si el Perucho y la Manola y el otro y todos... El diablo y más su madre! El cuento es que juraban que el señor no salía de esta... que estaba gunizando... y que tenían llamado al médico de Cebre, aquel con quien riñeran por mor de las eleuciones...

Goros sacó en esto la chocolatera del fuego, porque ya había dado los dos hervores de rú-

brica; y meneando la cabeza con aire filosófico, pronunció:

—Ni por ser rico... ni por ser señor... ni por por poca edá... ni por sabiduría... Cuando llega la de pagar la gabela de las enfermedades y de las desgracias y de la muerte negra...

El algebrista callaba, como el que no tiene ganas de armar disputa otra vez, y picaba con la uña, de una gruesa tagarnina, cantidad bastante para liar un papelito. Así que lo hubo liado, se encasquetó la monumental chistera, y acercándose al fogón, murmuró con tonillo insinuante:

—¿Con que no das ni una pinga?

—No gasto—respondió el criado del cura áspera y lacónicamente.

—Da entonces lumbre para el cigarro, que no te arruinará, cutre, sarnoso.

Goros le alargó un tizón, y el componedor, con un cigarrillo en el canto de la boca, salió rezongando un

—¡Conservarse!

Crejóse el perro en el compromiso de sol-

tar un ladrido de alarma al ver salir al señor Antón; mas de allí á dos minutos, rompió á ladrar con verdadero frenesí, con ese bronco ladrido, casi trágico, que es aviso y reto á la vez. Goros se lanzó fuera y se halló, á la puerta del patio, con el señor de los *cuatro ojos*.

## XXXII

—¿El señor cura? ¿Está en casa?

—¡Ay señor! Va en la misa... ya hace un bocadito que salió.

—¿Tardará mucho?

—¿Quién es capaz de saberlo? La misa se despabila pronto; solamente que después, si le da la gana de ir á rezar al camposanto... lo mismo puede tardar media hora que una. Si quiere, voy á buscarlo en un instante.

—Nada de eso... Déjele usted que rece. No tengo prisa; esperaré.

—¡Quieto, can! ¡Quieto, arrenegado! Pase, éntre, haga el favor de subir.

Pasábase por la cocina para llegar á la sala del cura, sala que hacía oficio de comedor, y se reducía á cuatro paredes enyesadas, una mesa vieja con tapete de hule, una Virgen del Carmen de bulto, encerrada en su urna de cristal y caoba, y puesta sobre una cómoda asaz ventruda y apolillada, y media docena de sillas de Vitoria. Goros se deshacía buscando y ofreciendo la menos desvencijada y vieja.

—Gracias, estoy muy bien—afirmó el artillero después de tomar asiento;—no deje usted sus quehaceres, amigo; váyase á trabajar.

La verdad es que deseaba estar solo, como todos los que lidian con preocupaciones muy serias. Pesado silencio llenaba la salita, y lo interrumpía sólo el zumbido de un moscardón, que se aporreaba la cabeza contra los vidrios de la ventana. Gabriel Pardo acercó su silla á la mesa, y apoyando en ésta los codos, dejó caer sobre las palmas de las manos la frente, experimentando algún consuelo

al oprimirse los párpados y las sienas doloridas. Ni él mismo sabía por qué, después de dos ó tres días de febril actividad, de lucha encarnizada con una situación espantosa, le entraba ahora tan inmenso desaliento, tales ganas de echarlo todo á rodar, meterse en un coche y volverse á Santiago, á Madrid...

Tres noches llevaba sin dormir y tres días sin comer casi, y tal vez por culpa de la vigilia y abstinencia le parecía en aquel instante que su cerebro estaba reblandecido, y que sus ideas eran como esos círculos que hace en el agua la piedra arrojadiza; no tenían consistencia alguna. A fuerza de encontrarse frente á frente, de lidiar cuerpo á cuerpo con uno de los problemas más tremendos que pueden acongojar á la razón humana, ya había perdido la brújula, y el desbarajuste de su criterio le amedrentaba.—Vamos á ver (y era la centésima vez que repetía aquel soliloquio mental). Aquí se han tronzado moralmente dos existencias; se les ha estropeado la vida á dos seres en la flor de la edad. Los dos se

causan horror á sí mismos; los dos se creen reos de un crimen, de un pecado espantoso... y los dos, bien lo veo, seguirán queriéndose largo tiempo aún. ¿Son delincuentes en rigor? Por de pronto, que no lo sabían; pero supongamos que lo supiesen, y así y todo... No, dentro de la ley natural, eso no es crimen, ni lo ha sido nunca. Si en los tiempos primitivos, de una sola pareja se formó la raza humana, ¿cómo diantres se pobló el mundo sino con *eso*? ¡Ea, se acabó; está visto que yo no tengo lo que llaman por ahí sentido moral! ¡A fuerza de lecturas, de estudiar y de ejercitar la razón, me he acostumbrado á ver el pro y el contra de todas las cosas... Me he lucido! Lo que la humanidad encuentra claro como el agua, lo que un niño puede resolver con las nociones aprendidas en la escuela, á mí me parece hondísimo é insoluble... Sólo en el primer momento, guiado por mi instinto, procedo con lógica; así cuando quería matar á Perucho; entonces era yo un hombre resuelto, no un divagador miserable;

pero ¿cuánto me dura á mí esa fuerza, esa convicción? Diez minutos; el tiempo que tardó en echarme á filosofar sobre el asunto y empezar con porqués, con atenuaciones, indulgencias y tolerancias... ¡El cáncer que me roe á mí es la indulgencia, la indulgencia! ¿Me casaría yo, aunque fuese lícito, con una de mis hermanas? No, y estoy disculpando el incesto. Como aquella vez que encontré mil excusas á la cobardía del famoso Zaldívar, el que se guardó varios bofetones y no quiso batirse... ¡y luego tuve que echármelas yo de matón para que no se figurasen que defendía causa propia! Aún me río... ¡Cómo me puse cuando el otro botarate de Morón me dijo con mucha soflama que era cómodo tener ciertas teorías á mano...! Aún se deben acordar en el café de la que allí se armó... ¡Ay, y qué cansado estoy de estas dislocaciones de la razón, de este afán de comprenderlo y explicarlo todo! La calamidad de nuestro siglo. Quisiera tener el cerebro virgen, ¡qué hermosura! ¡Pensar y

sentir como yo mismo; con energía, con espontaneidad, equivocándome ó disparatando, pero por mi cuenta! Ese montañés me ha inspirado simpatía, cariño, envidia, admiración. Él se cree el hombre más infeliz de la tierra, y yo me trocaría por él ahora mismo... ¡Con qué sinceridad y entereza siente, piensa y quiere! Vamos, que ya daría yo algo por poder decir con aquella voz, aquel tono y aquella energía: — ¿Soy algún perro para no creer en Dios?

Gabriel se oprimió más las sienes. El moscardón seguía zumbando y golpeándose, incansable en su empeño de romper un vidrio con la cabeza para salir al aire y á la libertad que desde fuera le estaban convidando. Levantóse Pardo, descoso de librarse, con la acción, de la tortura de aquellas cavilaciones estériles y mareantes. Púsose á pasear de arriba abajo por la sala, escuchando el crujido de sus botas nuevas, unas botas de becerro blanco encargadas para la expedición al valle de Ulloa. Se paró ante

la urna de la Virgen del Carmen, y la miró atentamente, reparando en su corona, en la inocente travesura de los ojos del niño, en la forma del escapulario... ¡De veras que ya iba tardando el cura! Sentía Gabriel esa necesidad de movimiento que entretiene la impaciencia. Salió á la cocina, donde Goros mon-daba patatas; y abriendo la petaca, le ofreció cordialmente un cigarro. El criado del cura se puso de pie, sonrió complacientemente y se rascó el cogote detrás de la oreja, ademán favorito del gallego cuando delibera para entre sí. Gabriel adivinó.

—¿No fuma usted?

—No señor, no gasto, hase de decir la verdad. Dios se lo pague y la Virgen Santísima y de hoy en un año me dé otro.

—¡Pues si no le he dado á usted ninguno!

—La entención es lo que se estima, señor. No se le va el tiempo; con su permiso, cum-ple avisar al señor abad.

—No, hombre; si ya no es posible que tar-

de mucho. Tiene el abad una casita muy mona... ¿Produce mucho el huerto?

—No señor, apenas nada... ¿Quiere mo-lestarse en ver cuatro coles?

—Si usted no tiene ocupación precisa...

—Jesús, señor... Venga por aquí. (Goros tomó la delantera.) Esto es una poquita cosa que yo la trabajo cuando tengo vagar... (En-cogiéndose de hombros con aire resignado.) Porque el señor abad... ¡mi alma como la suya! no mete un triste jornalero, y yo á ve-ces me levanto antes de ser día, y con un farol en la mano voy cuidando... Y todo me lo come el verme...

Obligaba la cortesía á Gabriel á fijarse en un repollo comido de orugas, un tomate que rojeaba, un pavio chiquito, enfermo de un flujo de goma, y un peral muy cargado ya. Luego entraron en la corraliza donde se ofre-cía á los ojos un cuadro de familia intere-sante. Era una marrana soberbia en medio de su ventregada de guarros, los más rosados y lucios que pueden verse. La madre vino á

frotarse cariñosamente contra Goros; pero al ver á Gabriel gruñó con recelo y echó al trote, seguida de sus críos, hacia la pocilga. Goros la llamó con cariñosos apelativos, diminutivos y onomatopeyas, para sosegarla.

—Quina, quiniña... cuch, cuch, cuch...

—¡Qué grande es y qué hermosa!—observó Gabriel para lisonjear la vanidad de Goros.

—Es muy hermosísima, sí señor; y eso que está chupada de criar. Cuando se cebe tendrá con perdón unas carnes y unos tocinos... como los del Arcipreste de Boan. ¿Le conoce, señorito?—exclamó el criado, que ya estaba rabiando por vaciar el saco de las chanzas irreverentes.

—Algo—respondió Gabriel sonriendo.

—¿Y no le parece, dispensando usted, que se la podíamos enviar de ama?—añadió Goros señalando á la puerca. Como Gabriel no celebró mucho el chiste, Goros mudó de estilo.

—¿Ve los que tiene?—dijo enseñando los cochinitillos.—Pues á todos los ha criado... Es el segundo año que cría... Aquel ya es hijo

suyo—añadió mostrando en un rincón de la corraliza un cerdazo corpulento, pero con un aire hosco y feroz que recordaba al jaball montés.—Matamos el cerdo viejo por Todos los Santos... y quedò ese para padre.

Mientras Gabriel consideraba á aquel Edipo de la raza porcuna, un gracioso animal vino á enredársele, entre los pies: era una paloma calzuda, moñuda, de cuello tornasolado donde reverberaban los más lindos colores; giraba arrullando, y su ronquera era honda, triste y voluptuosa á la vez. Gabriel se inclinó hacia ella, y el ave, sin asustarse mucho, se limitó á desviarse unos cuantos pasos de sus patitas rosadas.

—¿Hay palomar?—preguntó Pardo.

—No señor... (El criado estregó el pulgar contra el índice, como indicando que no sobraba dinero para meterse en aventuras.) Pero el señor abad... como Dios lo dió tan blando de corazón... y como las palomas le gustan..., mantiene á las de todos los palomares de por ahí, y siempre tenemos la



casa llena de estas bribonas.... Siquiera sacamos un par de pichones para asarlos; aquí no vienen sino á llenar el papo y marcharse.... ¡Largo, galopinas!—añadió dirigiéndose á varias que desde el tejado descendían á la corraliza volando corto.—¡Ay señor!—añadió el criado tristemente:—es mucho gusto servir á un santo... ¡pero también... los trabajos que se pasan para ir viendo acaban con uno! Aquí no se cobran derechos.... aquí los feligreses se rien del señor, y no traen ni huevos, ni gallinas, ni fruta, ni nada... Aquí la fiesta del Patrón, como si no la hubiera... Aquí se guarda el tocino y la carne para los enfermos de la parroquia, y nosotros pasamos con berzas y unto!

Latió el perro de alegría; abrióse la puerta del patio que comunicaba con la corraliza, y apareció el cura flaco, sumido de carnes, encorvado, canoso, de ojos azules muy apagados, vestido con una sotanuela color de ala de mosca, pero limpia. Gabriel se des-

cubrió, se adelantó, y antes de saludarle inclinóse y le estampó un gran beso en la mano.

## XXXIII

Para hablar á su gusto y sin temor de que ningún oído indiscreto sorprendiese la conversación, se encerraron en el dormitorio del cura, que parecía celda. Como no había más que una silla, Gabriel se sentó en el poyo de la ventana. Y charló, charló, desahogando su corazón y aliviando su cabeza con el relato circunstanciado de toda la tragedia ocurrida en la casa señorial. El cura le oía sin levantar los ojos del suelo, con las manos puestas en las rodillas, cogiéndose á veces la barba como para reflexionar, y á veces moviendo los labios lo mismo que si hablase, pero sin

pronunciar palabra ninguna. De tiempo en tiempo carraspeaba para afianzar la voz, costumbre de todos los que han ejercitado el confesonario, y hacía una pregunta, contrayendo la boca al decir las cosas graves. Gabriel respondía clara, explícita, llanamente: jamás recordaba haber tenido tal satisfacción y tan provechoso desahogo en confiarse y desnudarse el alma.

—Y dice usted—interrogó el cura—que ese desdichado está ya bien lejos de aquí? La separación es lo primero que importa.

—Sí, padre. Yo le proporcioné dinero; yo le consolé lo mejor que supe; yo le acompañé hasta la diligencia, y le dí carta para una persona de Madrid que inmediatamente que llegue le colocará de dependiente en una tienda. Le conviene trabajar, para que se le quiten de la cabeza las cavilaciones. Y no tenga usted miedo, que no le dejaré de la mano. Me considero obligado á eso y además me ha dado tanta lástima! Le aseguro á usted que iba cobrándole cariño.

—¿Y usted.... no sospecha con qué objeto quiere verme la señorita Manuela?

—Quiere confesarse, ó cosa semejante; quiere.... ¿Qué ha de querer la pobrecilla? Imagínese usted.... Consejo, luz; ¡que la ayuden á salir del pozo en que cayó hace cuatro días! El mal ha cedido; bien lo decía el médico de Cebre, que el daño físico era poca cosa y fácilmente se vencería. Ya no hay convulsiones, ni querer batir con la cabeza contra la pared, ni aquello de llamar á gritos á Perucho y acusarse en voz alta de los más horribles delitos.... Figúrese usted que hasta dijo que ella había matado á su madre. Así es que la tuvimos secuestrada, sin permitir que en el cuarto entrase nadie.... y ojalá hubiésemos empezado por ahí, desde que Perucho se marchó! Entonces no le hubieran contado.... ¿No le parece á usted una fatalidad que supiese el parentesco que la une á aquel infeliz? Han cargado su conciencia de negras sombras; la han torturado con remordimientos que pudieron

ahorrársele del todo.... la han colocado á dos dedos de la locura!

—Me parece que no está usted en lo cierto, señor don Gabriel—respondió lentamente el cura de Ulloa.—Si la niña ignorase que hay entre ella y el hijo de Sabel un obstáculo eterno é invencible, le seguiría amando y no veríamos nunca extinguida la pasión inces-tuosa. Estas desgracias tan terribles provienen cabalmente de no haberle abierto los ojos á tiempo: ¡tremenda responsabilidad para los que estaban obligados á velar por ella! Dios se lo perdone en su infinita misericordia.

—Me coge de lleno esa responsabilidad, padre. Yo debí venir antes á conocer á la hija de mi pobre hermana, á saber cómo vivía, cómo la educaban. Nada de eso hice, y será un remordimiento que me ha de durar tanto como la vida. Y usted, usted que es un santo....

—Señor de Pardo, no me abochorne. Soy el último y el más miserable pecador.

—Bien, pues usted.... que es un malvado! —exclamó sonriendo cariñosamente el artillero,—¿no tuvo ocasión de insinuarle.... no se confesaba la niña con usted?

—Algún año por el Precepto.... Confesiones á escape, en que no es posible echarle la sonda á un alma y ver lo que tiene dentro. Todo lo han descuidado en esa pobrecita, hasta los deberes religiosos, y si hay en ella bondad y honradez....

—¡Ya lo creo que la hay...!—protestó Gabriel con viveza.

—Será por virtud natural y por misericordia de Dios... Nada le han enseñado; la han dejado vivir entregada á sí misma, por montes y breñas como los salvajes. Ha caído muy hondo; pero ¿cómo no había de caer? Al borde del abismo la empujaban!

—¿Cómo es que no la veía usted más á menudo? Usted que tanto quiso á su madre?

La fisonomía del cura se animó y alteró un tanto. Gabriel le había observado desde un principio, y notado que el cura de Ulloa,

ahora como en la primer entrevista, parecía llevar sobre las facciones una máscara, una especie de barniz de impassibilidad, austeridad y desasimiento, que le daba gran semejanza con algunas pinturas de santos contemplativos que andan por las sacristías. La expresión se había recogido al interior, por decirlo así; los ojos, muy sumidos bajo el convexo párpado, miraban positivamente para dentro. Eran sus trazas como de hombre que huye de la vida de relación y se concentra en su pensamiento, procurando envolverse en una especie de mística indiferencia por las cosas exteriores, que no es egoísmo porque no impide la continua disposición del ánimo al bien, sino que parece coraza que protege á un corazón excesivamente blando contra roces y heridas. La forma cristiana de la impassibilidad estoica. Pero ante la directa pregunta de Gabriel, quebrantóse la tranquilidad del cura: un leve matiz rojo le tiñó las mejillas, y brillaron sus apagados ojos. No debía de ser tan

flemático, en el fondo, el bueno del abad.

—No señor—pronunció más aprisa y en tono algo agitado.—Le hablaré á usted con franqueza absoluta, por ser usted quien es y por el caso extraordinario en que estamos... Hace muchos años que yo no frecuento la casa de los Pazos, en que tuve la honra de ser capellán, parte por el carácter de su señor hermano político de usted (todos tenemos nuestros defectos, nuestras rarezas), parte porque me traían aquellas paredes recuerdos... bastante tristes. De esto no necesitamos hablar más. Respecto á la niña, mire usted... Cuando era pequeñita, puede decirse que recién-nacida, le tenía yo cobrado un cariño... un cariño que no sé: muy grande podrá ser el amor de los padres para sus hijos, pero lo que es el que yo tenía al angelito de Dios, es una cosa que no se puede explicar con palabras. Como luego me fui de aquí y tardé bastante tiempo en volver (hasta que me presentaron para este curato), pude meditar y considerar las cosas de otro modo,

con más calma; y entonces evité ver mucho á la niña, por no poner el corazón en cosas del mundo y en las criaturas, que de ahí vienen amarguras sin cuento y tribulaciones muy grandes del espíritu... El que se casa, bien está y justo es que quiera á sus hijos sobre todas las cosas, después de Dios; pero el sacerdote, y en especial el párroco, ha de ser padre de todas sus ovejas, pues tal es su oficio... y no amar mucho en particular á nadie, para poder amar á todos, y amarlos no en sí, sino en Cristo, que es el modo derecho. Así he creído que debía hacer, señor de Pardo... En cuanto al motivo, no pienso haber errado; pero, á poder prever los acontecimientos y el peligro de la niña, debí proceder de otro modo. Yo, que estaba cerca, soy muchísimo más delincuente y reo de descuido que usted que estaba lejísimos y no podía razonablemente suponer que corriese Manuela ningún riesgo teniendo al lado á su padre.

—Pues ahora—exclamó Gabriel—se me figura que nada remediamos con andar vol-

viendo la vista atrás y lamentar lo ocurrido. El lance es espantoso; á hacerle cara, y á reparar en lo posible (hablo por mí) el delito de que somos reos. Yo tengo aquí en esta mano la reparación. Lo que necesita ahora mi sobrina, es rehabilitarse á sus propios ojos; es volver á estimarse á sí misma; es reconciliarse con su propia conciencia. Es muy joven, muy inexperta, muy sencilla, ya por efecto de su carácter, ya de sus hábitos; y cree haber cometido uno de esos crímenes horribles que la hacen acreedora á que caiga sobre su cabeza el fuego del cielo, que abrasó á los habitantes de las cinco ciudades aquellas... Cuando no se ha vivido, señor cura, no es posible tener idea exacta de la magnitud y trascendencia de nuestros actos, ni del grado de responsabilidad que nos toca en ellos; así es que la pobre chica, no le quiero á usted decir ni cómo se trata á sí misma, ni las cosas que se llama, ni las culpas que se echa, ni las atrocidades que ensarta sobre el tema de que se quiere morir, de que no es-

tará tranquila hasta que le canten el responso, y otras mil cosas análogas! Desde que ha pasado el acceso nervioso, permanece calladita y vuelta de cara á la pared, y sólo se le saca de cuando en cuando un— Ay Jesús... ay Jesús... yo me quiero confesar...!—pero, en resumidas cuentas, el estado de ánimo entonces y ahora es el mismo, y aquí no hay más que una solución: tranquilizar, calmar, restaurar ese espíritu. Yo lo he intentado por todos los medios; pero á mí no me oye ni me atiende, mientras que á usted le llama... Su sagrado prestigio de usted lo puede todo en esta ocasión.

—Cuanto de mí dependa...

—Y de mí; ¿no ha entendido usted aún? Lo diré más claro. Hágale usted comprender que nada ha perdido, que no está ni infamada ni maldita, una vez que su tío, persona decente por los cuatro costados, la pide por mujer, la quiere con todo su corazón, y está dispuesto á ser para ella cuanto le negó la suerte hasta el día: padre, madre, herma-

no, protector, esposo amantísimo... que con todos estos cariños diferentes la sabré querer yo.

Reinó en la celdita prolongado silencio. El cura recobraba su expresión tranquila; reflexionaba. Por último, interrogó:

—Usted se casaría con ella, sin reparar...?

—Sin reparar en lo sucedido.

—Y nunca...

—Y nunca se lo había de traer á la memoria.

—Según eso, está usted... prendado de su sobrina?

—No señor. Prendado, no, según suele entenderse esa palabra. La quiero; y además pago una deuda.

—No desmiente usted la buena sangre, señor don Gabriel... *Alguien* le estará á usted dando las gracias y pidiendo por usted desde el cielo.

—No—respondió Gabriel levantándose—si aquí quien ha de hacer el milagro es usted... Mi destino y el de Manuela están en sus manos.

—En las de Dios—respondió fervorosamente el cura de Ulloa. Dicho esto, se levantó, volvió la vista hacia una detestable litografía del Corazón de Jesús, que tenía colgada á la cabecera de la cama, y movió los labios aprieta; aquello sí era rezar.

## XXXIV

A tiempo que el párroco de Ulloa cruzaba, sereno en apariencia, aquellos salones tan poblados para él de memorias y de diabólicas insidias y asechanzas contra su reposo, Juncal salía del cuarto de la enferma. A la pregunta ansiosa de Gabriel, el médico dió respuesta sumamente satisfactoria:

—Mejor, mucho mejor... Se ha comido la patita de la gallina, toda entera... Se bebió un vaso de tostado...

—¿Por su voluntad?

—No; tuve que rogarle mucho, pero después se veía que lo despachaba sin repugnan-

cia. A esa edad, la naturaleza ayuda... Señor abad; felices!

—Igualmente, don Máximo... De manera que no hay inconveniente en entrar junto á ella?

—Al contrario... tiene afán por verle á usted.

—Pues señores... hasta luego.

Así que el cura desapareció tras la puerta del cuarto, Juncal enganchó el brazo derecho en el del comandante, y le llevó hacia el claustro, diciendo afectuosamente:

—Véngase, véngase á tomar un poco el aire... usted va á salir de esta batalla con una enfermedad. Duerme y come tan poco como la enferma, y eso no puede ser... A ella la sostuvo hasta hoy la excitación nerviosa; usted está en diferente caso.

—Bch... Cómo sigue don Pedro? No voy allá porque se pone hecho un lobo cuando me ve... ¡La manía de que yo he venido á traer la desgracia á esta casa!

—Mire, seguir no le sigue peor; mañana ó



pasado se levantará, y parecerá muy fuerte; pero... confieso que me ha dado un chasco. Físicamente (consiste en la diferencia de edades) le ha hecho la cosa más eco que á la muchacha... Ha sido un golpe terrible. Y que nada; que no se acostumbra á que el chico se haya marchado. Hasta los jabalíes del monte quieren á sus cachorros; esto lo prueba.

—Bonita está esta casa. Dígole á usted, Máximo, que arde en un candil. No hablemos de Manuela; pero entre don Pedro que aulla, y las gentes de abajo, que me arman cada gazapera y cada red... Porque ahora sus bate-rías se dirigen á que don Pedro reconozca... Piensan que va á liárselas, y... á lo que estamos, tuerta.

—Bueno es que usted se impuso desde el primer instante..... Sinó, ¿quién pararía aquí?

—Me impuse; no quiero que molesten á un enfermo; pero lo del reconocimiento lo considero muy justo. Si ese cernícalo me quisiese oír, se lo aconsejaría. ¡Cuántos daños

se hubieran evitado, con hacerlo al tiempo debido!

Juncal inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y los dos amigos siguieron paseando por el claustro, ó mejor dicho por la solana, sostenida en pilastras de piedra, con el escudo de Moscoso, que formaba el cuerpo superior del claustro. El liquen, á la luz del sol, estriaba de oro la piedra; y bajo los aleros del tejado se oía el pitío alborotador de las golondrinas, que desmintiendo la popular creencia de que sólo anidan en casas donde reinan paz y ventura, entraban y salían en sus nidos, con vuelo airoso.

—Don Gabriel, usted está alterado—exclamó el médico notando la irregularidad del andar y los movimientos del comandante. Todo el cuerpo de Gabriel, en efecto, vibraba como una caldera de vapor á tensión muy alta.—No se lo dije, que acabaría usted por ponerse más malo que su sobrina?

—No es eso, no es eso...—exclamó con vehemencia el comandante, soltando el brazo de

su amigo y reclinándose en una de las pilas-tras.—Es... que ahora, en este mismo instante, se decide el destino de mi vida y el de Manuela. El cura de Ulloa lleva un encargo mío...

—Mi madre querida!—exclamó con cómico terror Juncal, agarrándose con las manos la cabeza.—Ha puesto usted su destino en manos de un cléricoronte! Estamos frescos! Ay, don Gabriel, de aquí va á salir una *falcatrúa*... Verá, verá, verá.

—Hombre!—repuso Gabriel sin poder evitar la risa.—Yo pensé que hacía usted una excepción honrosísima en favor del cura de Ulloa.

—Entendámonos, entendámonos... Hasta cierto punto nada más. El clérigo siempre es clérigo! Donde él pone la mano, todo lo deja llevado de Judas. ¿Usted piensa que á mí me hizo gracia el que la chica llamase por él y quisiera verlo á toda costa? Mal síntoma, síntoma funesto! Yo á sanarla, y el clérigo... ya lo verá usted! á enfermar la otra vez, y de más cuidado que la primera. Mucho será que hoy

no tengamos la convulsión y la llorerita... Me-cachis en los que vienen ahí á alborotar á la gente!

—Vamos, Máximo, tolerancia, tolerancia... De modo que si usted pudiese, al cura de Ulloa me lo metía en el buque con los demás, y con los demás me lo enviaba á tierra de salvajes?

—Pues claro, señor! ¿No hace falta un apóstol para convertir á los infieles? Pues así habría un apóstol entre muchos pillos... Y nos quedaríamos libres por acá de apóstoles, porque nosotros ya estamos convertidos hace rato.

En tomando la ampolleta Juncal sobre esta cuestión, no era facil atajarle; y como Gabriel se reía á veces de sus extravagantes dichos, el médico sacaba todo su repertorio. Mientras el comandante apuraba el cigarro, el médico refería la vida y milagros de todos los abades del contorno, más ó menos recargada de arabescos y viñetas.

—El de Boan... á ese ya lo habían despachado por bueno: lo atacaron veinte facine-

rosos en su casa, y les probó que servía mejor que ellos para el oficio: si se descuidan me los escabecha á todos... Mire qué mansedumbre evangélica. El de Naya no me la da á mí con su carita complaciente: debe de ser un pillo redomado: más amigo de diversión y gaudeamus... Si le estuviesen dando la consagración de obispo y oyese que al lado se iban á disparar unos cohetes y á hinchar un globo, tira con la mitra y echa mano al tizón... El arcipreste de Loiro... dice que se come él solo un capón cebado y que le chorre la grasa de la enjundia por el queso abajo, hasta el ombligo.... ¡Pues no digo nada del nuevo que nos han mandado á Cebre! Más bruto no lo hace Dios aunque se empeñe... y tiene pretensiones de orador sagrado, porque en Santiago le dieron una faena de cavador; en un mismo día predicó por la mañana el sermón del Encuentro, al aire libre, y por la tarde el de la Agonía: total cuatro horas de echar el pulmón, y de hacer chacota de él los estudiantes. Y lo más célebre

fué que en el sermón del Encuentro llevaba una pelliz, eso sí, muy planchada y muy rizadita; y cuando para enternecer al público hizo ademán de abrazar á la Virgen para consolarla de la ausencia de su hijo, los estudiantes gritaban: ¡Ay mi pelliz! Así que se enteró el Arzobispo, dicen que le pasó recado de que no predicase más... Aquí cuando echa la plática aturde la iglesia... Según dicen; que yo, ya imaginará usted que no asisto á semejante iniquidad... Usted está distraído, vamos; no le cuento á usted más cuentos de esa gente.

—No, cuente usted; así entretengo un poco la ansiedad inevitable. Porque sepa usted que á mí lo único que me saca de quicio y me desata los nervios, es la expectación y la incertidumbre. Para las desgracias verdaderas, para los males ya conocidos, creo que no me falta resistencia; y eso que no la doy de estoico.

Siguió Juncal refiriendo cuentos de curas; pero como todo se agota, la conversación iba languideciendo mucho. Gabriel, de cuando

en cuando, entraba en el salón, recorría dos ó tres habitaciones, y salía siempre diciendo:

—¡Nada... nada... La cosa va larga!

—Ya verá usted—respondía Juncal—cómo el bueno del cura le mete escrúpulos en la cabeza á la señorita.

### XXXV

—Queda muy sosegada, y en un estado de ánimo bastante bueno. Mañana, Dios mediante, recibirá al Señor—respondió el cura de Ulloa, fijando los ojos en un nudo de la madera del piso, pues aquella habitación de Gabriel Pardo era *la misma*, la de su hermana, y tender la vista alrededor una prueba muy fuerte para el espíritu del párroco.

—Y...

—Todo se lo he expuesto y se lo he manifestado de la mejor manera posible y apoyándolo con cuantas razones me sugirió mi pobre inteligencia. Le he dicho que usted le

dispensaba una honra y le daba una prueba de afecto grandísima, elevándola al puesto de esposa suya, después de que...

—Ay Dios mío!—exclamó Gabriel tristemente.—Si se lo ha presentado usted como un favor, de fijo que se ha resentido su orgullo... y por altivez, por delicadeza, habrá sido capaz de negarse...

—No señor, no...

—Ha dicho que sí? ha dicho que sí?—preguntó Gabriel afanosamente.

—Se ha negado...

—Ya!

—Pero por otras causas, que usted y yo estamos en el caso de respetar.

—Otras causas?

—Manuela se encuentra sinceramente arrepentida... La desventura, el golpe que ha recibido le han abierto mucho los ojos del alma. No desea más que expiar y llorar su culpa...

—Su culpa!—exclamó Gabriel, con acento de protesta.—Su culpa, pobre criatura aban-

donada, sin consejo, sin cariño de nadie! Don Julián, don Julián! Ocasiones hay en que yo me condeno á mi mismo por mi detestable propensión á la indulgencia; porque creo que se me han roto todos los resortes morales; pero ahora... ¡quisiera tener en esta mano todo el perdón y todo el amor del mundo... para derramarlo sobre la cabeza de mi sobrina! ¡Ella es inocente... otros, otros somos los culpables!

—Otros—replicó con mansa firmeza el cura—son acaso más culpables que ella; pero ella tampoco es inocente, señor de Pardo. Ella lo comprende y lo reconoce, y desea, así que su padre se ponga bueno, retirarse á un convento de Santiago.

—Monja!—exclamó Pardo.—Monja... Quiere ser monja!

—Por ahora, no señor. La vocación no viene en un día, y yo siempre le daría el consejo de que desconfiase de una vocación repentina, dictada por sinsabores ó desengaños del mundo. Lo que Manuela quiere es retiro.

descanso que le cure las heridas y sitio en qué hacer penitencia de su pecado. Yo le he hablado de bodas, de esposo y de alegría; me ha respondido celda y llanto. En mí no estaba desviarla de ese propósito, desde que me lo manifestó. No me lo permitía mi oficio á aquella cabecera.

Gabriel se acercó al cura de Ulloa, y tomándole con agitación las manos,

—Sí, padre—exclamó;—sí, sí, usted es el único que podía apartarla de ese triste cautiverio en que va á caer voluntariamente... Entrará allí ahora, porque cree, porque piensa que se le ha acabado el mundo y que ha delinquido atrocemente; porque tiene vergüenza y dolor, porque no sabe lo que le pasa... Después de entrar allí, lo que sucede; ya no se atreverá á salir, y se creará en el compromiso de tomar el hábito, y lo tomará, y sufrirá, y vivirá mártir, y acaso morirá desesperada... Don Julián, ¡usted que tanto ha querido á su madre...!

Pardo sintió temblar en la suya la mano

del cura de Ulloa, y creyó que el argumento había hecho fuerza. En efecto, el cura se levantó, y como si despertase de un sueño, abrió sus ojos siempre entornados y los paseó por los muebles, por la habitación, los clavó en la ventana. Y con expresión de angustia, con acento hondo y muy distinto de la voz sorda y tranquila que tenía siempre, gritó:

—¡Ojalá que su madre hubiera entrado en el convento también! Dios llama á la hija... Que vaya! Que vaya! Virgen Santísima, ¡ampárala, recíbela, sostenla, quítala del mundo!

Por primera vez sintió el comandante un impulso de ira contra aquel hombre que poseía á sus ojos la aureola y el prestigio del santo, ó—para emplear con más exactitud el lenguaje interno de Gabriel—del hombre honrado que ajusta á sus convicciones su vida, y no tiene para sus semejantes sino ternura y caridad. Rebosando enojo, le apostrofó rudamente:

—Don Julián, permítame usted que le diga que eso es un enorme desacierto! Manuela puede ser en el mundo feliz, buena y honrada... y es un horror que vaya á sacrificarse, á enterrarse y á consumirse entre cuatro paredes, sin chispa de devoción ni de humor para ello... por qué? Por una desdicha que ha tenido, por una falta que todo disculpa, cuyo alcance ella no ha podido comprender, y cuya raíz y origen están, al fin y al cabo, en lo más sagrado y respetable que existe... en la naturaleza!

—Señor de Pardo— respondió el cura, que ya había recobrado su apacibilidad de costumbre—lo que la naturaleza yerra, lo enmienda la gracia; y el advenimiento de Cristo y los méritos de su sangre preciosa fueron cabalmente para eso; para remediar la falta de nuestros primeros padres y sanar á la naturaleza enferma. La ley de naturaleza, aislada, sola, invóquenla las bestias: nosotros invocamos otra más alta... Para eso somos hombres, hijos de Dios y redimidos por él.

Dejemos esto; yo desearía que usted no se quedase con el recelo de que he influido directamente en el ánimo de la señorita. Vaya usted junto á ella, pregúntele, ínstele... haga usted su oficio, que la Virgen Santísima no ha de descuidarse en hacer el suyo... Yo me vuelvo á mi casa, si no tiene usted nada que mandar á este humilde servidor y capellán.

—Voy junto á mi sobrina ahora mismo— respondió Gabriel retando al cura con su decisión y con su cólera.

## XXXVI

Entró medio á tuntas, porque el cuarto estaba casi á oscuras, á causa de que la jaqueca de la niña no le consentía ver luz. No tardaron sin embargo las pupilas de Gabriel en acostumbrarse á aquella penumbra lo bastante para distinguir, en el fondo del cuarto, la blancura de las sábanas y la cabeza de Manuela sobre el marco de su negrísimo pelo. Al acercarse el comandante, levantóse Juncal y se retiró discretamente. La montañesa yacía inmóvil, con los ojos cerrados, y de la cama se alzaba ese olor especial que los

enfermeros llaman *olor á calentura*, y que se nota por más ligera que sea la fiebre.

A la cabecera de la cama estaba vacante la silla que el médico había dejado; pero Gabriel la separó, é hincando una rodilla en tierra, puso la mano derecha sobre el embozo de la sábana.

—Manuela—cuchicheó.

La enferma abrió los ojos, sin responder.

—¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien.... algo cansada.

—¿Te incomodo?

—No señor.... Siéntese, por Dios.

—Quiero estar así. ¿Me das la mano?

Sacó Manuela su mano morena, ardiente, abrasada, y la entregó como se la pedían. Gabriel la tomó y la rozó suavemente con los labios. La niña hizo un movimiento para retirarla. Gabriel silabeó en tono suplicante:

—No, hija mía, déjame la... Oye, Manuela... ¿Te molesta oír hablar?

—Bajito, no.

—¿Y podrás responderme?



Inclinó la cabeza, diciendo que sí.

—Manuela... ¿Te ha dicho algo de mí el señor cura?

—Ya sé los favores que le merezco—articuló la montañesa.

—Ninguno. Ese es el error. Favor! No disparates. Mira en qué postura estoy. Pues figúrate que en esa misma te lo pedía, entiendes? Como favor para mí, para mí. Vivo muy solo en el mundo; no tengo á nadie, á nadie; y me hacías falta, y me darías la vida. Pero ya no se trata de eso. De otra cosa más pequeñita y más fácil. Anda, monina, no me lo niegues. ¿Verdad que no? Si es facilísimo; si no te cuesta trabajo ninguno. Que no pienses en rejas ni en conventos; mira qué poco, y qué sencillo! Te quedas aquí, al lado de tu padre. Yo también me quedo. Si estás triste, te acompaño; si enferma, te cuido; verás cómo discurremos maneras de distraerte. Y de aquello que te pedí primero, no se habla nada... Nada. Te lo juro por la memoria de tu pobre mamá: ¿á que así me crees?

Manuela no abrió los labios. Con el balanceo suave de su cabecita pálida y porfiada, daba el *no* más redondo del mundo.

—¿No quieres? Que no? ¿Qué te diré, qué te haré para convencerte y traerte á buenas? Terquita de mi alma... ¡pobrecita! respóndeme con la boca, dime... qué hago, cómo te conquisto? Pídeme tú algo... muy grande... muy atroz! Verás cómo soy mejor que tú, cómo te doy gusto... Te me has vuelto muy mala.

Los lánguidos ojos de la montañesa resplandecieron un instante, entre el oscuro cerco que los rodeaba; alzó un poco la cabeza; apretó la mano de su tío, y dejó salir con afán:

—¿De veras me hará lo que yo le pida?

—Oro molido que fuese, monina... Di, di.

—¿Me da palabra?

—De honor, de caballero, de todo lo que exijas. ¿Qué es ello? Salga.

—Que se vaya por Dios, que se vaya á Madrid corriendo... antes que aquel que está

allí solito... y desesperado! se desespere de vez, y... y...—No pudo proseguir: las lágrimas, de pronto, le nublaron las pupilas y le trabaron la voz en la garganta.

Aquel que ve el interior de los corazones sabe que Gabriel Pardo recibió el golpe como honrado y valiente, presentando el pecho y con animoso espíritu. Allá en el fondo, muy en el fondo de su conciencia, se alzó una voz que gritaba:

—Cura de Ulloa, ni tú ni yo... tú un iluso y yo un necio. Quien nos vence á los dos, es... el rey... No, el tirano del mundo!

—Así se hará, hija mía—dijo en alta voz.—Quieres que me marche hoy mismo?

—Pudiendo ser... Dios se lo pague! Atienda, escuche...—silabeó acercando tanto su boca al oído de Gabriel, que éste sentía en la mejilla un aliento enfermizo y volcánico.—Haga usted para que no se desconsuele mucho... y dígame que así que yo esté en el convento, él vuelve aquí, y mi padre queda satisfecho, y todos bien, todos bien.

—Adiós—respondió lacónicamente el artillero, que se levantó del suelo, se inclinó sobre la montañesa y le dió un beso á bulto, hacia la sien.

.....

Quiso ir á pie hasta Cebre, y Juncal, por supuesto, se empeñó en acompañarle. En lo alto de la cuesta, donde se domina á vista de pájaro el valle de los Pazos, se volvió, y estuvo buen trecho con los brazos cruzados, la vista clavada en el tejado de la solariega huronera, en el estanque del huerto que destellaba fuego á los últimos rayos del sol, en los lejanos picos y azuladas crestas que servían de corona al valle. Estas contemplaciones paran, y debiera callarse por sabido, en un suspiro muy hondo. Pardo llenó este requisito, y acordándose de todo lo que había venido á buscar allí diez días antes, pensó, con humorística tristeza:

—Otro caballo muerto.

Aquella tarde, el gran ardor de la canícula daba señales de aplacarse ya, y eran prelu-

dio y esperanza de frescura y acaso de agua las nubes redondas y los finos *rabos de gallo* que salpicaban caprichosamente el cielo. Una brisa fresca, vivaracha, que columpiaba partículas de humedad, hacía palpar el follaje. A lo lejos chirriaban los carros cargados de mies, y las ranas y los grillos empezaban a elevar su sinfonía vespertina, saludando a la lluvia y al viento antes de que hiciesen su aparición triunfal y refrigerasen la tostada campiña. Todo era vida, vida indiferente, rítmica y serena.

Gabriel Pardo se volvió hacia los Pazos por última vez, y sepultó la mirada en el valle, con una extraña mezcla de atracción y rencor, mientras pensaba:

—Naturaleza, te llaman madre... Más bien deberían llamarte madrastra.

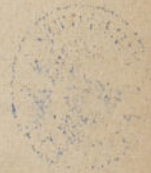


FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

## BIBLIOTECA DE NOVELISTAS ESPAÑOLES

### TOMOS PUBLICADOS

- Emilia Pardo Bazán: *Los Pazos de Ulloa*  
(Dos tomos.)
- José Ortega Munilla: *Idilio lúgubre.*
- Antonio de Trueba: *Leyendas genealógicas de España* (Dos tomos.)
- Carlos Frontaura: *Miedo al hombre.*
- Enrique Gaspar: *Castigo de Dios.*
- Emilia Pardo Bazán: *La Madre Naturaleza*  
(Tomó I y II).





## CONDICIONES DE ESTA PUBLICACIÓN

---

La BIBLIOTECA de NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS se publica formando tomos en 8.º de unas 300 páginas, en buen papel, esmerada impresión y encuadernados en rústica.

Se repartirá un tomo cada mes.

El precio de suscripción por cada tomo será de **DIEZ REALES**.

Comenzada la publicación, si alguna persona desea adquirir los tomos con los beneficios de precio que tienen los Sres. suscriptores, deberá considerarse como tal, tomando todos los volúmenes publicados. En caso contrario el precio de cada tomo será el de **DOCE REALES**.

---

### PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN:

---

BARCELONA: En casa de los editores DANIEL CORTEZO y C.ª, calle de Pallars (Salón de S. Juan) y principales librerías y centros de suscripción.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR: En casa de los señores corresponsales de los mismos.

Representante en Madrid: D. Juan E. de Bona, Preciados, 33.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103686033